



Kenneth Cook

# EL KOALA ASESINO

RELATOS HUMORÍSTICOS DE LA AUSTRALIA PROFUNDA

Ilustraciones de Güido Sender

Traducción de Federico Corriente



Lectulandia

«No me gustan los koalas. Son unos bichos asquerosos, irascibles y estúpidos sin un solo hueso amistoso en todo su cuerpo. Sus hábitos sociales son vergonzosos: los machos siempre andan propinando palizas a sus semejantes y robándoles las hembras. Tienen mecanismos defensivos repugnantes. Su piel está infestada de piojos. Roncan. Su semejanza con juguetes adorables es una engañifa abyecta. No son dignos de elogio por ningún motivo. Y además, una vez un koala intentó hacerme daño de una forma muy horrible».

Los desolados parajes del *Outback* australiano, con sus cocodrilos feroces, sus excéntricos buscadores de ópalo, sus koalas salvajes, sus furiosos cerdos gigantes, sus irritables camellos y sus voraces bebedores de cerveza, son los protagonistas de los quince relatos hilarantes que conforman este libro. Su autor, el prolífico escritor australiano Kenneth Cook, aseguraba que todos los incidentes descritos en estas historias, enormemente populares en Australia, sucedieron durante los viajes que realizó por los más recónditos e inhóspitos enclaves de la geografía australiana, pero que nunca se atrevió a incluirlos en sus novelas por su carácter absolutamente inverosímil. Este conjunto de relatos extravagantes, publicado originalmente en Australia en 1986 bajo el título de *El koala asesino*, es la primera obra de Kenneth Cook traducida al castellano.

«Cuando acabes de leer este libro, estarás convencido de que Australia es el país más peligroso del mundo o el señor Cook es el hombre más desafortunado de Australia (o más bien ambas cosas)». James Pagie.

«Vale la pena acercarse a la Australia salvaje que nos muestra Cook a través de estos quince relatos tan brillantes, tan bien introducidos por las ilustraciones de Guido Sender e incluso me atrevería a decir que tan imprescindibles». Manel Haro (LLegir en cas d'incendi).

**Lectulandia**

Kenneth Cook

# **El koala asesino**

**Relatos humorísticos de la Australia profunda**

ePub r1.0

Castroponce 05.05.2017

Título original: *The Killer Koala. Humorous Australian Bush Stories*

Kenneth Cook, 1986

Traducción: Federico Corriente

Ilustraciones: Güido Sender

Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce

ePub base r1.2

---

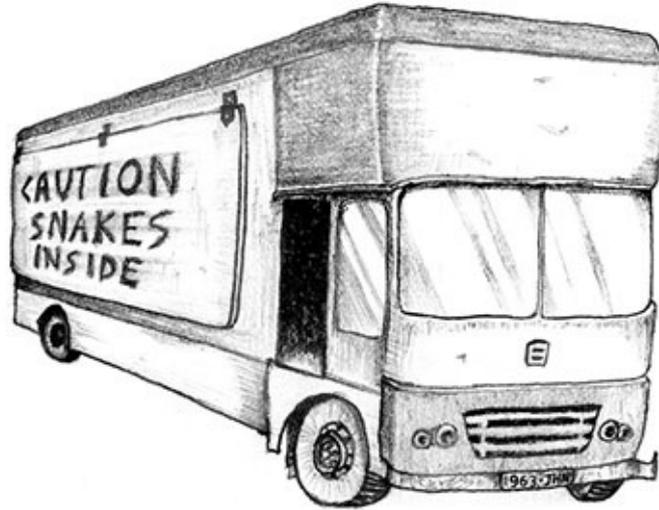
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Stuart Littlemore, abogado sin par

Sinceros agradecimientos al Koala Park Sanctuary de West Pennant Hills, NSW

# Serpientes y alcohol



—Hay dos cosas que no combinan: las serpientes y el alcohol —dijo Blackie de forma lenta y pomposa.

A mí nunca se me habría ocurrido combinarlas pero asentí solemnemente. Asentir solemnemente es casi todo lo que uno hace cuando habla con un hombre-serpiente, porque en realidad ellos nunca conversan: solo te cuentan cosas sobre serpientes.

Blackie era un hombre-serpiente itinerante. Viajaba en una enorme furgoneta de mudanzas que tenía cubiertas de madera en los laterales. Cuando encontraba un público de pago —un colegio o un centro de turismo— retiraba las cubiertas de madera y dejaba al descubierto una caja de cristal del tamaño de una gran habitación. Esta era su casa de serpientes, habitada por alrededor de un centenar de serpientes que iban desde los letales taipanes y serpientes marrones hasta las inofensivas culebras arborícolas.

Blackie era como todos los hombres-serpiente que he conocido: de una delgadez cadavérica, muy sucio, extremadamente zarrapastroso y no tenía apellido. Creo que lo llamaban Blackie por su afición a las serpientes negras, o puede que por sus ojos de color negro azabache: los únicos ojos negros que yo he visto jamás eran los suyos. Era como si sus enormes pupilas hubieran suplantado los iris, pero si te fijabas atentamente podías ver dentro de ellas el débil contorno de las pupilas negras. Yo tendía a sentirme incómodo asomándome a aquellas dos manchas negras redondas y a los ojos, llorosos e inyectados en sangre (todos los hombres-serpiente tienen ojos llorosos e inyectados en sangre; creo que se debe a la frecuencia con que les pican las serpientes).

Conocí a Blackie al norte de Mackay, en Queensland, donde ambos estábamos acampados en una playa poco conocida llamada *El Error de Macka*; ignoro por qué lleva ese nombre.

Yo estaba tratando de terminar una novela y Blackie estaba haciendo algo complicado con el aire acondicionado de su furgoneta, así que nos tocó estar juntos durante unas dos semanas y nos hicimos buenos amigos.

A Blackie se le daban tan bien las serpientes y tenía tanta confianza con ellas que en no poca medida me imbuyó de su actitud. Solía ir a menudo a su casa de serpientes, sentarme sobre un tronco y hablar con él mientras, a distancia suficiente para atacar, unos aletargados ofidios letales nos contemplaban o se deslizaban lenta y elegantemente para escapar del olor a tabaco.

De vez en cuando, una serpiente negra, marrón o verde reptaba silenciosamente por delante de uno de mis pies y Blackie decía: «Quédate quieto y no te muevas. Si no te mueves, no te picará». Yo no me movía y la serpiente no me picaba. Así que al cabo de algún tiempo me sentí más o menos relajado entre las serpientes, siempre y cuando Blackie estuviera presente.

Nada me habría inducido a entrar en la jaula de las serpientes sin Blackie, pero estaba convencido de que él era capaz de hablar con aquellos bichos, o que al menos era capaz de comunicarse con ellos de un modo que tanto él como ellos entendían. A

ratos fantaseaba con que Blackie tuviera unas gotas de sangre de serpiente en las venas. O que quizá era que el veneno que había absorbido le hacía caer de algún modo simpático<sup>[1]</sup> a aquellos animales. Eso sí, me fijé en que las serpientes también tenían ojos negros, y eso me dio que pensar.

En la playa de Macka solo había otro campista, Alan Roberts, un fotógrafo obeso y amigable que había instalado allí su tienda y estaba estudiando a las aves marinas. Por la noche Blackie, él y yo nos encontrábamos en mi autocaravana para tomar copas.

La noche anterior Blackie nos había estado hablando largo y tendido a Alan y a mí de los peligros de mezclar el alcohol con las serpientes. Por supuesto, fue mientras dábamos cuenta de una botella de whisky y cuál no sería mi desconcierto cuando fui a verle por la mañana y me lo encontré inconsciente en la casa de serpientes, con dos botellas de whisky vacías a su lado y el cuerpo engalanado con serpientes mortíferas.

Las serpientes apenas se movían; parecían disfrutar del calor del cuerpo inmóvil de Blackie. Di por supuesto que estaba vivo por los ronquidos que hacían temblar las ventanas de vidrio de la casa de las serpientes. Pero no tenía ni idea de si le habían picado y estaba en coma o solo había bebido hasta perder el conocimiento o las dos cosas.

Las serpientes que descansaban sobre Blackie eran, por lo que pude determinar, un taipán (absolutamente mortífero), dos serpientes de Mulga (casi igual de mortíferas), una víbora de la muerte (muy mortífera), tres serpientes negras (mortíferas) y una pitón diamante (inofensiva).

Mi primer impulso fue salir corriendo y pedir ayuda a gritos, pero no había nadie a la vista, y si Blackie se sobresaltaba o se movía bruscamente mientras seguía sumido en su letargo etílico o agonizaba, era probable que al menos siete serpientes mortíferas le hincasen simultáneamente los colmillos. Acto seguido, sin duda, las otras ochenta o noventa serpientes de venenosidad variable dejarían de estar pacíficamente tendidas por la casa de las serpientes y se unirían a la refriega. Blackie tendría escasas posibilidades de sobrevivir.

Yo sabía que la puerta de la casa de las serpientes no tenía cierre. Cuando no estaba en uso, solía estar cubierta por una contraventana de madera, así que sabía que podía entrar. Pero ¿quería hacerlo?

No me pareció que en su estado actual, Blackie pudiera proporcionarme su protección habitual contra las serpientes. Entrar con Blackie de aquella forma sería peor que entrar solo. En mi interior una vocecita traicionera me cuchicheó que sería mejor salir corriendo y dejar que Blackie se despertara de forma natural. Las serpientes estaban acostumbradas a él y seguramente se comportaría con ellas de forma instintivamente correcta.

Por desgracia, la vocecita traicionera no logró convencerme. Además, no sabía si ya lo habían picado y necesitaba atención médica urgente.

Miré alrededor en busca de un arma. Debajo de la furgoneta vi un rastrillo que

Blackie utilizaba para limpiar la casa de las serpientes. Lo cogí y abrí la puerta con cuidado y muy despacio. Entre Blackie y yo había varias serpientes, y no estaba seguro de a qué especies pertenecían. Todas parecían letales. Las empujé suavemente con el rastrillo y todas menos una reptaron rencorosamente hacia el otro lado de la casa de las serpientes sin otra intención aparente que la de seguir durmiendo. La otra, una gran serpiente de Mulga, levantó la cabeza y empezó a silbar, preparada para atacar. Yo ya sabía lo suficiente sobre serpientes como para saber que mientras me mantuviese a un cuerpo entero de distancia de ellas, estaría fuera del alcance de sus colmillos. También sabía que podía picarme si intentaba sobrepasarla para llegar a Blackie.

Volví a empujarla con el rastrillo y atacó; el choque de sus colmillos contra los dientes de hierro produjo un amortiguado sonido metálico. Blackie me había dicho que ese tipo de cosas era perjudicial para los colmillos de las serpientes. No me importó. Volví a empujarla; la serpiente se apretó contra el suelo, culebreó hasta la espalda de Blackie, volvió a enroscarse y empezó a mirarme de forma amenazadora. Parecía mucho más alterada que antes; sin duda, le dolían los colmillos. Las serpientes que ya estaban utilizando a Blackie como colchón se movieron bruscamente, pero no se fueron a ninguna parte.

Una serpiente negra se separó de un grupo que estaba cerca de la pared y avanzó hacia mí. La golpeé con el rastrillo y se retiró, probablemente herida de muerte. Una vez más, no me importó.

La serpiente de Mulga silbaba como una tubería de vapor; a la víbora de la muerte aquello parecía desagradarle. Se largó tomando una ruta que atravesaba la cabeza inmóvil de Blackie. Ocho serpientes seguían sobre él, siete de ellas mortíferas.

Empujé de forma vacilante a la serpiente de Mulga y esta levantó la cabeza pero no volvió a atacar. El movimiento perturbó a la pitón diamante, que se marchó a un sitio más tranquilo. Pero aquello no me daba ninguna ventaja real, ya que de todos modos era inofensiva.

Otro par de serpientes negras empezó a dar vueltas en torno a las paredes y de pronto me acordé de que la puerta que tenía a mis espaldas estaba abierta. Era perfectamente posible que en cuestión de minutos los habitantes de la casa de las serpientes se pusieran a buscar presas en la playa del Error de Macka. Yo prefería que escaparan en lugar de quedarse allí conmigo, pero no quería que nos estuvieran aguardando a la salida si alguna vez lograba sacar a Blackie por la puerta. Golpeé el suelo ante ellas con el rastrillo. Se detuvieron, sopesaron el fenómeno y se retiraron. Regresé y dejé la puerta prácticamente cerrada.

¿Cuál era la gran máxima de Blackie acerca de las serpientes? Manéjalas con mucha delicadeza y jamás te picarán. Contemplé a la serpiente de Mulga que Blackie tenía sobre la espalda, agitándose, silbando y asomando la lengua, y decidí no creérmelo. Si aquella serpiente desalojara la espalda de Blackie quizá pudiera pinchar a las demás de forma suave y lenta hasta lograr que se marcharan.

Sin embargo, la serpiente de Mulga no mostraba propensión alguna a moverse y ahora estaba tan irritada que tenía la impresión de que si Blackie movía siquiera una oreja sería hombre muerto. Estaba sudando de terror y el mango del rastrillo se me resbalaba de las manos. La tensión era tan grande que sabía que si no solucionaba aquello enseguida me derrumbaría o saldría corriendo en lágrimas de la casa de las serpientes.

Al diablo con tratar a las serpientes de forma lenta y suave, pensé; también se las puede tratar de forma rápida y violenta. Golpeé a la bamboleante serpiente de Mulga con el rastrillo con plena intención de decapitarla si fuera posible. Esquivó el golpe y atacó; se enredó con las púas y yo me quedé sujetando el rastrillo en alto con la serpiente de Mulga en el extremo. Esta se reorganizó rápidamente, se enroscó alrededor del mango y empezó a moverse hacia mis manos. Me deshice convulsivamente del rastrillo. La serpiente cayó sobre el cuerpo de Blackie y sumió en un frenesí al resto de inquilinos.

Por suerte, todas parecían pensar que las estaban atacando otras serpientes. Se enroscaron y comenzaron a amenazarse unas a otras. Después, cabe suponer que para obtener posiciones más ventajosas, abandonaron el cuerpo de Blackie y comenzaron a retirarse hacia las paredes. Solo una, el taipán, se aproximó a mí.

Lo único que podía hacer era probar suerte con el procedimiento estándar de no moverme y esperar que no se diera cuenta de que estaba temblando incontrolablemente. Pasó de largo y asumió una posición cerca de la puerta.

De momento, Blackie estaba libre de serpientes. Seguía sin moverse. Pero ahora parecía más seguro tratar de despertarle.

—¡Blackie! —grité mientras le empujaba con el pie. Siguió sin despertar.

—¡Blackie! —volví a gritar a la vez que le pateaba con fuerza en las costillas. Aun así siguió sin despertarse.

Ahora todas las serpientes estaban despiertas y activas, pero tendían a permanecer junto a las paredes. El único problema inmediato era el taipán, que estaba prácticamente contra la puerta casi cerrada. Era obvio que no había forma de despertar a Blackie, así que me agaché y lo agarré por los hombros. Dio media vuelta y eructó. Aquella vaharada cargada de alcohol es la única cosa que me haya encontrado jamás que sea capaz de rivalizar con la nocividad del aliento de un camello. El rastrillo seguía encima de su espalda. Lo cogí con una mano y con la otra lo cogí a él del cuello de la camisa.

Me quedé con el cuello de la camisa en la mano. Lo agarré de sus ralos cabellos, pero no tenía suficientes para sujetarlo bien. Lo cogí por la camisa. Un gran trozo de la misma se desprendió, dejando al desnudo una espalda huesuda, sucia y amarillenta. Ya no quedaban muchos sitios por donde agarrarlo, así que lo cogí de la mano y empecé a tirar. Por suerte, la mano resistió.

Blackie no pesaba mucho y empecé a arrastrarlo poco a poco por el suelo, blandiendo el rastrillo ante el taipán que custodiaba la puerta, desesperadamente

consciente del mar de ofidios que tenía a mi derecha, a mi izquierda y a mis espaldas.

Una pitón carpeta, completamente inofensiva, se retorció a menos de un palmo de mi pie derecho; la golpeé con el rastrillo de puro rencor. Estaba cerca de la puerta, justamente fuera del alcance del taipán, que no daba indicios de moverse. Intenté empujarlo con el rastrillo pero lo esquivó desdeñosamente y permaneció donde estaba, ondulando lentamente y con su maligna mirada fija, estaba convencido de ello, en mi garganta, desnuda, expuesta y palpitante.

Estaba desesperadamente tentado de arrojar a Blackie sobre el taipán y seguramente lo habría hecho de no ser porque es difícil arrojar a un hombre a ninguna parte cuando solo lo tienes cogido de la mano.

Por supuesto, ya llevaba algunos minutos bramando a voz en cuello para pedir ayuda; esta apareció en la forma de Alan Roberts, el fotógrafo, que al ver lo que sucedía por el cristal cilindrado, abrió la puerta gallardamente y de golpe para acudir a mi rescate.

La puerta, violentamente abierta, pilló de lleno en el cogote al taipán y lo chafó contra la pared. Yo salí por la puerta, sacando a Blackie a rastras detrás de mí.

—¿Pero que demonios...? —preguntó Alan.

De algún modo, Blackie se había quedado pegado a las escaleras de la casa de las serpientes. El taipán, aparentemente intacto a pesar del portazo, estaba muy cerca de su tobillo, que examinaba con curiosidad. Las demás serpientes pululaban a cierta distancia, gracias a Dios, silbándose entre sí.

—¡Ayúdame a sacarlo! —exclamé con voz entrecortada.

Alan repitió mi rutina de intentar agarrar a Blackie del cuello de la camisa, pelo y camisa y acabó con manojos de cuello de camisa, pelo y camisa antes de cogerlo de la otra mano. Juntos lo sacamos por la puerta, y a continuación la cerramos de golpe en las narices del taipán, que parecía ansioso por seguirnos.

Blackie se quedó desplomado en el suelo y yo me apoyé contra el cristal y comencé a respirar, cosa que al parecer había dejado de hacer desde hacía algún rato.

—¿Le han picado? —preguntó Alan.

—No lo sé —dije con voz ronca—. Llama a una ambulancia.

Alan, que era un hombre competente y no iba a ponerse a hacer preguntas necias, dio media vuelta para marcharse. Blackie se incorporó de un salto, abrió la puerta de la casa de las serpientes y trató de volver a entrar.

Alan y yo lo agarramos por los hombros y cerramos la puerta de golpe.

—¡Blackie! —gritó Alan—. ¿Qué te pasa?

Blackie, inmovilizado, se quedó mirando la puerta con cara de desconcierto.

—Está muy borracho —dije yo—. No sé si le han picado o no.

Empezaba a dudar. No tenía la impresión de que la gente saliera de comas inducidos por mordeduras de serpiente de una forma tan abrupta. Eso en el supuesto de que acabara de salir de un coma.

—Blackie —dije—. ¿Estás despierto? ¿Te ha picado una serpiente?

Blackie empezó a darse la vuelta, así que lo soltamos. Nos miró fijamente por turnos, como si tratara de determinar quiénes éramos.

—Blackie, ¿te ha picado una serpiente? —repetí.

—A mí las serpientes no me pican —dijo Blackie mirándome desdeñosamente.

—Creo que solo está borracho —le dije a Alan en voz baja, antes de volverme hacia Blackie y añadir—: Será mejor que vengas a mi autocaravana a acostarte un rato, Blackie.

—Claro —dijo él—, me acostaré aquí dentro.

Y se volvió y trató de meterse de nuevo donde las serpientes. Alan y yo lo sujetamos.

—Venga, Blackie, ven a la caravana y duerme un poco.

Pero Blackie se asomó por el cristal y vio a sus amados ofidios desplazándose de un lado para otro, o enroscados, oscilando y silbando.

—¡A mis serpientes les pasa algo! —rugió, y empezó a forcejear para zafarse de nosotros.

—Blackie, Blackie —dijo Alan—. Calma. Te has tomado unas cuantas copas...

—Claro que me he tomado unas cuantas copas —protestó Blackie—. ¿Es que no tengo derecho a hacerlo?

—Claro que sí, Blackie —le dije con voz tranquilizadora—, pero te desvaneciste y tenías un montón de serpientes encima. Acabamos de sacarte de ahí.

—Así que por eso están alteradas mis serpientes —dijo Blackie mirándome detenidamente.

—Así es, Blackie.

Blackie reflexionó al respecto:

—En fin... —dijo al cabo de un rato—. Supongo que no lo hicisteis con mala intención. Pero no lo volváis a hacer.

Y el muy desgraciado se soltó y trató de atravesar la puerta de nuevo. Alan y yo pudimos retenerlo con facilidad, pero no estábamos preparados para hacerlo indefinidamente.

—Escucha, Blackie —le dije con firmeza— ven a mi caravana, duerme unas horas y luego vuelves con tus serpientes.

—Voy a volver con mis serpientes ahora —contestó Blackie—. Quitadme las manos de encima.

Lo soltamos, pero Alan se colocó entre la puerta y él. Blackie sopesó aquel nuevo problema.

—Voy a entrar —dijo en voz baja y amenazadora.

—Tranquilízate, Blackie —respondió Alan razonablemente.

Blackie intentó asestarle en vano un golpe descontrolado. Alan y yo nos miramos el uno al otro con gesto de impotencia. Articulé en silencio la palabra «policía» a espaldas de Blackie, y Alan, muy a su pesar, asintió.

—¿Podrás evitar que entre? —le pregunté.

—Sí —dijo confiadamente Alan. Yo también pensé que podría; Blackie estaba demasiado borracho como para ofrecer gran resistencia.

El problema era que yo no sabía dónde estaba la cabina más próxima. Por lo que yo sabía, quizá tuviera que ir hasta Mackay, a ochenta kilómetros de allí.

Conduje a una velocidad increíble hasta la autopista, donde me llenó de alegría ver pasar a un coche patrulla en el cruce. Aceleré tras él tocando la bocina y se detuvo. Me bajé de la furgoneta de un salto y fui corriendo hacia el coche de policía. Dos solemnes agentes de policía de Queensland, ambos gordos, rubicundos, carentes de sentido del humor y con un perpetuo aire de cuarentón, me miraron con gesto inexpresivo.

—Me preguntaba si no les importaría seguirme —dije con voz entrecortada—. Un amigo mío está muy borracho y quiere dormir con sus serpientes.

Se hizo un largo silencio.

—¿Qué? —preguntaron por fin los dos policías al unísono.

—Un amigo mío está muy borracho y quiere dormir con sus serpientes —repetí, pero esta vez oí mis propias palabras.

Se produjo otra larga pausa.

—¿Podría explicarse un poco más, caballero? —preguntó el que conducía. Incluso entonces, me dejó asombrado el talento que tienen los policías para utilizar la palabra «caballero» como insulto.

—Al diablo, es demasiado difícil de explicar. Síganme, ¿quieren? Es urgente.

Pensé que seguramente me seguirían, aunque no fuese por el mismo motivo por el que yo quería que lo hicieran. Tenía razón. Lo hicieron y cuando llegamos al Error de Macka nos encontramos a Blackie inmovilizado en el suelo con Alan Roberts arrodillado sobre sus hombros. La casa de las serpientes seguía siendo un torbellino de actividad. Blackie estaba lanzando obscenidades con considerable elocuencia.

No diré que los policías se llevaron las manos a sus pistolas, pero tenían aspecto de estar a punto de hacerlo en cualquier momento.

Era todo demasiado difícil de explicar, así que me limité a señalar el extraño cuadro formado por Blackie y Alan delante de la casa de las serpientes.

—¿Cuál es el problema? —preguntó uno de los policías.

Al ver los uniformes, Blackie dejó de gritar. Alan lo soltó y se puso en pie. Por un instante me lanzó una mirada de reproche y de incredulidad.

—Has llamado a la poli —me acusó.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó el policía.

Blackie ahorró la necesidad de dar explicaciones tratando de asestarle al policía un débil puñetazo en la nariz. Se lo llevaron a Mackay y lo acusaron de embriaguez y de alteración del orden público.

Alan y yo aguardamos hasta el día siguiente, cuando pensamos que ya estaría razonablemente sobrio y lo sacamos previo pago de la fianza.

Blackie permaneció en silencio hasta que hubo transcurrido la primera mitad del

trayecto, cuando nos preguntó con lágrimas en los ojos:

—¿Cómo habéis podido hacerme esto?

Alan y yo le explicamos la sucesión de los acontecimientos.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Totalmente, Blackie. Tuvimos que hacerlo.

—Eso ya lo veo. Es curioso, no recuerdo nada en absoluto.

Tuve la discreción de no mencionar las dos botellas de whisky vacías.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Blackie—. De todos modos, eso demuestra que las serpientes y el alcohol no combinan.

## Sexo y cocodrilos



En la naturaleza existen muchos fenómenos por cuya existencia doy gracias, pero el más extraño de todos es que la vida sexual de los cocodrilos es agotadora.

Esto lo descubrí durante un viaje por el East Alligator River, que discurre a lo largo de la frontera de la Tierra de Arnhem, en el Territorio del Norte. Me había atraído hasta allí Roger Huntingdon, profesor de una de las ciencias naturales de la Universidad de Sídney. Le habían concedido una beca para estudiar a los grandes cocodrilos estuarinos que habitan la costa del Norte de Australia y me invitó a acompañarlo. Yo tenía una familiaridad pasajera con los cocodrilos, pero solo con los de agua dulce, a excepción de uno de agua salada que me encontré en circunstancias penosas después de que hubiera muerto. La oferta de Roger parecía interesante, así que lo acompañé.

Roger era un hombrecillo delgado, barbudo y melenudo de unos cuarenta años. Su mirada era luminosa y muy inteligente, y tenía una gran nariz aguileña. Tenía cierto aspecto de loro con barba, semejanza intensificada por su costumbre de vestir camisas floreadas muy chillonas. También tenía un tono de voz agudo y animado, y se emocionaba con facilidad. No obstante, fue un compañero de viaje muy encantador que rebosaba información.

Roger no ocupaba demasiado sitio en el barco, y menos mal, porque yo sí —hay quien dice que soy obeso, pero yo prefiero considerarme robusto, digamos, de unos cien kilos— y llevábamos toda clase de rastreadores que había que grapar a las cabezas de los cocodrilos que quisieran cooperar para que pudiéramos seguir sus movimientos. También teníamos un montón de redes y cuerdas con las que capturar y atar a los cocodrilos con la asistencia de bandas de aborígenes a los que se suponía que teníamos que ir contratando en función de nuestras necesidades. También había media tonelada más o menos de comida y bebida, y en conjunto, la línea de flotación estaba muy alta.

Parecía todo divertidísimo mientras descendíamos despreocupadamente por el Alligator, atravesando los pétalos de los franchipanieros salvajes que flotaban sobre la superficie azul-verde-marrón del agua bajo la mirada de los dingos y de los búfalos de la escarpa.

A Roger le apasionaban los cocodrilos y lamentaba que hasta unos pocos años antes los hubieran cazado implacablemente por sus pieles. Afortunadamente, al parecer, los habían declarado especie protegida y se habían impuesto elevadas multas a los culpables de darles muerte. Su número había empezado a aumentar y cada vez había más noticias de ataques contra el ganado y los aborígenes.

—Hasta fueron atacados dos camioneros blancos cerca de Broome —dijo Roger animadamente—. Estaban durmiendo junto a su camión y el único rastro que encontraron fueron las marcas que dejaron al arañar la tierra mientras los arrastraban al agua. Es casi seguro que los devoró un cocodrilo gigante.

—Por supuesto —añadió de forma más sobria— es una lástima para esas personas, pero es alentador pensar que cada vez hay más cocodrilos por aquí.

Los entusiastas son distintos del resto de la gente. Ni mejores ni peores, solo distintos.

Apenas llevábamos un par de horas viajando cuando Roger vio un lugar donde había muchas posibilidades de que hubiera cocodrilos estuarinos. Era un hueco en la pared del acantilado de la escarpa que parecía conducir a una pequeña laguna.

—Es la clase de sitio donde les gusta aparearse —dijo Robert mientras maniobraba el timón hacia el hueco.

—¿No deberíamos contratar a bandas de aborígenes antes de ponernos a perseguir cocodrilos? —le pregunté gentilmente. Al fin y al cabo, el experto en cocodrilos era él y sin duda sabía lo que hacía.

—Conviene localizar a los cocodrilos antes de gastar dinero —me respondió muy razonablemente, o así me pareció en ese momento.

Atravesamos el hueco de la pared del acantilado. Al principio el agua era muy poco profunda; apenas nos llegaba a las rodillas, pero de pronto dio paso a negras e insondables profundidades. Estábamos en unas aguas estancadas del tamaño de un campo de fútbol rodeados de acantilados altos y escarpados. Había una pequeña área de playa y, en efecto, en ella había un gran cocodrilo de unos tres metros de largo.

—¡Estupendo! Qué suerte —dijo Roger mientras el animal se metía rápidamente en el agua—. Es una hermosa hembra. Eso quiere decir que casi seguro el macho anda por aquí.

Me fijé en el agua negra y la precaria línea de flotación de nuestra embarcación y me pregunté si aquella suerte no tendría sus inconvenientes.

—Bueno —dije con rotundidad—, habrá que ir a buscar a la banda de fieles aborígenes, ¿no?

—Solo quiero echarle un vistazo a la playa —objetó Roger—. Debería haber huellas que me dirán lo que hay por aquí.

Volví a fijarme en aquellas aguas negras. Entonces metí la mano entre mis pertenencias y saqué mi escopeta automática.

—No vas a necesitar eso —dijo Roger con impaciencia—. Además, disparar contra los cocodrilos es ilegal.

—Solo voy a llevarla como amuleto protector —respondí mientras comprobaba el cargador para asegurarme de que llevaba balas.

Roger condujo el barco hasta la playita, donde nos pusimos a investigar la arena. Estaba llena de unas huellas que consistían en las largas y poco profundas depresiones que dejan las colas de los cocodrilos, acompañadas por huellas de pisadas a ambos lados.

—¡Diantre! Aquí hay al menos cuatro hembras —anunció Roger con entusiasmo—, y ya se ve lo grande que tiene que ser el macho —añadió señalando un par de huellas formadas por depresiones y pisadas mucho más grandes que las demás—. Podría tener seis o siete metros de largo.

—Vaya, pues vamos a por unos cuantos aborígenes y a seguir con la misión, ¿no?

—pregunté mientras jugueteaba nerviosamente con la escopeta.

—No hay prisa —dijo Roger—. Verás, lo que sucede es que el macho encuentra un sitio como este y espera a que pase una hembra. Cuando lo hace, la obliga a meterse aquí y no la deja salir. Cuando se termina la temporada de apareamiento puede llegar a tener encerradas a ocho o diez hembras.

—Entonces, ¿qué está haciendo ahora? ¿Esperar en el fondo mientras nos contempla?

—No, no creo —dijo Roger—. Seguramente estará en la corriente principal esperando a otra hembra.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, si estuviera aquí seguramente habría hecho notar su presencia. Los machos tienden a ser un poco agresivos durante la época de celo.

Medité por un instante y dije con gran claridad:

—Roger, en vista de que nos encontramos en un barco muy pequeño y extremadamente sobrecargado, rodeados de acantilados por los que no podría trepar ni un lagarto, en una laguna infestada de cocodrilos hembra y con un macho enloquecido por el sexo a punto de regresar en cualquier momento... en vista de todo eso, ¿no te parece que ya va siendo hora de salir de aquí de una puñetera vez?

Roger me miró y frunció el ceño:

—Podrías estar en lo cierto, ¿sabes? Quedarse por aquí podría ser bastante peligroso.

Así que para gran alivio por mi parte, sacamos el barco de la arena y nos dirigimos al hueco que conducía de vuelta al río.

—¡Pero qué descubrimiento! —exclamó Roger—. Volveremos aquí con unos ayudantes y tenderemos las redes por todas partes...

Nos encontrábamos casi a la entrada de la laguna cuando esta pareció explotar en nuestras narices. Se elevaron a gran altura grandes chorros de agua. Nos barrieron inmensas nubes de rocío. Pequeñas olas sacudieron peligrosamente nuestra embarcación. Unas extrañas siluetas negras se retorcían en el caos acuático delante de nosotros y oímos una sucesión de alucinantes bramidos de tal fuerza y ferocidad que parecían proceder de una criatura ajena a este mundo.

Roger dio media vuelta al barco, que era lo único que se podía hacer, porque hasta un acorazado habría dudado en atravesar aquella vorágine.

—¿Qué demonios? —dije yo, aunque me hacía una idea bastante aproximada.

—Cocodrilos apareándose —me informó Roger con emoción—. Acaba de pillar a una nueva y la está domando. Para eso necesita las aguas poco profundas de la entrada.

Roger detuvo el barco en medio de la laguna y contemplamos el nido de amor acuático. No se veía gran cosa, salvo inmensas cantidades de agua rompiendo la superficie. Era como si alguien hubiese sumergido una enorme batidora de cocina en la entrada a la laguna y la hubiese puesto en marcha. El único indicio de cocodrilos

era algún vistazo esporádico de una inmensa silueta negra sacudiéndose sin cesar. Era obvio que le estaban dando a todo trapo.

Roger andaba revolviendo entre sus cosas en busca de una cámara:

—¡Ay, qué suerte, qué suerte! —canturreaba alegremente—. No creo que nadie haya visto esto antes, al menos en Australia.

—¿Cuánto tiempo tardan? —pregunté con ánimo práctico.

—No lo sé —me contestó Roger, pletórico—. De eso se trata: vamos a averiguarlo.

—Lo que quiero decir es: ¿Tardan minutos, media hora o qué?

Roger no paraba de tomar una imagen tras otra:

—No lo sé. Muchas especies de animales copulan durante una hora o más.

Un terrible bramido recorrió la laguna rebotando contra las paredes de los acantilados.

—La grabadora —dijo Roger entre dientes—. ¿Dónde habré guardado la grabadora?

—Roger —pregunté discretamente— ¿cómo te propones que salgamos de aquí?

—No podemos irnos de ninguna manera mientras no hayan acabado. Tenemos que fotografiar y grabar lo que podamos. Es un golpe de suerte tremendo.

—Roger —dije haciendo un gran esfuerzo para mantener un tono de voz bajo y equilibrado—, no hay manera de salir de aquí. Nada podría atravesar ese maremoto de frenesí reptil y yo, al menos, soy incapaz de escalar esos puñeteros acantilados.

Roger, dándose cuenta por fin de que estaba genuinamente alterado, dejó de jugar con la grabadora y me enfocó con sus luminosos ojos de pájaro.

—No estarás nervioso, ¿verdad?

Yo tenía la escopeta aferrada contra el pecho y mis abundantes carnes temblaban de miedo:

—¿Nervioso? ¡Estoy aterrorizado, maldita sea!

Roger me miró tranquilamente y a continuación sacudió apesadumbradamente la cabeza.

—Pues mala suerte, pero de todos modos no podemos salir de aquí, así que ya puestos será mejor que lo disfrutemos y aprendamos lo que podamos.

Y dicho eso, volvió a su grabadora. Como ya he dicho, los entusiastas son distintos del resto de la gente.

—Roger —le dije— ¿no crees que por lo menos deberíamos ir a la playa? Vaya, que como esos malditos bichos se apasionen un poco más se nos tragarán las olas, por no hablar de lo que sucederá como se acerquen por aquí.

A Roger aquello le pareció sensato, y tras tomar unas cuantas fotografías más y grabar algunos minutos de bramidos y chapoteos, condujo el barco hasta la playa.

Por insistencia mía, lo arrastramos casi hasta la pared del acantilado.

—¿Por qué? —preguntó Roger.

—Para que podamos ponernos detrás si a los cocodrilos les entran ganas de unirse

a nosotros en la playa.

—Eso no es muy probable —objetó Roger—. De todos modos, supongo que es una precaución razonable.

Así que nos agachamos detrás del barco bajo el caluroso cielo azul invernal del norte, yo con la escopeta aferrada al pecho y Roger sacando fotos mientras los cocodrilos le daban con entusiasmo. Por lo menos después de esto les haría falta echar una cabezadita, pensé.

—¿A qué viene tanto alboroto? —le pregunté a Roger—. Para mí que ninguno de los dos disfrutaba demasiado.

—No —dijo Roger, comenzando a hablar en modo pedante—. La hembra, al parecer, es muy renuente a aparearse. El macho tiene que forzarla y ella se resiste durante todo el proceso. Seguramente será alguna forma de selección natural por la que solo los machos más grandes y más fuertes consiguen fecundar a la hembra. De hecho, las cópulas entre cocodrilos son violaciones puras y duras.

Desde el punto de apareamiento llegaron una serie de bramidos aún más voluminosos de lo habitual. Pensé que quizá el macho hubiera logrado su objetivo o que la hembra lo había desalentado por la fuerza. Una de dos, porque de pronto las aguas se calmaron por completo.

—Me pregunto adónde irá ahora —caviló Roger.

No tuvo que preguntárselo mucho rato. El monstruo salió del agua a unos treinta metros de donde estábamos agachados. Era enorme. Al principio solo vimos la cabeza, moteada de negro y marrón, húmeda y brillante bajo el sol, con unos ojos increíblemente malvados que me escrutaban sin piedad y unos enormes dientes apenas visibles bajo los correosos labios y las negras fosas nasales olfateando el rastro de la sangre. Poco a poco aparecieron las cortas patas delanteras, arrastrando fuera del agua el resto de la amplia y escamosa masa. No paraba de salir. Metro tras metro de mortífero cocodrilo. Debía medir ocho o nueve metros de largo.

—Qué hermoso animal —musitó Roger.

Quitó el seguro de mi escopeta.

Roger me agarró del brazo y dijo:

—Eh, es una especie protegida.

—Y yo también —repliqué bruscamente.

—Pero no nos está haciendo daño.

—No, pero tampoco parece muy amistoso.

—Te prohíbo terminantemente que dispires.

No tenía por qué preocuparse; no tenía intención de hacerlo. Una escopeta del calibre doce mataría a un dinosaurio a un metro de distancia, pero el cocodrilo se encontraba a veinte metros y el disparo habría dañado tanto su piel escamosa como un manojo de guisantes secos. Había traído la escopeta en caso de que hiciera falta disparar a bocajarro dentro del barco. Aquí habría que esperar hasta que el aliento del animal me despeinara.

—No creo que necesariamente vaya a atacarnos —dijo Roger, que inexplicablemente había bajado la voz hasta el nivel de un susurro.

Como para confirmar los pensamientos de Roger, el cocodrilo se dejó caer sobre el vientre con un gran suspiro de saciedad y permaneció inmóvil en la arena. De modo que no estábamos ante un caso de cama y comida, o en cualquier caso, no de inmediato.

—Vale, ahora deberíamos marcharnos —dijo Roger.

Yo estaba perdiendo rápidamente el respeto por los expertos. La playa era muy estrecha. Para sacar el barco a rastras, tendríamos que acercarnos a un tiro de escupitajo del cocodrilo. Yo no me habría acercado tanto ni aunque hubiera tenido el talento escupidor de una llama.

—Oye, Roger —dije—, propongo lanzar un disparo por encima de su cabeza para ver si así consigo que se marche.

Roger reflexionó al respecto con la cabeza inclinada hacia un lado, como un loro que estuviese contemplando una semilla desconocida.

—Sí —dijo por fin—, los cocodrilos no son animales sensibles. No lo asustarías demasiado. Pero asegúrate de que no le das.

Apreté el gatillo.

El sonido en aquel cañón de paredes de roca era embrutecedor, y los ecos reverberaron durante segundos. El cocodrilo no se movió. No pestañeó siquiera.

—Creo que se ha quedado dormido —dijo Roger—. Podremos pasar por delante.

—Roger, ¿esos bichos pueden moverse rápidamente en tierra? —le pregunté.

—Uy, sí, muy rápido cuando se trata de distancias cortas.

—Pues nos encontraríamos a muy poca distancia de él.

—Sí, ya veo a qué te refieres —admitió Roger enfurruñado—. En ese caso no hay nada que hacer salvo esperar a que se marche.

Y empezó a tomar fotografías del cocodrilo.

—Roger —dije, ahora ya susurrando—, propongo disparar un tiro contra su cuerpo.

—¡Ni hablar! —exclamó Roger con horror—. De ningún modo.

Roger, a esta distancia los perdigones apenas picarán a un animal protegido por el equivalente a un blindaje, pero podrían conseguir que se alejara de nosotros lo bastante como para salir de aquí.

—No —dijo Roger con firmeza—. Te lo prohíbo terminantemente.

—Puede que me lo prohíbas, Roger, pero yo soy libre de hacer lo que quiera y voy a hacerlo.

—¡Es ilegal!

—Dadas las circunstancias, estoy dispuesto a obrar criminalmente.

—Te denunciaré a las autoridades.

—Tú denuncia, Roger, pero ahora tápate los oídos.

—Quiero que conste que me opongo firmemente a esta actuación.

—Consta —dije, antes de apuntar y disparar.

Alcanzado por el impacto pleno de perdigones del calibre doce en el costado, no diré que el cocodrilo se limitara a enarcar una ceja lacónica, pero dio esa impresión. De todas formas, se puso en pie y fue balanceándose pesadamente hasta el otro extremo de la playa, donde volvió a dormirse tranquilamente.

—Creo que lo has herido de muerte —dijo Roger.

—Ojalá, pero dudo de que le haya hecho siquiera un rasguño —repliqué con irritación. Estaba casi tan harto de los expertos en cocodrilos como de los mismos cocodrilos.

—¿Y ahora qué sugieres que hagamos?

—Si nos vamos al otro extremo de la playa no tendremos que acercarnos a menos de cuarenta metros de esa bestia. ¿Cuánto le costaría recorrer cuarenta metros?

—No lo sé, la verdad —dijo Roger, intrigado por la especulación científica—. Imagino que hacia el final del recorrido iría perdiendo velocidad. Sería fascinante de ver.

Cada vez estaba más harto de los expertos en cocodrilos.

Logramos arrastrar el barco hasta unos cinco metros de la orilla antes de que el cocodrilo cargara contra nosotros.

Sin duda fue un espectáculo fascinante. Se incorporó a una altura considerable sobre sus cortas patas y atravesó la arena a la carrera como un lagarto.

Solté el barco y cogí la escopeta.

Roger soltó el barco y cogió la cámara.

Se puso directamente delante de mí, disparando sin cesar mientras aquella masa de ferocidad primigenia embestía. Estaba completamente dispuesto a morir con tal de obtener la primera fotografía frontal de la carga de un cocodrilo.

Yo no lo estaba. Me eché a un lado y empecé a disparar.

—¡Alto! ¡Alto! ¡Vas a hacerle daño! —chilló Roger.

El cocodrilo parecía de lo más ileso mientras atravesaba una lluvia de perdigones.

Seguí disparando. Tenía muchos cartuchos en el cargador, más de los que me habría dado tiempo a emplear.

Supongo que la carga del cocodrilo apenas duró unos segundos, pero fueron de esa clase de segundos que parecen horas, y a pesar de las detonaciones ensordecedoras y repetidas de la escopeta, podía oír los disparos de la cámara de Roger y el sonido apresurado de las garras del cocodrilo sobre la arena. Durante todo ese tiempo también oí gritar a Roger:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Es una especie protegida!

Los perdigones debieron de comenzar a hacer efecto cuando el cocodrilo estaba prácticamente encima de nosotros, porque el animal se detuvo abruptamente y se incorporó sobre sus patas traseras, descollando por encima de nosotros, ofreciendo un espectáculo aterrador y emitiendo un terrible bramido.

El puñetero Roger dio dos pasos al frente para tomar un primer plano y se

interpuso directamente entre el cocodrilo y yo.

Tenía tres opciones. Podía disparar contra Roger para quitarlo de en medio y así poder disparar contra el cocodrilo. (Era la opción más atractiva). Podía golpear con la escopeta a Roger para dejarlo sin sentido y poder disparar contra el cocodrilo. (Una opción demasiado sosegada, dadas las circunstancias). Podía arrojar la escopeta y salir corriendo a gritos. (La opción más probable).

Vacilé. Roger tomó algunas fotografías más. El cocodrilo bramó unas cuantas veces más. No parecía que la situación fuera a resolverse por sí sola.

De pronto, Roger le dio la espalda a aquella masa enorme, estentórea y malvada de blindaje y dientes y empezó a caminar hacia el barco.

—Vámonos —dijo—. Ya se me ha acabado el carrete.

Caminé de espaldas detrás de él, con el dedo en el gatillo. El cocodrilo siguió haciendo poses un rato más antes de dejarse caer a tierra y, al parecer, echarse a dormir.

—No tenías por qué haberte preocupado —comentó Roger mientras salíamos de la laguna—. Es muy improbable que un cocodrilo ataque justo después de aparearse, por la sencilla razón de que está demasiado cansado, ¿entiendes?

Enseguida contraí una indisposición que me obligó a abandonar la expedición antes de que tuviéramos ningún encuentro más con cocodrilos.

# El koala asesino



No me gustan los koalas. Son unos bichos asquerosos, irascibles y estúpidos sin un solo hueso amistoso en todo su cuerpo. Sus hábitos sociales son vergonzosos: los machos siempre andan propinando palizas a sus semejantes y robándoles las hembras. Tienen mecanismos defensivos repugnantes. Su piel está infestada de piojos. Roncan. Su semejanza con juguetes adorables es una engañifa abyecta. No son dignos de elogio por ningún motivo.

Y además, una vez un koala intentó hacerme daño de una forma muy horrible.

En tiempos, una pequeña isla llamada Kudulana situada a unos diez kilómetros de la costa de Tasmania mantenía a una nutrida población de koalas. Entonces alguien llevó ovejas a la isla y taló demasiados árboles. De repente dejó de haber suficientes hojas de eucalipto de la clase adecuada y en consecuencia los koalas estaban en peligro de extinguirse.

A Mary Anne Locher, oficial superior de Parques Nacionales y Fauna, se le asignó la tarea de reunir a los koalas de la isla y enviarlos a nuevos pastos en el continente. Me invitó a ayudarla, y acepté pensando que de todo se puede sacar una historia.

La propia Mary Anne Locher se parecía bastante a un koala. Era bajita, gorda y redonda, y tenía un pelo castaño suave y sedoso bastante corto del que le asomaban las orejas. Supongo que en ese momento tendría unos cincuenta años, unos pocos más que yo.

Siempre llevaba un peto de color marrón que, unido al efecto de su nariz, chata y pequeña, y sus ojos color castaño claro, intensificaban su similitud con un koala. Tenía una voz suave y levemente sibilante y daba la impresión de que si uno le hubiese apretado la barriguita habría chillado. A diferencia de un koala, era una persona muy agradable y delicada.

En aquella época yo no era tan corpulento como ahora, pero no por eso dejaba de ser un hombre abundante en carnes, es decir, que podía atarme los cordones de los zapatos yo solo, pero no era atlético.

Un alma poco caritativa habría pensado que Mary Anne y yo hacíamos una pareja un tanto cómica cuando desembarcamos del ferry en Kudulana: el uno era alto, redondo y barbado, y la otra bajita, redonda y con pelo suave y sedoso. Los dos llevábamos una gran red dotada de un largo mango y lucíamos petos marrones idénticos, pues yo le había cogido uno prestado al departamento mientras durase el trabajo. Mientras el barquero descargaba unas jaulas hechas con listones de madera para albergar nuestra pesca, llegó a insinuar que nuestra tarea se vería facilitada, ya que los koalas se caerían de los árboles de la risa.

Para atrapar a un koala solo hay que asustarlo para hacerle saltar o que se caiga de la rama en la que se está, y luego atraparlo con la red. En cualquier caso, eso fue lo que me dijo Mary Anne. No me dijo que eso solo da resultado con los koalas cooperativos.

Dejamos amontonado nuestro material, nuestro equipo de acampada, el botiquín y

las jaulas cerca del embarcadero y nos fuimos a cazar koalas.

Los árboles de Kudulana son todos muy pequeños y delgados y no tuvimos ningún problema para localizar a los koalas. Solo había doce, y se encontraban en una arboleda de eucaliptos en torno a un gran lago rodeado de helechos. Estaban todos acurrucados en ramas ahorquilladas. Pero los árboles solo tenían tres o cuatro metros de altura, de modo que los koalas estaban perfectamente al alcance de nuestras redes.

Lo único que Mary Anne y yo teníamos que hacer era soltarlos, atraparlos en nuestras redes y después trasladarlos a las jaulas de madera. En teoría.

Los koalas, bolas peludas con la cabeza inclinada sobre el vientre, no parecían ni remotamente interesados en nuestra presencia.

—De acuerdo, probaremos primero con ese —dijo Mary Anne señalando con tono de eficiencia a un koala grandote acurrucado en una horquilla no mucho más allá de donde yo podía alcanzar—. Tú asústalo y yo lo atraparé.

Mary Anne levantó su red para que la boca estuviera justo debajo del koala y se preparó, aguardando a ver en qué dirección iba a saltar el koala. Yo mantuve preparada la mía como refuerzo.

El koala parecía dormido, y me pregunté por primera vez qué tendría que hacer uno exactamente para asustar a una criatura tan aletargada.

—¿Debería azuzarlo con mi red? —le pregunté a Mary Anne.

—No, eso hará que se aferre con más fuerza. Grita.

No tenía ni idea de cómo había que gritarle a un koala, pero lo hice lo mejor que pude.

—¡Buh! —grité.

El koala no se movió.

—¡Buh! ¡Buh! —chillé con todas mis fuerzas.

El koala abrió un ojo. Sorprendentemente, lo tenía inyectado en sangre. Me miró con él durante un largo y desapasionado instante antes de volver a cerrarlo cansinamente.

—No se asusta con facilidad —comenté.

—No —dijo Mary Anne—. Intenta sacudir el árbol.

Dejé la red en el suelo y agarré el árbol —que era muy fino y en realidad muy joven— y lo sacudí violentamente.

El koala abrió sus dos ojos enrojecidos y me miró malévolamente. Acto seguido aplicó un dispositivo defensivo común a la mayoría de marsupiales arborícolas. Un fluido acre e inmundado me empapó el pelo, la barba, la cara y los hombros.

—¡Ay, lo siento! —exclamó Mary Anne—. Tendría que habértelo advertido.

Hice lo que pude con un pañuelo mientras el koala, aparentemente satisfecho con su trabajo, cerró los ojos y volvió a dormirse.

—¿Por qué no sacamos al puñetero bicho de la rama con las redes y lo atrapamos en el suelo? —pregunté cuando ya me encontraba más o menos seco, pero sin haber dejado de desprender un olor repugnante.

—No se puede desalojar a un koala una vez que se agarra a algo. Tienen una fuerza tremenda.

—Pues entonces, ¿qué hacemos? Para asustar a ese bicho haría falta una bomba.

Mary Anne meditó por un instante:

—¿Podrías subirte a ese árbol?

Me fijé en el árbol. No era muy grande, pero aguantaría mi peso y el koala no se encontraba muy arriba.

—Sí, creo que sí —dije.

—Entonces sube y grítale en el oído. No lo toques. Seguramente saltará cuando te acerques a él.

Haciendo un esfuerzo considerable, logré trepar hasta la base de la rama donde estaba acurrucado el koala. No me encontraba a una altura muy superior a la mía del suelo y podría haber estirado el brazo y haber tocado al koala, que no estaba muy lejos de mi cabeza. Mantuve mi cabeza a una prudente distancia del animalito.

—¡Buh! —chillé.

El koala no se dio por enterado. Avancé un poco más por la rama.

La rama se rompió. Rama, koala y yo nos precipitamos abruptamente sobre los espesos helechos de abajo.

El koala cayó sobre su espalda. Yo aterricé despatarrado sobre el koala. El koala estaba cubierto por mi considerable mole, pero yo sabía que estaba allí porque gruñía y bufaba y trataba de abrirse paso a través de mis blandas carnes.

Fue una experiencia extraordinaria: ahí estaba yo, entre los helechos, sin resuello, sin poder ver otra cosa que hojas de helecho, semiinconsciente hasta el punto de haber perdido la coordinación y con aquel pedazo de malevolencia peluda, de músculos duros y sorprendentemente grandes tratando de destriparme.

¿Dónde demonios estaba Mary Anne?

Pues había salido corriendo hacia el otro lado de la parcela de helechos para atrapar al koala cuando saliera.

Además del que utilizan desde grandes alturas, los koalas tienen otro mecanismo de protección. Se aferran al vientre de su opresor con uñas y dientes. Seguramente se trata de un mecanismo diseñado para funcionar contra los dingos. En cuanto el koala se aferra al vientre del perro, este no puede alcanzarlo con sus mandíbulas. Deduzco que en esas circunstancias el koala está perfectamente dispuesto a agarrarse hasta que el dingo se desploma.

En aquel momento aquello no lo sabía. Y de haberlo sabido, no me habría servido de nada.

Evidentemente, el koala abandonó toda esperanza de huir y se decidió por la defensa antidingo. Estaba boca abajo en relación conmigo y me clavó las garras traseras en el pecho. Las garras delanteras me las clavó en los muslos. Su cabeza fue a parar entre mis piernas y me clavó los dientes en las ingles.

Por suerte, los koalas no tienen la boca muy grande. Aunque sí lo bastante.

Chillé.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mary Anne, a la que no podía ver.

—¡Me tiene pillado! —bramé mientras rodaba sobre la espalda y arañaba al koala con las dos manos. Él rodó conmigo y apretó con más fuerza. En todas partes.

Volví a chillar y empecé a aporrearlo con los puños. Era como aporrear madera envuelta en piel y a él le hizo el mismo efecto. Los músculos de aquel bicho estaban hechos de alguna sustancia mucho más dura de la que debería estar hecho ningún tejido animal.

Chillé de nuevo y oí a Mary Anne abriéndose paso entre los helechos hasta llegar a mí.

El koala, es de suponer que pensando que llegaban mis refuerzos, se aferró con una fuerza mayor aún a todos los puntos.

Gruñía como un ser demencial —cosa que era, claro— y tenía su trasero casi en mi cara; ni siquiera el peligro que ahora corría disminuía en lo más mínimo el espantoso hedor del animal.

La cabeza de Mary Anne apareció por encima de los helechos. Yo me sacudía y arañaba en el seno de una maraña de hojas de helecho; ella no podía ver exactamente lo que sucedía, más allá del hecho de que yo tenía cogido al koala y el koala me tenía cogido a mí.

—Procura no hacerle daño —me gritó. En otras circunstancias me habría reído.

—¡Quítamelo de encima! —exclamé con voz entrecortada.

—Ahora sí que no habrá manera de quitártelo de encima —dijo con irritación—. Tendré que sedarlo.

Y la puñetera mujer se marchó corriendo rumbo al embarcadero para coger el botiquín.

—Vuelvo enseguida —la oí gritar mientras desaparecía entre los helechos—. Tú no te muevas. No te preocupes, ahora ya no te soltaré.

Eso era lo último que me preocupaba:

—¡Mary Anne! —rugí—. El muy bestia me tiene cogido por los...

Pero no me oyó.

No había forma de poder quedarme allí tendido hasta que ella volviera mientras aquel animal trataba de castrarme.

Me incorporé a duras penas, con koala y todo, e intenté salir corriendo tras ella.

¿Alguna vez habéis intentado correr con las garras de un koala clavadas en el pecho y los muslos y sus dientes clavados en la entrepierna? Es imposible.

Estaba a punto de empezar a llorar de rabia, dolor y frustración. Fui tambaleándome entre los helechos y traté de chocar contra un árbol con el koala por delante. Lo único que conseguí fue clavarme los dientes y las uñas más todavía. Traté de tirarme sobre él. Me quedé sin aliento.

Ahora a cuatro patas y al borde del colapso, con la mente en vías de desintegración, caí de repente en que estaba a orillas del lago que había en medio de

aquella arboleda frecuentada por koalas.

Con un grito de esperanza maniáco avancé como pude, respiré hondo y me lancé con koala y todo.

El agua, bendita sea, era profunda, y nos hundimos como dos piedras.

No sabía cuánto tiempo podía aguantar la respiración un koala, pero por lo que a mí se refería, íbamos a quedarnos allí los dos hasta que él me soltara o nos ahogáramos los dos.

Por desgracia, parece ser que los koalas son capaces de aguantar la respiración indefinidamente.

El koala era un peso muerto que me lastraba, y permanecimos en aquellas turbias profundidades durante lo que me pareció media eternidad. El dolor de mis pulmones, que estaban a punto de estallar, empezó a igualar a mis otros dolores.

Finalmente me di cuenta de que no había necesidad alguna de que mantuviera la cabeza bajo el agua. Puede parecer que tardé más de la cuenta en llegar a una conclusión tan obvia, pero si nunca habéis estado sumergidos en un lago de monte en las garras de un koala furioso, no podéis comprender lo difícil que es pensar con claridad en esas circunstancias.

Subí a la superficie, saqué la cabeza, respiré hondamente y con gratitud y me dispuse a estrangular al koala.

Los koalas son muy difíciles de estrangular, sobre todo cuando te tienen cogido de la forma que aquel koala me tenía cogido a mí. Pero me esforcé denodadamente, con un desprecio soberano por el hecho de tratarse de una especie protegida.

El koala parecía decidido a morir bajo el agua con mis dedos en torno a su cuello. A mí me parecía muy bien, siempre y cuando lo hiciera con rapidez.

Entonces, pese a mi dolor, me asaltó la terrible angustia de que quizá los koalas muertos no aflojaran su presa. ¿Tendría que recurrir a la cirugía para desprenderme de aquella bestia maligna?

Entonces el animal abandonó: más de una veintena de minutos después de que se viera sumergido por primera vez, lo juro, aunque Mary Anne sostiene que ella tardó menos de un minuto en volver. El tiempo, por supuesto, es relativo.

El koala me soltó y salió a la superficie cerca de mi cara. Sus rasgos de juguete eran inexpresivos, pero tosió y gruñó de forma feroz y yo retrocedí aterrorizado.

En sus ojos inyectados en sangre me pareció ver una chispa de desprecio; el koala se dio media vuelta y fue nadando expertamente hasta la orilla del lago, salió dificultosamente y caminó pesadamente hasta llegar a un árbol, lo escaló, me miró con gesto sombrío y se echó a dormir mientras se escurría.

Yo salí del lago.

Mary Anne regresó y quedó sorprendida de que el koala me hubiera soltado. También me preguntó por qué estaba empapado.

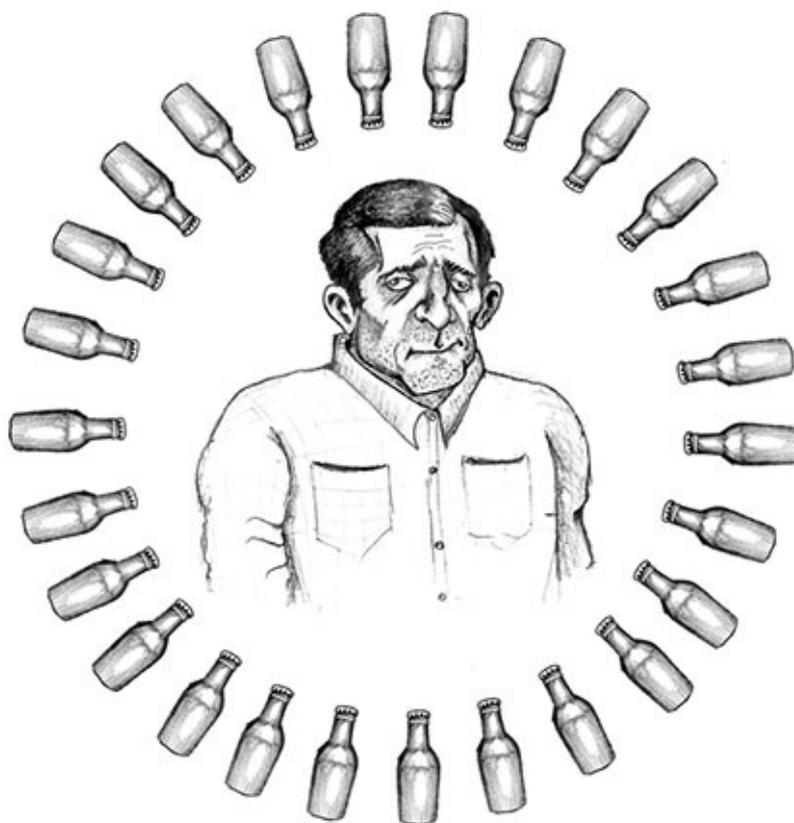
Le dije que se lo explicaría luego y me interné entre los matorrales para examinar mi persona.

El peto que llevaba puesto estaba hecho de un tejido muy grueso y no había daños de consideración. Pero no por falta de voluntad del koala.

Finalmente, Mary Anne y yo cogimos a todos los koalas de la isla y los liberamos en el continente, pero cumplí la tarea muy a mi pesar. Jamás volveré a acudir en ayuda de esas bestias.

Insisto: no me gustan los koalas.

## Cien botellines



Para comprender cómo pudo pasar algo así, hay que saber algo acerca del lugar donde pasó: Coober Pedy, una ciudad casi insoportable del árido centro de Australia. Coober Pedy es una ciudad dedicada a la minería del ópalo. En aborígen el nombre quiere decir «hombre blanco metido en un agujero». El «agujero» se refiere a las minas y a las casas, que son cuevas excavadas en los laterales de unas colinas de poca altura. En verano la temperatura suele rondar los 50 °C. O te pasas la mayor parte del tiempo bajo tierra o metido en un pub, o mueres.

Yo había viajado hasta allí desde Adelaide en un coche con aire acondicionado y pensé que me moría.

Divisé Coober Pedy desde lejos; en la brillante calima desértica provocada por el calor parecía un conjunto de miles de minúsculas burbujas. Muy pronto aquellas burbujas se transformaron en los montículos de desechos de ópalo que se extienden a partir de la ciudad en infinitas direcciones.

Toda esa zona da la impresión de estar infestada de enormes termiteros de barro. Muchas de las minas están desiertas y según la leyenda local, contienen los huesos de hombres imprudentes que no cumplieron con sus deudas de juego o trataron de robar en las minas. Jamás oí decir que se hubiera encontrado ningún esqueleto.

En cuanto vi el primer pub en Coober Pedy detuve automáticamente el coche. Necesitaba cerveza fría y mucha. El calor que hace allí es casi sólido y notas cómo te cae sobre la cabeza cuando sales del coche. Troté hasta el pub con todo mi ser ansiando cerveza, sin tener la más remota idea de que estaba a punto de presenciar algo que me quitaría las ganas de beber cerveza durante meses.

El pub estaba moderadamente lleno de hombres de color rosa. Casi todos los hombres que hay en Coober Pedy son de color rosa, porque son mineros de ópalo y el polvo rosado de las minas se les incrusta en la piel. O quizá sea porque nunca se lavan, porque allí el agua es bastante infecta.

Pedí una cerveza, la encontré deliciosamente fría —como siempre está la cerveza en el interior de Australia, donde a menudo es el único indicio de vida civilizada— y empecé a escuchar las conversaciones que me rodeaban, como tengo por costumbre.

A poca distancia de mí, dos hombres de color rosa mantenían una conversación absurda, como son la mayoría de conversaciones de los pubs del interior cuando todo el mundo ya lleva cinco cervezas encima. Los dos estaban apoyados en la barra contemplando con cara de circunstancias el rostro arrugado del otro. Discutían sin sentido, como dos muñecas grotescas.

—Puede hacerlo.

—Lo mataría.

—Le llevaría cuatro horas.

—No lo mataría. Nada lo haría.

Me arrimé un poco más. El tono de la discusión empezaba a rozar la histeria. Como sierras circulares, sus gritos se oían por encima del alboroto de los demás clientes. Era evidente que estaban acostumbrados a gritarse el uno al otro bajo tierra y

desde quince metros de distancia con los martillos neumáticos funcionando a toda máquina.

—Cien botellines en cuatro horas. ¿No crees que eso lo mataría?

—Mataría a cualquiera.

—Él no es cualquiera.

Se miraron a la cara, y a medida que la cerveza bajaba por su garganta, la importancia del tema iba aumentando para ambos.

—¿Por qué demonios estás tan seguro?

—Porque estoy seguro, demonios.

Uno de ellos era de mediana edad, y sus hombros desnudos estaban cubiertos de pelo gris. O más bien, habría sido gris si se hubiera lavado para quitarse el polvo rosado. Tenía una expresión embotada y embrutecida producto de años escarbando bajo tierra toda la mañana y bebiendo cerveza toda la tarde. O a lo mejor había nacido con un rostro embotado y brutal.

Su compañero era más joven; seguramente aún no había cumplido los treinta. Era un poco gordo pero tenía los anchos hombros y los brazos poderosamente musculados de un minero de ópalo. Si los hombres siguen escarbando bajo tierra para extraer ópalo durante unas generaciones más, seguro que acaban desarrollando cuartos delanteros y brazos como los de los wombats<sup>[2]</sup>. El más joven de los dos parecía un wombat por la barba de tres días que lucía. No era exactamente igual que un wombat, sin embargo, porque si te fijas bien, verás que los wombats tienen alguna clase de expresión facial, mientras que la cara de aquel tipo no era más que un borrón de vacuidad colgante. Aquellas cerdas rosadas y polvorientas le daban el aspecto de una ración de crema de maizena abandonada a la que le hubiera salido un moho raro.

—Pues si estás tan seguro, ¿por qué no te apuestas algo?

—Pues claro que apostaré.

Era imposible saber cuál de los dos estaba hablando porque sus voces parecían idénticas, como cuchillos chirriando sobre platos a un volumen insoportable. Pero se notaba que el sonido salía de ellos y poco a poco, a medida que el resto del bar sintonizaba con su conversación, se fue formando a su alrededor un pozo de silencio.

—¿A ti qué te parece, Iván?

Ahora sí se podía ver quién hablaba porque el mayor de los dos dio media vuelta y se dirigió a otro parroquiano que estaba a su lado.

Iván se volvió lentamente; me di cuenta de que estaba contemplando a un monstruo. Levantaba apenas metro y medio del suelo y sus hombros eran prácticamente de la misma anchura. Su pecho, que sobresalía como el de un gallo gigante y estaba cubierto por el polvo y por una camiseta negra, era una inmensa sucesión de músculos atravesado por las vetas oscuras formadas por los pequeños riachuelos de sudor que corrían por encima del polvo rosado. Uno de sus grandes brazos colgaba a una altura desproporcionadamente baja junto a su costado, y el otro estaba apoyado sobre la barra, donde su enorme mano rosada rodeaba casi por

completo un vaso de cerveza. Llevaba el pelo muy corto y una cresta de cerdas encima de un rostro que me hizo preguntarme por un instante si es posible cruzar a un cocodrilo con un hipopótamo.

Aquella cara exhibía una absoluta falta de interés y de malicia, acompañada por una autocomplacencia inexpresiva que ponía en evidencia que ningún pensamiento había perturbado jamás el cerebro que se ocultaba bajo aquella absurda cresta.

Llevaba pantalones cortos, y dos inmensas piernas, bastante parecidas a las de un hipopótamo salvo porque eran rosadas y peludas en lugar de grises y arrugadas, apuntaban su cuerpo. Era como si el cuerpo descansase sobre las piernas en lugar de estar unido a ellas, porque no parecía tener cintura; era grueso como el tronco de un árbol durante todo el recorrido hasta que de repente comenzaban las piernas. El punto de unión estaba disimulado por los voluminosos pantalones cortos, pero a mí me dio la impresión de que las piernas podían echar a caminar por sí solas en cualquier momento y dejar atrás el cuerpo.

—¿A ti qué te parece, Iván? Seguro que tú podrías beberte cien botellines en cuatro horas.

—Claro que podría —dijo Iván.

Tenía una voz llana y profunda, casi agradable en comparación con las de los otros dos, pero solo por comparación.

—Ahí lo tienes —dijo el mayor de los dos antes de volverse hacia su compañero, como si todo hubiera quedado demostrado.

—Me juego lo que quieras contigo a que no puede.

—Pues apuesta. ¡Venga, apuesta!

—¿Qué quieres decir con eso de «apuesta»?

—Lo que digo. ¿Qué te juegas a que no es capaz de beberse cien botellines en cuatro horas?

—Me juego quinientos dólares.

El mayor de los dos se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. Contó diez billetes de cincuenta sobre el mostrador. El más joven miraba impasible mientras Iván, que había perdido interés, volvió a ocuparse de su pinta.

—A ver si igualas eso.

El más joven, tras haber esperado hasta que el otro depositara el último billete de cincuenta sobre el mostrador, se metió la mano en el bolsillo a su vez y contó su propio fajo de billetes de cincuenta. Hizo una pausa antes de dejar el décimo sobre la barra.

—¿Quién paga la cerveza? —preguntó astutamente.

Se produjo una larga pausa mientras ambos cavilaban al respecto.

—Sácalo del bote —dijo por fin el mayor de los dos.

—De acuerdo, Iván. Esta va a ser la sesión cervecera más grande de tu vida. Invito yo —dijo el hombre mayor mientras cogía a Iván del hombro.

—Venga, Bill —le dijo al camarero—, saca diez botellines. Iván se va a beber

cien.

Bill ni se inmutó; se limitó a abrir la nevera y alineó diez botellines sobre el mostrador.

—Adelante, Iván. Acuérdate, he apostado por ti.

—Tiene que estar de pie cuando termine —dijo el más joven, hoscamente y con cierto tono de preocupación.

—Lo estará. Venga, Iván. Padentro.

Iván estaba mirando los diez botellines. De las contorsiones de su rostro podía deducirse que estaba pensando. Casi se lo oía. Los tres hombres eran ahora el centro de un gran corro que se había formado a medida que el resto de la clientela fue asimilando el concepto de la estrambótica apuesta. Mientras se hacían apuestas colaterales, iba saliendo dinero de bolsillos polvorientos. Iván seguía pensando.

—Venga, Iván.

—Quiero cien dólares —dijo Iván.

El mayor de los dos hombres estaba escandalizado:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es eso de que quieres cien dólares?

—Quiero decir que quiero cien dólares.

—¿Por qué?

—Por beberme la cerveza.

—Pero si te va a salir gratis.

—Quiero cien dólares.

En los yacimientos de ópalo las conversaciones tienden a ser limitadas.

—Vete al infierno.

—Vale.

Iván se volvió hacia la barra y pidió otra cerveza. El mayor de los dos hombres no daba crédito. Iván se bebió su cerveza de un trago. Evidentemente tenía intención de atenerse a lo que acababa de decir.

—Está bien —dijo desesperado el hombre mayor—, si te bebes los cien botellines, te daré cien dólares.

—Cien por intentarlo —replicó Iván, sin volverse siquiera.

—Santo Dios. ¿Qué pasa si te bebes cincuenta y luego te plantas?

—Cien por intentarlo —dijo Iván.

El hombre mayor miró fijamente aquella espalda increíblemente ancha e inflexible. Se notaba que estaba pensando y esforzándose por dar con una solución.

—Te propongo lo siguiente —dijo por fin—. Ciento cincuenta si lo consigues, y si no nada. ¿Qué tal?

Iván estaba pensando. Una larga pausa.

—De acuerdo —dijo mientras estiraba el brazo para coger el primer botellín.

—Cógelos del montón —le dijo el mayor de los dos a su compañero, lo cual quería decir que los honorarios de Iván los pagaría el ganador.

Al joven aquello le pareció razonable, pero tardó en decidirse. Cuando por fin

asintió con la cabeza, Iván ya se había bebido seis botellines.

Su técnica era impresionante. Cogía una de aquellas botellitas achaparradas con cada mano y las abría con los pulgares. La mayoría de los hombres necesita un utensilio metálico para esto, pero Iván no: utilizaba las uñas de sus pulgares como escoplos. Luego levantaba la mano derecha, echaba la cabeza hacia atrás y vertía de golpe la cerveza en su boca abierta, toda ella, en un chorrillo continuo hasta que la botella quedaba vacía. Después hacía lo mismo con la botella que tenía en la mano izquierda. Cuando las dos estaban vacías, las dejaba cuidadosamente sobre el mostrador y cogía otras dos.

Cada una de estas botellas contiene 375 mililitros de cerveza. Desde el punto de vista legal, si te bebes tres en una hora estás demasiado borracho para conducir un vehículo de motor. Cien botellas serían 37 500 mililitros. Las matemáticas me pueden, pero debe de ser un peso en cerveza monumental. Lo cronometré. Le costaba apenas ocho segundos vaciar una botella, un segundo para dejar ambas botellas sobre el mostrador, un segundo para coger otras dos y un segundo para abrirlas. Se estaba tragando un botellín cada once segundos.

Tragar no es la palabra apropiada. Su garganta no realizaba movimiento alguno. Se limitaba a verterla directamente en el estómago. Un botellín cada once segundos. A ese ritmo, sería capaz de beberse cien en mil cien segundos, es decir, menos de una hora. Pero no lograría mantenerlo por motivos obvios, entre otros, porque reventaría.

Yo no era el único hombre en el bar que estaba haciendo estos cálculos. En el gran corro que ahora rodeaba a Iván, los hombres miraban sus relojes y contaban. Para ahorrar tiempo, el camarero colocó veinte botellines sobre la barra en el preciso momento en que Ivánapuró el décimo. Iván no hizo ninguna pausa. Bebía —o trabajaba— tan rítmicamente como si estuviera en una cadena de montaje: vaciaba una botella, vaciaba la siguiente, dejaba las dos botellas sobre el mostrador, cogía las dos siguientes, las abría, vaciaba una y luego la siguiente.

El único sonido que se oía en el bar era el ruido de las botellas sobre el mostrador y el traqueteo metálico de las chapas al caer al suelo. Todos los bebedores guardaban silencio y observaban con una reverencia casi religiosa, completamente ajenos a los vasos que tenían en las manos.

Me di cuenta por primera vez de que el reloj que presidía las botellas al fondo del bar daba campanadas. Dio las seis en el instante exacto en que Iván daba cuenta de su botella de cerveza número cuarenta. Como si de una señal se tratara, depositó violentamente las dos botellas sobre la mesa e hizo una pausa. El silencio se hizo intenso y todo el mundo empezó a echarse ligeramente hacia delante, dudando. Yo estaba convencido de que Iván iba a caer redondo.

Iván permaneció inmóvil, con las manos apoyadas en la barra y el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante. La pausa se prolongó y el silencio se ahondó, si es que el silencio puede ahondarse. Hasta podía oír el tictac del reloj. De repente, los músculos de su espalda se convulsionaron y un eructo monumental quebró el silencio

reinante en todo el bar como si de un violento trueno se tratara. Juro que la primera fila de espectadores se echó hacia atrás entre vítores, risas y palmas.

Iván cogió las dos botellas siguientes y volvió de nuevo a su ritmo. Cuarenta y cinco botellas, cincuenta, cincuenta y cinco, sesenta. Delante de nuestros ojos, lo imposible se estaba convirtiendo en realidad. Después vino una muestra de virtuosismo: Iván abrió dos botellas pero en lugar de levantar solo la mano derecha, levantó las dos y vertió el contenido de ambas botellas en su garganta de forma simultánea. Lo hizo en solo ocho segundos. Setecientos cincuenta mililitros de cerveza en ocho segundos se sumaron al caudal que ya recorría su estómago, sus intestinos y su torrente sanguíneo.

Técnicamente tenía que estar muerto. No hay tejido humano capaz de soportar semejante agresión ética. Quizá Iván no fuera humano y quizá no hubiera estado nunca vivo. Había vuelto a parar. Echó un vistazo en torno al corro de espectadores.

—¿Ya has tenido suficiente, Iván? —preguntó esperanzado uno de ellos.

Iván no le hizo caso.

Miró a su jefe, el mayor de los dos bebedores. Había olvidado una cosa, una cláusula del contrato que no había hecho explícita.

—¿Tiempo muerto para mear? —preguntó con voz un tanto lastimera.

—Claro, ve —dijo su patrocinador.

No me sorprendió que Iván estuviera fuera del bar durante unos cinco minutos. Me pregunté si no habría regurgitado parte de la cerveza, pero a nadie más pareció pasársele por la cabeza semejante eventualidad.

Al llegar a las ochenta botellas, Iván volvió a parar. Esperamos expectantes el descomunal eructo, pero este no se produjo. Hizo una pausa de unos quince segundos y después cogió otras dos botellas. Pero se produjo un cambio de ritmo. Las poderosas uñas buscaban un poco a tientas antes de hacer saltar las chapas. Sus movimientos eran lentos y deliberados. Una vez apuntó mal y un chorro de cerveza le cayó sobre la barbilla. Yo me pregunté si aquello contaría como una botella entera pero nadie sacó el tema. Cada vez que dejaba las botellas sobre el mostrador hacía una pausa.

Me di cuenta de que en voz baja, casi susurrando, todo el bar estaba contando: «Ochenta y cinco, ochenta y seis, ochenta y siete, ochenta y ocho». La cuenta iba ralentizándose a medida que el ritmo de Iván se reducía. Ahora ya le costaba quince segundos por botella, luego dieciocho y después diecinueve. Al llegar a las noventa y cinco botellas, Iván volvió a parar, con una botella medio llena en la mano izquierda. Se inclinó hacia delante. Esperamos de nuevo el eructo, pero no hubo sonido alguno.

Iván sacudió la cabeza de lado a lado. Le vi los ojos. Se habían quedado completamente en blanco, como los de un ciego.

Iván empezó a tambalearse.

—¡Venga, Iván, muchacho, a por ellas!

El enorme cuerpo de Iván giró describiendo un lento círculo, con los pies todavía

firmeramente plantados en el suelo. Pero entonces recobró el equilibrio y la gigantesca mano volvió a levantarse. Sin embargo, esta vez se llevó la botella a los labios. No se la bebió de un lingotazo ininterrumpido. Tragó muchas veces y con gran esfuerzo. Dejó la botella sobre el mostrador y cogió otras dos. No pudo abrirlas, así que el camarero lo hizo por él. Lenta y dolorosamente, con los globos oculares dando vueltas en su cabeza y el cuerpo describiendo círculos cada vez mayores, Iván se bebió las dos botellas.

—¡Noventa y nueve! —rugió el bar.

A continuación Iván se bebió la botella número noventa y nueve. Para entonces giraba con rapidez y su cuerpo estaba inclinado en un ángulo increíble. Solo el peso y el tamaño de sus piernas podían mantenerlo erguido.

Alguien tuvo que ponerle en la mano la centésima botella. Era evidente que él no podía verla, ni tampoco ninguna otra cosa, pero de algún modo la mano encontró la cabeza, que no paraba de girar, y se llevó la botella a los labios.

Apuró la cerveza de forma lenta, terriblemente lenta. Pero la apuró, toda ella.

—¡Cien! —Fue el poderoso alarido animal. La botella vacía cayó y se estrelló contra el suelo. Iván se había bebido cien botellines en menos de una hora.

Tres o cuatro hombres trataron de impedir que siguiera girando y se produjo un alboroto general mientras se saldaban apuestas y se pedían nuevas consumiciones. Entonces Iván impuso silencio con un enorme bramido.

—¡Vodka! —exigió.

La palabra en sí, tanto como el volumen de la atronadora voz de Iván, impuso el silencio.

Se volvió hacia la barra y la golpeó.

—¡Vodka!

Aturdido, el camarero le sirvió un chupito de vodka.

Iván barrió el vaso de la barra con un movimiento de mano que demolió los vasos de media docena de parroquianos.

—¡La botella! —rugió.

Se produjo un silencio.

A continuación, tímidamente, aterrado en presencia de la grandeza mística, el camarero puso una botella de vodka sobre el mostrador. Estaba abierta, pero Iván rompió el gollete sobre la barra como si fuera un ritual. Por lo visto había recobrado la vista, aunque seguía teniendo los ojos completamente en blanco.

Levantó la botella de vodka hasta una altura en que el borde irregular se encontró a un palmo de su boca y se echó un chorro del incoloro espirituoso por la garganta. Consumida media botella, la depositó enérgicamente en el mostrador; la botella rodó de costado y el líquido se derramó sobre el suelo. Nadie se fijó.

Con los brazos junto a los costados, los ojos en blanco y el cuerpo rígido, Iván se dirigió hacia la puerta del bar. Le hicieron rápidamente un pasillo que cruzó deprisa y tambaleándose, como un tren al atravesar un bosque. Chocó contra la puerta giratoria

y los deslumbrantes rayos de sol del atardecer iluminaron su enorme cuerpo antes de que se precipitara de cabeza a la calle y diera de bruces en el suelo con un ruido sordo que pareció sacudir el edificio entero. Movi6 la cabeza una sola vez antes de quedar convertido en un mont6n de humanidad empapado en sudor, entre el polvo.

—Deberíamos coger un camión para llevar a ese pobre hijo de puta a su casa — dijo alguien.

—SÍ.

Y dos de los parroquianos, hombres bondadosos, salieron a organizar lo del camión.

—Se ha olvidado el dinero —dijo otro.

—Yo se lo guardo —dijo el camarero—. Estará de vuelta por la mañana. Igual tiene resaca.

## Vic, el Hombre Serpiente



Vic, el Hombre Serpiente, seguramente es el único hombre que jamás haya sobrevivido a los ataques sucesivos de una pitón y un taipán.

Lo conocí en el Butterfly Farm, un centro de ocio y picnics familiares situado a orillas del río Hawkesbury, cerca de Windsor, en las afueras de Sídney. Su trabajo consistía en cuidar de las serpientes allí expuestas y dar charlas sobre ellas a los clientes del centro. Yo estaba realizando labores publicitarias para el centro y tanto Vic como sus serpientes me dejaron fascinado.

Vic (nunca me enteré de su apellido) era muy alto, muy delgado y muy sucio. Su cabello amarillo era ralo y tenía dos o tres dientes amarillentos que, quizá por asociación de ideas, parecían colmillos. Solo tenía un par de pantalones andrajosos y no le importaba que se notara que no llevaba ropa interior. También vestía una camisa sin botones y con varios agujeros, así como los restos de un par de alpargatas con las que nunca llevaba calcetines.

No parecía comer más que polvos especiales para el dolor de cabeza y los cigarrillos liados a mano que sostenía entre dos de sus colmillos hasta que se desintegraban o se los tragaba. Tenía un tono de voz muy nasal y hablaba muy despacio. Sus opacos ojos amarillos estaban profundamente hundidos en su cráneo, y asomaban como animalitos de las grietas repletas de mugre de un rostro enjuto y curtido. Nunca se lo veía sin una serpiente —por lo general venenosa— en torno al cuello y otras dos o tres en los bolsillos, sacando las cabezas tímidamente de sus bolsillos.

Era tan poco atractivo que resultaba fascinante, y tenía unos conocimientos formidables sobre reptiles. Su entusiasmo era tan grande que se lo transmitía de forma muy natural a su público. Su fortaleza residía en que si lo veías no podías evitar mirarlo y si lo mirabas la corriente lenta y continua de información que emanaba de él te cautivaba. El hecho de que siempre estuviera manipulando a algún animal especialmente letal solía centrar la atención en él. Vic adoraba a las serpientes de una forma profunda, pura y apasionada. Yo creí que las serpientes lo adoraban a él hasta que lo mordió el taipán, cosa que sucedió justo después de que la pitón intentara estrangularlo. Puede que para Vic solo fuera un mal día.

Había dado comienzo a su charla matinal encima de una plataforma con barandilla de madera utilizada para diversas exhibiciones. Como de costumbre, alrededor de la plataforma había diversos sacos de tela de varios tamaños retorciéndose y moviéndose sin parar. Metió la mano dentro de un gran saco y extrajo una enorme pitón del Norte de Queensland. Aquel bicho medía unos seis metros y su negra y pesada cabeza era tan grande como la de un perro de gran tamaño. Las quinientas personas que integraban el público suspiraron mientras metro tras metro de serpiente, gruesa como el muslo de un hombre, salía de la bolsa y empezaba a enroscarse en torno a las piernas de Vic.

—Mucha gente cree —prosiguió el monólogo de Vic— que las serpientes son viscosas y desagradables al tacto. Eso es un Gran Error.

Según Vic, casi todo lo que la gente creía saber sobre las serpientes era «un Gran Error», y utilizaba esa frase docenas de veces en cada una de sus charlas.

—De hecho, la piel de las serpientes es suave, seca, fresca y agradable al tacto, y no produce una sensación escamosa.

Para entonces la serpiente había llegado hasta su pecho y lo había envuelto de tal manera con sus anillos que parecía que llevara puesto un traje de neopreno de goma verde extraordinariamente grueso. La serpiente debió de dar al menos cuatro vueltas a su alrededor, pero la mitad del animal seguía sobre la plataforma agitándose lentamente.

—También está muy extendida la creencia de que las pitones estrangulan a sus presas. Eso es un Gran Error. Lo que hacen una vez que se han enroscado alrededor de su presa es apretar para impedir que la víctima respire.

—¿No muerden? —preguntó alguien entre el público.

—Las pitones muerden por dos motivos —explicó Vic mientras la serpiente se enroscaba alrededor de su garganta, y asomaba la cabeza, casi tan grande como la suya, por encima de su hombro—. Uno es para defenderse de un ataque y...

Ahora la serpiente estaba enroscada en torno a Vic de los muslos a la cabeza. Apenas se veían fragmentos de su rostro entre los anillos. Pero en ningún momento titubeó ni dejó de hablar mientras agitaba las manos en el aire como de costumbre, y no, como cabría suponer, para tratar de quitársela de encima como fuera.

—En cuanto la víctima deja de respirar, la serpiente lame el cuerpo para que sea más fácil de tragar...

La voz de Vic iba haciéndose más débil, pero todos dimos por hecho que eso se debía a los anillos de la serpiente en torno a su boca. Todavía se distinguían la mayoría de sus palabras.

—Los aborígenes consideran muy sabrosa la carne de esta serpiente selvática...

Ahora su voz ya era poco más que un murmullo entrecortado, y todo el mundo, yo incluido, dio por hecho que aquello formaba parte del número.

—Sin duda, eso se debe a su hábitat selvático, a lo mejor porque...

La voz de Vic se interrumpió por completo y dejó de hacer gestos ilustrativos con las manos, con las que comenzó a tirar de la parte de la serpiente que tenía alrededor del cuello. Se tambaleó hacia atrás, hacia la barandilla, y la gente que estaba cerca de él se apartó.

Tanto realismo era excesivo, así que me subí a la plataforma de un salto, seguido por un par de espectadores fuertotes, cogí la cola de la serpiente y empecé a desenrollar los anillos. A la serpiente no le hizo especial gracia y empezó a silbar y a lanzar su pesada cabeza negra hacia nosotros. A esas alturas, yo sabía lo suficiente sobre serpientes como para saber que su mordedura no sería especialmente nociva, pero era un conocimiento puramente intelectual y mientras aquel bicho sacaba la lengua, silbaba y agitaba la cabeza con gesto amenazador, sentía un profundo terror.

Sin embargo, no podía dejar que estrangulara a Vic delante del público, pese a

que acabara de decirle poco antes que las pitones no estrangulan a sus víctimas.

Conseguimos quitarle de encima a la serpiente lo suficiente como para poder verle la cara, que estaba de color bermellón. Surcada por el sudor que atravesaba la suciedad de su rostro, parecía una fresa recién cogida en un jardín lleno de barro.

—Mucha gente cree que las serpientes, sobre todo las pitones, son criaturas muy vigorosas, pero eso es un Gran Error —dijo en cuanto pudo hablar.

Sin inmutarse en absoluto, Vic continuó hablando mientras volvía a meter a la serpiente en el saco. A la multitud le pareció algo puramente teatral y aplaudió con todas sus fuerzas.

Quizá el aplauso, inusitadamente enérgico, estimulara a Vic. En lugar de tomarse un pequeño descanso mostrando un surtido de los reptiles menos letales, abrió una bolsa pequeña que se retorció violentamente y extrajo de ella a un taipán sobreexcitado.

Los taipanes no solo son mortíferos, sino que además lo parecen. Delgado como un látigo y de movimientos veloces, aquel ejemplar marrón de un metro de longitud se enroscó alrededor de los brazos de Vic echando miradas furiosas a la multitud mientras agitaba su afilada cabeza de asesino y le sacaba la lengua a Vic.

—Mucha gente cree que los taipanes son muy feroces y atacan sin mediar provocación —explicó Vic—. Eso es un Gran Error.

Vic se desenrolló la serpiente del brazo y la levantó para que el público la viera.

—Se habrán dado cuenta de que mi método para manejar a esta serpiente es muy lento y tranquilo. Eso es para asegurarme de que no se alarme. Ahora mismo esta serpiente, aunque está acostumbrada a las multitudes y al ruido, está muy excitada y se mueve con rapidez. Eso quiere decir que está en su momento más peligroso, y a menos que la manejara de forma tranquila y profesional, como estoy haciendo, sin duda me mordería.

En ese mismo instante el taipán le hundió los colmillos en el cuello a Vic.

Los taipanes son tan veloces que nada que esté a su alcance puede esquivarlos. El cuello de Vic estaba a menos de un palmo de sus colmillos. Por un instante se meneó de lado a lado y de pronto se lanzó hacia delante como un rayo, mordió a Vic y se retiró, pero con tal rapidez que no parecía que hubiera sucedido, que era imposible que hubiera sucedido. El ataque, la mordedura y la retirada se habían producido en menos de lo que le cuesta cerrarse a una ratonera.

Vic se llevó la mano a donde le había mordido la serpiente y miró a esta con gesto reprobatorio.

—Eso ha sido de lo más insólito —dijo con calma—. Es la primera vez que me muerde una serpiente a la que estoy sujetando.

La multitud estaba sobrecogida y en silencio, sin saber si estaba presenciando algo preparado de antemano o si de verdad una serpiente letal había mordido a Vic. Yo sabía que así era y estaba horrorizado. Horrorizado y muy reticente a subir y liberar a Vic del taipán, que ahora parecía mucho más contento y relajado.

Pero Vic parecía impertérrito.

—Esa mordedura habría sido muy peligrosa, seguramente fatal, si les hubiera sucedido a uno de ustedes...

De su boca salió abruptamente una masa de espuma, los ojos se le quedaron en blanco y el cuerpo se le puso rígido. De su pecho brotó un graznido extraño e inhumano que a duras penas logró salir de su boca acompañado de espumarajos. Levantó las manos directamente sobre la cabeza en un gesto convulsivo. El taipán salió despedido por los aires, por encima de la multitud vociferante. Vic cayó de espaldas como un saco, completamente tieso, y la única señal de vida que daba era la espuma que salía de su boca.

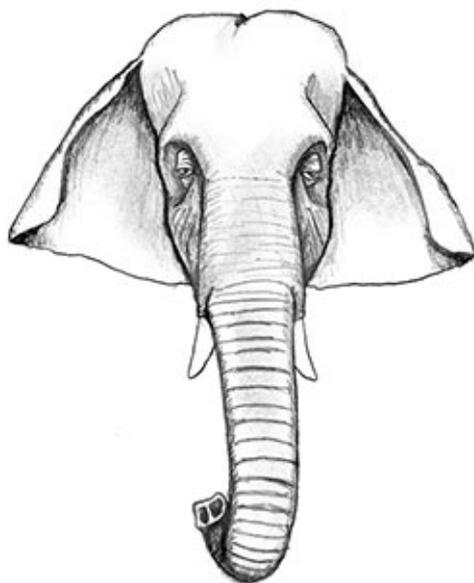
La serpiente tardó mucho en caer, y cuando lo hizo, aterrizó en el regazo de un joven tetrapléjico que iba en silla de ruedas. Y menos mal, porque si tenía que aterrizar sobre alguien, era mejor que lo hiciera sobre alguien que no se movería. Se escabulló del regazo del joven y se marchó culebreando rápidamente hacia una parcela de matorrales.

Ahora yo estaba encima de la plataforma pidiendo a gritos que alguien llamara a una ambulancia y que alguien que no fuera yo matara al desdichado taipán, sin la menor consideración por la postura de Vic sobre la conservación de los reptiles nativos.

Cuando conseguimos llegar al hospital Vic estaba negro. Todas las venas de su cuerpo se habían colapsado y parecía como si le hubieran propinado una brutal paliza y tuviera moratones por todas partes. Apenas respiraba y seguía echando espumarajos por la boca y emitiendo unos espantosos ruidos animales. Pasó una semana en un pulmón de acero y estuvo tres semanas en el hospital. Nunca más volvió a tocar a una serpiente.

Organizamos la búsqueda del taipán, pero nunca lo encontramos. Que yo sepa, sigue deambulando por las orillas del río Hawkesbury.

# Activos líquidos



Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que soy el único escritor australiano que jamás le haya dado un enema a un elefante, y hasta podría ser el único escritor del mundo que lo haya hecho.

El elefante se llamaba Annie, y estaba en una granja propiedad de un amigo mío, Alan Trevor, en el norte de Nueva Gales del Sur. Alan la estaba cuidando para un circo ambulante que estaba en temporada baja.

Annie era una elefanta de tamaño medio, muy dulce y muy dócil que se pasaba el tiempo sin hacer otra cosa que consumir enormes cantidades de paja y fruta ligeramente podrida. Tenía un rostro gris y arrugado y unos dulces ojos castaños con largas pestañas.

Alan había montado un pequeño negocio que se basaba en vender las boñigas de Annie como un abono de lo más eficaz. Me mostró con cierto orgullo varias bolsas de estiércol de elefante listas para la venta.

—Me abastece de toneladas de abono. Tanto que voy a tener que apuntarlo en los libros de contabilidad como un activo.

A partir de entonces no dejó de referirse al estiércol de elefante como un «activo». Y de pronto un día Annie dejó de dar estiércol.

—Llevamos dos días sin que suceda nada —dijo Alan—. Hay una tonelada de activos más o menos bloqueados en el conducto.

Hicimos una llamada urgente para que un cirujano veterinario viniera a examinar a Annie.

Para cuando este llegó, Annie había renunciado a tratar de comer y permanecía de pie contemplando el mundo con incomodidad y visiblemente abotargada. Su forma le daba un aspecto cómico; cualquiera hubiera dicho que se trataba de un globo gigantesco con forma de elefante a punto de salir volando por los aires. Alan, que es muy aficionado al humor negro, especuló sobre la posibilidad de que lo hiciera realmente y se preguntó si podríamos aprovechar de alguna forma su mal para deshacernos del cadáver.

—Supongo que las autoridades podrían tener ciertos reparos —especuló—. Al fin y al cabo, un par de toneladas de elefante muerto flotando por el cielo podría considerarse un riesgo sanitario.

Annie miró lastimeramente a Alan y hasta él tuvo la elegancia de cambiar de tema.

El veterinario, al que Alan conocía bastante bien, era un hombre rechoncho, vigoroso, corpulento y barbudo.

—¿No ha defecado en dos días? —preguntó mientras miraba cautelosamente a Annie.

Quizá más, dijimos nosotros; solo lo habíamos comprobado dos días antes.

—Nunca he tratado a un elefante —dijo el veterinario tras reflexionar unos instantes— pero me imagino que no serán muy diferentes de ningún animal bovino.

Se acercó a Annie y comenzó a apretar las manos con fuerza contra su dilatado

estómago. Annie lo tocó dulcemente en el hombro con la trompa.

—Es como intentar palpar un dirigible —dijo el veterinario—. ¿Alguien sabe cuántos estómagos tiene un elefante?

Nadie lo sabía.

—Bien, es bastante evidente que tiene un bloqueo intestinal —dijo el veterinario—. Pero sabe Dios lo que será. Podría ser un pliegue intestinal, un tumor o un caso claro de estreñimiento de toda la vida. No hay forma de saberlo con certeza.

—¿Crees que está grave? —preguntó Alan.

—A mí me parece que podría reventar en cualquier momento —respondió el veterinario—. Si fuera una vaca, supondría que se trata de una torsión gástrica y trataría de dejar escapar aire puncionándole el estómago, pero... —Y se encogió de hombros mientras indicaba con un gesto a la enorme mole abotargada.

—Entonces, ¿crees que está en peligro? —volvió a insistir Alan.

—En mi opinión podría muy bien estar muerta en media hora —dijo el veterinario—. Tiene un montón de materia vegetal dentro y no sale nada. Está fermentando y produciendo gases. El tracto intestinal se ha convertido en un gran globo que presiona contra los órganos vitales. Algo acabará rompiéndose o no podrá respirar. Si pudiéramos lograr que eructara, eso podría ayudar. Está claro que del otro lado no sale nada, pero ¿cómo demonios se hace eructar a un elefante?

Nos planteamos la pregunta, pero no conseguimos dar con la respuesta.

—Llamaré a alguien que conozco en el zoo —dijo el veterinario—. A lo mejor puede ayudarnos.

Salió corriendo a buscar un teléfono y Alan y yo nos quedamos en silencio, contemplando con tristeza a Annie, que ahora estaba tan abotargada que parecía incapaz de moverse y recordaba más que nunca a un enorme globo o un peluche de proporciones gigantescas. Transmitía una clara impresión de estar a punto de estallar, y retrocedimos de forma instintiva ante lo que sería una explosión de proporciones épicas.

El veterinario regresó a toda prisa con una expresión de júbilo manifiesto.

—Muy bien —dijo—, ¡vamos a darle un enema!

Ninguno de los dos acogimos aquella declaración con una alegría desbordante. Se produjo un breve silencio roto por Alan cuando dijo:

—¿Cómo?

El veterinario se frotó las manos y miró a Annie con gesto especulativo.

—Traedme el contenedor de agua más grande que tengáis —un tambor de ciento sesenta y seis litros sería ideal— y aseguraos de que esté limpio. Llenadlo de agua y traedme quince litros de detergente biodegradable.

—Y —prosiguió—, quiero una bomba de mano o de pie y veinte o treinta metros de manguera. ¿Podéis hacerlo?

Nos quedamos absortos en las implicaciones de lo que estaba diciendo hasta que Alan volvió a romper el hechizo:

—Sí, puedo organizarlo.

Y se marchó a organizarlo.

Cuatro granjeros vecinos que se habían enterado del problema aparecieron para divertirse. Enseguida se situaron a diez metros de distancia para contemplar la escena de forma segura y con interés mientras Alan, el veterinario y yo nos poníamos detrás de Annie con un tambor de ciento sesenta y seis litros lleno de agua y detergente, una bomba de pie y un tramo de manguera de plástico para poder expulsar eficientemente el contenido de la bomba.

Delegaron en mí para bombear, lo que por desgracia requería que me colocara más o menos directamente detrás de Annie y no muy lejos. Bombeé como me dijeron a modo de prueba y la manguera expulsó un chorro de agua satisfactorio.

—De acuerdo. Voy a introducirle la manguera —anunció el veterinario—. Este animal es muy dócil, ¿no?

—Le sujetaré la cabeza para estar seguros —dijo Alan de inmediato.

—Muy bien, allá vamos. ¿Estáis seguros de que lo tolerará?

—Nunca lo hemos hecho antes —respondió Alan mientras colocaba la mano sobre la trompa de Annie—. Pero no te preocupes, la tengo controlada.

Si Annie hubiera decidido poner reparos, Alan habría sido de tanta utilidad como un alevín intentando moderar el avance de una ballena.

—Vale, allá vamos.

Al comienzo de la operación, Annie giró la cabeza una sola vez con una mirada de reproche infinito, pero acto seguido la volvió a su sitio y la dejó caer hasta tocar el suelo con la trompa. Era una elefanta de lo más abatida.

—El problema —dijo el veterinario—, es que no tengo ni idea de la longitud que tiene el intestino grueso de un elefante. Lo único que puedo hacer es seguir introduciendo la manguera hasta que se detenga y esperar no causarle ningún daño. De todas formas, sus tripas deberían de ser bastante correosas.

Introdujo vigorosamente la manguera. Desaparecieron enormes extensiones de la misma. Yo bombeé. Annie se hinchó. El nivel de agua del tambor descendió con rapidez. Empezó a dolerme la pierna.

Cuando habían desaparecido unos diez metros de manguera en el interior del animal, el veterinario hizo una pausa.

—Nada hasta ahora. Sigue bombeando y veremos si podemos lograr que lo expulse con agua.

Yo bombeé. Annie se hinchó. Alarmanamente. El tambor estaba medio vacío. Annie tenía mucha agua dentro.

—¿Qué esperas exactamente que suceda? —pregunté tardíamente.

—Lo obvio —respondió el veterinario—. Prepárate para agacharte.

Llevaba algún rato preparado para agacharme. Eché un vistazo envidioso a los cuatro granjeros vecinos, que estaban partiéndose de risa a más de cinco metros de distancia.

—Muy bien —dijo el veterinario—. Vamos a meterla un poco más adentro.

Despareció otro tramo de manguera. Yo bombeé. Annie se hinchó. Alarmantemente. El tambor estaba tres cuartas partes vacío. La pierna derecha me dolía mucho.

—El problema —comentó el veterinario—, es que podría estar equivocado. Si no es un bloqueo soluble, solo estoy empeorando las cosas. Pero no hay otra cosa que podamos hacer; sigue bombeando.

Seguí bombeando. Annie continuó hinchándose. La tensión aumentaba peligrosamente. Seguro que tenía que pasar algo.

Pasó.

Se produjo un sonido parecido al de una lona al rasgarse, insoportablemente amplificadas, increíblemente cercano, continuo, como el furioso estruendo de la artillería pesada. Me arrojé a un lado y aterricé de espaldas. Hasta el cielo que tenía encima se oscureció y una nube negra tapó el sol. Rodé sobre un costado y salí de allí como pude antes de ponerme a cuatro patas y mirar.

Una tormenta eléctrica de color negro, de diez metros de longitud y cinco de ancho me tapó la vista casi por completo y el ruido atronador que hizo al pasar me ensordeció. Fue asombroso, y más asombroso aún cuando de ella emergieron cuatro siluetas ennegrecidas y chorreantes tambaleándose hacia mí con las manos en la cara y frotándose los ojos. Los cuatro risueños granjeros no se habían puesto lo bastante lejos.

El veterinario estaba exultante:

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! —gritó por encima del trueno. Yo solo podía ver sus piernas. Estaba al otro lado de la nube negra.

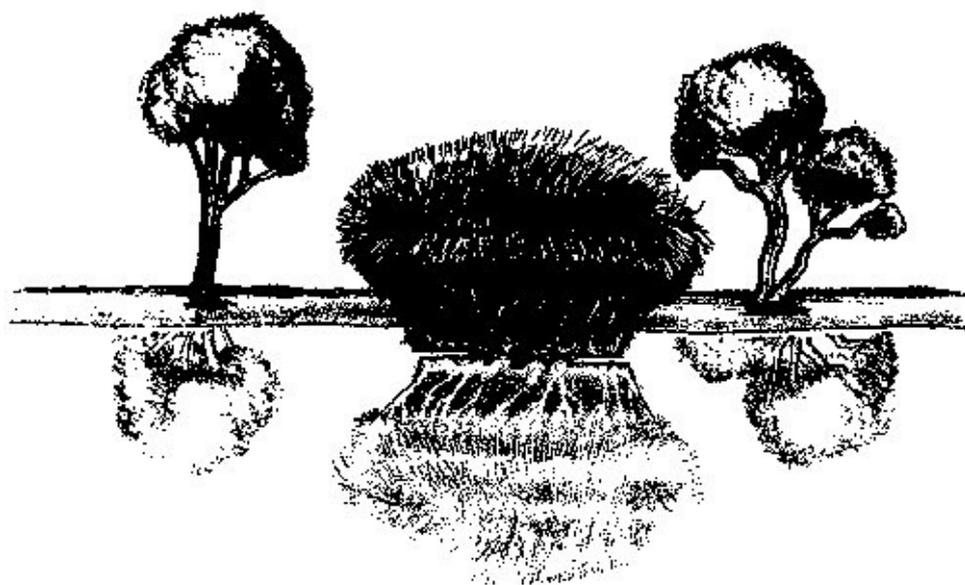
Aquello duró dos minutos largos. Al final, Annie, notablemente disminuida de tamaño y con aspecto de gran alivio, ya había empezado a comer. Expulsó la manguera de forma automática.

Los granjeros estaban rodando sobre la hierba intentando limpiarse. Alan estaba muerto de la risa. El veterinario explicaba con orgullo que había arreglado el problema. Se trataba de un simple bloqueo. Ya no había ningún motivo para preocuparse.

Alan estaba desternillándose y no dejaba de repetir dos palabras sin cesar. Yo me recompuse y me concentré en lo que decía.

—¡Activos líquidos! ¡Activos líquidos!

## Un par de ejemplares interesantes



Estaba yo cazando mariposas en la Península del Cabo de York cuando me vi lo más cerca que espero estar jamás de la muerte violenta de un ser humano.

Las mariposas y cualquier otro insecto que pudiera encontrar eran para un amigo mío que las coleccionaba para venderlas. Me pagaban una modesta suma por los ejemplares que enviaba al sur, tan modesta que calculé que si cargaba mis gastos de mantenimiento al proyecto, cada ejemplar me costaría unos veinte dólares.

No obstante, me daba una excusa para deambular por el monte. Como en el norte la primera pregunta que te hace todo el mundo es «¿a qué te dedicas?», era más aceptable responder «colecciono insectos» que «escribo libros». Tampoco es que fuera mucho más respetable, solo un poco.

Estaba acampado una mañana en un macizo de pandanus a unos cincuenta kilómetros de Weipa cuando oí el sonido de un motor.

Alrededor de un cuarto de hora después, un vehículo policial de tracción integral se aproximó por la pista. En cuanto vio mi campamento el conductor dio un volantazo en mi dirección. En sí mismo, aquello no tenía nada de extraordinario: en la Península todo el mundo se para a hablar con todo el mundo.

Del vehículo salieron tres hombres. El primero era un policía alto y apuesto de unos treinta años, pulcramente ataviado con un uniforme de monte compuesto por unos pantalones cortos y un sombrero de ala ancha; los otros dos tenían aproximadamente la misma edad que el policía, pero iban vestidos con ropa de monte tosca y tenían aspecto sospechoso. Uno de ellos era fornido y su tupido pelo negro, su barba negra y sus crueles ojos castaños le daban aspecto de tipo duro. El otro era delgado, casi calvo, estaba más o menos bien afeitado y tenía unos llorosos y crueles ojos azules.

—Nosdías —me saludó el policía.

—Nosdías —respondí.

—Nosdías, nosdías —dijeron los dos civiles.

—Nosdías —les contesté.

A esto le siguió la inevitable pausa larga y contemplativa.

—Hace calor —comentó el policía.

—Sí —dije yo, y añadí apresuradamente—: Así es.

—Para ser esta época del año —agregó el policía a modo de aclaración.

—Sí —asentí.

Otra larga pausa.

Entonces el policía fue al grano, evidentemente azorado por su indecorosa premura.

—¿Ha visto a un tipo que viaja a pie en este último par de días?

—Anteayer vi a un Murri<sup>[3]</sup> en la playa.

Me arrepentí de haber dicho aquello en cuanto las palabras salieron de mi boca, porque en ese momento se me ocurrió que el policía andaba buscando a alguien y no quería ser un chivato, al menos hasta que no supiera por qué buscaban al tipo en

cuestión.

—No —dijo el policía—, es blanco.

—¿A pie? —pregunté yo. Por aquellos lares nunca se veía a un hombre blanco viajando a pie.

—Sí —dijo el policía—, seguramente.

—No. No he visto a ningún blanco, ni a pie ni de otro modo. ¿Qué ha hecho?

—Nada. Está perdido. ¿Y qué hace usted por aquí?

—Cazar insectos.

(Pausa prolongada).

—¿Ha capturado muchos?

—Sí.

—Muy bien.

Otra pausa.

—¿Ha visto algún cocodrilo?

—Sí. Bastantes.

—¿Quiere decir en los arroyos? ¿Pequeñajos?

—Bueno, uno de ellos medía cerca de dos metros —dije a la defensiva.

—Sí, pero sería de agua dulce. ¿No habrá visto a un gran cocodrilo estuarino?

—No. Pero tampoco me he acercado mucho al mar.

—Ah, pues salen a tierra. Tenga cuidado al acampar.

—¿Alguna vez se cargan a alguien?

El policía arrancó una brizna de hierba y empezó a masticarla:

—Creemos que al tipo al que buscamos quizá se lo haya cargado uno. Estuvo aquí acampado con sus amigos —dijo haciendo un gesto hacia los dos civiles—, y se marchó a dar un paseo por su cuenta. No volvió. Desde entonces ni rastro.

—¿Dónde sucedió todo eso?

—A una media hora de aquí subiendo por la carretera. En cualquier caso, si lo ve, dígame que lo estamos buscando, ¿de acuerdo?

—Claro.

Cogieron el volante y se marcharon, y yo seguí cazando insectos sin dejar de estar ojo avizor ante los cocodrilos. Siempre había pensado que permanecían cerca del agua o muy cerca de ella, y que solo atacaban a los nadadores o al ganado cuando se pone a beber agua. La idea de un cocodrilo vagando por los matorrales resultaba tan inverosímil como perturbadora. Me pareció que el policía debía de tomarme el pelo. La gente de Queensland es así.

Hacia el final de aquella misma tarde, el policía, que se llamaba Jack, volvió a presentarse en mi campamento. Los civiles ya no estaban con él.

—¿Lo ha encontrado? —pregunté.

—No. ¿Usted ha visto a alguien?

—No.

Jack se puso en cuclillas sobre una de sus caderas, al modo de los que viven al

norte del Trópico de Cáncer. Traté de imitarlo, pero me resultó muy incómodo y opté por sentarme en el suelo.

—Encontramos su ropa —dijo Jack.

—¿Su ropa?

—Sí. Zapatos, calcetines, camisa, pantalones y sombrero, todo cuidadosamente apilado. Debió dejarla ahí él mismo después de quitársela.

—¿Por qué?

—Seguramente querría refrescarse en el arroyo. Había uno cerca. Hay agua suficiente como para sentarse.

—Entonces, ¿usted qué opina?

—Puede que se lo cargara un cocodrilo.

La idea permaneció suspendida entre los dos por unos instantes.

—Claro que también es posible que no —añadió Jack.

—¿De qué otra cosa podría tratarse?

Jack meditó al respecto y dijo:

—A lo mejor quería darse el piro. Desaparecer. Hacer creer a la gente que lo había matado un cocodrilo, que se había perdido o algo.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Muchas veces la gente lo hace. Puede que estuviera huyendo o que solo quisiera alejarse de la mujer o algo por el estilo. Pasa mucho. Pero los tipos siempre suelen aparecer. Y cuando lo hacen los empapelan.

—¿Por qué?

—Alteración del orden público. Los de mi gremio no podemos andar por ahí buscando a gente que no esté perdida o muerta.

—No, supongo que no.

—Claro que —dijo Jack de forma meditabunda—, también podrían habérselo cargado. Eso pensaba yo ayer. Ahora no estoy tan seguro.

—¿Quién podría habérselo cargado?

—Sus amigos —contestó Jack, sorprendido de que le hiciera una pregunta cuya respuesta era tan obvia. Pensé en los brutales ojos de los «amigos».

—¿Por qué?

—La gente hace ese tipo de cosas —dijo encogiéndose otra vez de hombros—. Puede que se hubieran peleado por dinero, o por una mujer o algo así. Esas cosas pasan.

—¿Qué hacen aquí arriba?

Jack volvió a encogerse de hombros:

—Ellos dicen que pescar. Creo que probablemente estén cazando furtivamente.

—¿Cazando qué?

—Cocodrilos. Son una especie protegida, ¿sabe? Las pieles valen un dineral.

—Pero no creerá que... se cargaron... a su amigo, ¿no?

—No. La ropa estaba apilada demasiado ordenadamente. Esos dos no se la

habrían podido quitar tan cuidadosamente si estuviera muerto. De todas formas, no son lo bastante listos como para preparar una pista falsa como esa. No, para mí que se lo comió un cocodrilo.

—Pues en ese caso no hay gran cosa que pueda usted hacer, ¿verdad?

—Seguramente habrá que encontrar al cocodrilo.

—¿Cómo?

—Ah, rastreando hasta que lo encuentre. Debería de ser bastante grande.

—Pero ¿para qué?

—Para recuperar el cuerpo. Si no lo ha digerido. Además, hay que matarlo.

—¿Por qué? ¿No están protegidos? Al fin y al cabo, cualquier cocodrilo grande es peligroso, ¿no? Este no va a ser más peligroso porque haya matado a un hombre.

—No. Pero siempre los matamos cuando se comen a alguien. Si podemos.

A mí aquello me parecía como matar a un árbol porque una de sus ramas se le hubiera caído encima a alguien, pero no insistí.

—De todos modos —dijo Jack— es posible que se perdiera y siga deambulando por ahí.

—Entonces, ¿cuáles son sus planes?

—Regresar para que mi jefe me dé instrucciones —respondió mientras se levantaba—. Ya nos veremos. Si por casualidad lo viera, no olvide decirle que lo estoy buscando. Lo reconocerá porque lo más seguro es que no vaya vestido. Ya nos veremos.

—Hasta luego.

Volvió a aparecer a la mañana siguiente, aparentemente para volver a preguntarme si había visto al hombre desaparecido, pero en realidad sencillamente le gustaba dejarse caer.

Yo más o menos había agotado la búsqueda de ejemplares en la zona, pero tenía interés en quedarme por ahí para descubrir lo que había pasado.

—Mi jefe piensa que el montaje es un poco malo —dijo—. Tengo que seguir husmeando hasta que descubra qué le pasó a ese hijo de puta.

—Su... jefe... ¿cree que fue un cocodrilo?

—Dice que si así fuera debería de haber más indicios. Muy bien. Verá, el riachuelo donde estaba su ropa era bastante pequeño: se podía atravesar de un paso. Si estaba sentado allí y lo pilló el cocodrilo, sería de esperar que hubiera algo de sangre y tal en la orilla, pero podría habérsela llevado el agua. Y si el cocodrilo lo pilló en tierra seca, deberían de quedar algunos rastros por ahí... hasta que los limpien las hormigas, claro. Lástima que no estuviera vestido. Siempre queda algo cuando un fiambre lleva ropa.

—¿Y los cocodrilos se comen a mucha gente?

—Nah. Algún niño Murri, algún viejo. No, aquí la gente muere de muchas formas, y luego los perros y los pájaros y las hormigas y los cerdos los dejan limpios enseguida: muchas veces ni siquiera encontramos los huesos, pero suele encontrarse

algún trozo de ropa. Ahora tenemos toda la ropa de este tío, pero parece que se la quitó toda él. Hasta llevaba el reloj en el bolsillo del pantalón.

—¿Cómo lo pillaría exactamente un cocodrilo en tierra seca, o incluso en un riachuelo? Seguro que lo oiría acercarse.

—Nah. En distancias cortas pueden moverse como un caballo al galope. Una vez, en la costa, yo vi a uno salir del agua de un salto e ir detrás de una vaca endemoniadamente grande. No tuvo la menor oportunidad. Ella se olió algo sin la menor duda y salió al galope, pero él la alcanzó, la cogió por la pata trasera y la arrastró hasta el agua. ¿Alguna vez ha visto correr a los grandes lagartos? Los cocodrilos son así de rápidos. Pero solo en distancias cortas.

Procedió a liarse un cigarrillo.

—Los cocodrilos son unos animales espantosos. Los grandes. No sé por qué los protegen. El año pasado casi me doy de narices con uno. Esa es otra de las formas que tienen de pillarte. Se quedan escondidos, tú te tropiezas con ellos y ¡zas!, adiós muy buenas. Este no tenía hambre. Se limitó a incorporarse sobre las patas traseras y a bramar como un toro. Me dio un susto del carajo.

—¿Qué hizo?

—Llenarle las tripas de plomo. Cuando se encabritan de esa forma, es fácil matarlos. El vientre es la parte más blanda. Las balas del calibre 303 rebotan contra la espalda si inciden con un poco de ángulo.

En el norte nunca sabe uno hasta dónde creerse lo que cualquiera le cuente acerca de los animales de por ahí. He oído docenas de historias sobre serpientes que persiguen y alcanzan a hombres en moto, búfalos que han embestido contra coches y los han destrozado, y sobre cerdos de un tamaño y de una ferocidad increíble destripando caballos. Sin embargo, aquel policía parecía saberlo todo acerca de los cocodrilos.

—Tendría que oír a un cocodrilo macho cuando está en celo. Es un sonido horrible. Braman sin parar. No es como un apareamiento normal. El macho acorrala a unas cuantas hembras en un arroyo y se dedica a violarlas. Son más duros que la madre que les trajo. Por supuesto, las hembras son igual de malas. Ponen los huevos y luego se quedan por ahí mucho tiempo. Que Dios asista a todo aquello que se aproxime al nido. Luego se dan el piro y los dejan ahí. Los cocodrilos bebé salen del huevo mordiendo, gruñendo y silbando como dragoncitos. Son unos bichos asquerosos. En fin...

Se levantó y lanzó la colilla de su cigarrillo a las cenizas del fuego de campamento.

—Supongo que será mejor que me vaya marchando a ver si encuentro a este. «El cuerpo o el tío», fue lo que me dijo mi jefe.

Regresó a media tarde más o menos y como para entonces yo tenía la sensación de conocerlo bien, le ofrecí una cerveza. La aceptó, se lió un cigarrillo y lo encendió, tomó un poco de cerveza y se puso en cuclillas sobre una de las caderas.

—¿No ha habido suerte? —le pregunté.

—Sí, bueno, más o menos.

—¿Lo encontró?

—Encontré las piernas.

Cuando aquellas tres lacónicas palabras salieron de su boca con aterradora fuerza, fue como si se hubiera hecho una súbita quietud en el macizo de pandanus. Me costó unos instantes aceptar que esa era la realidad y después lo único que logré hacer fue repetir sus palabras.

—¿Encontró las piernas?

—Sí. A unos cinco minutos a pie de su ropa. Entre los matorrales.

—Ya veo.

El tema era a la vez repulsivo e interesante. Me sentía un poco mareado, pero quería saber más.

—¿Qué?... esto... ¿cómo encontró las... piernas?

—Oí a las moscardas.

Ojalá no hubiera preguntado.

Jack dio varias caladas al cigarrillo.

—No pensé que fuéramos a encontrar nada —dijo pensativamente—. Lo normal es que, si no se la tragan ahí mismo, los cocodrilos se lleven a su presa a su guarida.

—Entonces fue un cocodrilo —dije tontamente.

—Sí, sí, me aseguré. No le habían cortado las piernas. Las marcas de dientes se ven con toda claridad. El muy cabrón debe de ser grande.

—¿Y qué piensa que sucedió?

—Me parece que eso es bastante obvio. Seguro que el pobre hijo de puta estaba sentado en el riachuelo refrescándose y el cocodrilo lo pilló. No había suficiente agua como para ahogarlo —eso es lo que suelen hacer los cocodrilos, sujetar a la presa bajo el agua hasta que se ahoga—, así que se largó con él, seguramente rumbo a una charca profunda. Luego se detuvo por el camino y se lo comió.

Aquello era casi imposible de aceptar. Costaba asimilar que mientras yo estaba dando una batida por los matorrales en busca de ejemplares, casi a un tiro de piedra había tenido lugar ese espantoso drama.

—Pero ¿por qué se dejó las piernas?

—No lo sé. Eso me extrañó un poco. A lo mejor no se lo comió allí. A lo mejor seguía moviéndose e hizo una pausa para matarlo. Pero no me da esa impresión: la hierba estaba completamente aplanada y apelmazada, pero las hormigas y los pájaros habían pasado por allí así que no se podía deducir gran cosa.

—¿Y ahora qué va a hacer?

—Llevarme las piernas a la ciudad —dijo indicando su vehículo con la cabeza. Por primera vez, me di cuenta de que las truculentas reliquias estarían dentro—. Recoger un poco de gelignita e ir a por el cocodrilo.

Me estaba tomando pausas bastante largas entre frases, pero no importaba porque

en el norte las conversaciones lentas son lo normal.

—¿Será fácil encontrarlo?

—Debería. Después de una comida decente no andará muy lejos. Encontrará una charca y se mantendrá fuera de la circulación un tiempo hasta que lo haya digerido. Tengo que encontrarlo antes de que eso suceda.

Aquello no lo entendía. Me pareció mucho más apropiado dejar que el cocodrilo digiriera su presa que recuperar los espantosos restos para enterrarlos, pero no era asunto mío.

—¿Y cómo va a hacer para encontrarlo?

—Seguir la corriente del río y volar todas las charcas profundas que encontremos. No debería de tardar demasiado. No tiene ningún sentido intentarlo durante más de una semana. Después de eso no quedaría nada que encontrar dentro del cocodrilo.

—¿Va a ir solo?

—Sus amigos van a venir conmigo. ¿Le apetece acompañarnos? Seguro que resulta interesante.

Siempre que hago algo que me avergüenza un poco, utilizo la excusa del instinto del escritor, pero seguramente fue el morbo lo que me indujo a aceptar.

A la mañana siguiente Jack me recogió temprano y recorrimos la pista en su vehículo.

Los dos civiles nos estaban esperando en su campamento y me sorprendió ver lo contentos que estaban. Yo ni siquiera conocía al desaparecido, pero para mí su descuartizamiento había sido un revulsivo. Quizá se sintieran aliviados porque ya no había ningún indicio razonable de que habían sido ellos quienes se habían deshecho de él. Jack no hizo el menor esfuerzo por presentármelos. Era evidente que no le merecían una gran opinión. Ellos parecieron asumirlo como algo natural y se mostraron muy reservados.

Jack sacó de su vehículo un paquete, que según nos explicó contenía gelignita, y un rifle pesado. Los dos civiles llevaban viejos fusiles del ejército y unos paquetes pequeños. Comenzamos a internarnos en la maleza.

Jack y yo íbamos por delante con los dos civiles siguiéndonos a escasa distancia. No fue algo premeditado, pero a mí me dio la impresión de que era lo que quería Jack. Era un hombre de considerable presencia y logró transmitir la sensación de que él era el profesional, yo el observador bienvenido y que a los otros dos apenas se los toleraba en tanto partes interesadas.

—Ese es el árbol donde encontré su ropa —comentó Jack cuando llevábamos algunos minutos caminando. Era una gran palmera de pandanus, pero no tenía nada de particular.

—Allí está el riachuelo —dijo señalando un hilillo de agua que surgía de la maleza y formaba un canalillo muy estrecho que atravesaba un claro—. Para mí que se sentó allí para remojarse. Seguro que el cocodrilo salió disparado de entre la maleza y lo pilló. O quizá fuera el cocodrilo el que estaba allí antes y el pobre cabrón

se dio de narices con él. Venga, os enseñaré donde encontramos las piernas.

Nos abrimos paso entre la maleza.

—¿No le preocupa que el cocodrilo todavía pueda estar por los alrededores o que haya otro por allí? —pregunté.

—Otro no podría ser. Este es un macho grande seguro. A cualquier otro lo habrá echado. En esta época del año ni siquiera dejaría estar a las hembras.

Seguimos caminando unos minutos más. Las moscas eran muy molestas y hacía mucho calor.

—Allí fue donde encontramos las piernas —dijo Jack por fin.

Vi una parcela de hierba que podía haber sido removida recientemente, pero no significaba nada.

—Lo que yo creo —dijo Jack— es que el cocodrilo lo pilló o en el riachuelo o en algún punto entre el riachuelo y su ropa. Encontramos las piernas aquí, así que es evidente que el cocodrilo pasó por aquí. Estaría camino de una charca y una charca estaría en el riachuelo, así que calculo que el riachuelo hace un meandro y que si seguimos una línea que vaya de aquí a la ropa, deberíamos dar con el riachuelo, y entonces lo seguimos hasta encontrar unas charcas.

No me estaba invitando a comentar, solo me estaba explicando lo que estaba haciendo.

Seguimos internándonos en la maleza. Jack avanzó con brío y, al parecer, sin inmutarse, pero sí se quitó el fusil del hombro y lo llevaba con el dedo colocado en el seguro.

Tenía razón, como suele ocurrir con esta clase de hombres, y enseguida dimos con el arroyo. Nos metimos en él en fila india, adentrándonos en el agua con Jack a la cabeza —con la escopeta preparada—, y yo detrás, nervioso, seguido por los dos civiles a muy escasa distancia. En un determinado momento, Jack se volvió bruscamente y les preguntó:

—¿Están montados esos fusiles?

Uno de ellos admitió que el suyo sí lo estaba.

—Pues desmontadlos y volved a colocároslos sobre los hombros.

No se me había pasado por la cabeza preocuparme por dos hombres caminando a mis espaldas con fusiles cargados, pero me di cuenta de que sí que debería de haberme preocupado y me alegró la previsión de Jack.

En alrededor de unos veinte minutos aproximadamente, el arroyo se ensanchó dando paso a una gran charca estancada bordeada por palmeras de pandanus y varios grandes eucaliptos. La superficie estaba cubierta de algas verdes que habían sido removidas.

—Podría muy bien estar ahí dentro —dijo Jack, y nos hizo caminar a todos alrededor de la charca buscando huellas de cocodrilo. Había mucha hierba que algo había pisado, pero también había excrementos de búfalo y de cerdo.

—Si está ahí dentro, puede que tenga un escondrijo debajo de la orilla —dijo Jack

—. Eso es lo que hacen muchas veces con el ganado, llevárselo a su agujero y dejar que se pudra un poco. Pero a mí esta charca no me parece lo bastante grande como para ser un nido permanente. Si está ahí dentro, es que se metió allí al oír que nos acercábamos.

Me fijé en la superficie inmóvil de la charca y me pregunté si justamente debajo de la opaca superficie estaría un reptil enorme con un hombre en el estómago.

—La volaremos de todas formas —dijo Jack, y se puso a preparar su paquete.

Su técnica era bastante sencilla. Colocó un par de cartuchos de gelignita con un detonador dentro de un contenedor. Después le conectó una extensión de cable a través de la cual podía enviar una carga desde un pequeño pistón a pilas. Arrojó el contenedor al centro de la charca y fue desenrollando el cable a medida que se hundía.

—Casi podría uno hacer pie ahí dentro —comentó al tocar fondo—. Como el agua es tan poco profunda va a ser una explosión del demonio. Más vale que nos alejemos un poco.

—¿Lo matará la carga? —pregunté.

—Seguramente. Le chafará y le destrozará las tripas. Poco le faltará para estar muerto.

—¿No es probable que salga inmediatamente?

—De ninguna manera. A lo mejor asoma la cabeza al cabo de un rato para echar un vistazo y ver si hay algo que merezca la pena comer. Pero lo más seguro es que ahora mismo no esté interesado en comer más. Solo querrá que lo dejen en paz.

En algunos momentos la actitud de Jack me parecía terriblemente despiadada, pero supongo que no había otra forma de hacer aquel trabajo.

Todos nos alejamos unos pasos de la orilla y yo detoné la carga.

La explosión fue tremenda.

Una inmensa gota de agua embarrada y algas se elevó a gran altura, una de las orillas se desplomó y un gran eucalipto se inclinó lentamente y cayó a la charca. De repente, dos grandes siluros, un barramundi y una anguila estaban dando coletazos y retorciéndose sobre la hierba a nuestros pies y estábamos empapados de agua que olía vagamente a podrido.

No había ni rastro de ningún cocodrilo.

—Ya me parecía que esa charca sería demasiado poco profunda para él —dijo Jack—. Volveremos a intentarlo un poco más abajo. También nos hemos excedido un poco con la gelignita: no se puede calcular a menos que uno sepa qué profundidad tiene la charca por todas partes y no sirve de nada sondear porque muchas veces en los lados hay agujeros o túneles.

—¿No podría estar ahí dentro y muerto?

—Nah. Si estuviera en la charca, habría subido flotando a la superficie. Si estuviera en una cueva de la orilla, la parte de arriba habría saltado. La parte superior siempre está por encima de la superficie del agua.

A mí se me ocurrió que recorrer las orillas de una charca que quizá contenía cuevas que albergaban cocodrilos que estaban a un pelo de nuestros pies no era precisamente prudente, pero Jack no estaba preocupado y mostraba todos los indicios de ser cuidadoso y competente.

La siguiente charca se encontraba a solo diez minutos andando. Era mucho más grande, y solo había un par de árboles en la orilla y un gran claro rodeándolo por todas partes. Una vez más, había toda clase de huellas y excrementos y algo había removido las aguas de la charca.

—Esto ya es otra cosa —dijo Jack—. Tiene que ser bastante profunda, además. La vamos a volar a base de bien.

Empezó a introducir cartuchos de gelignita en el contenedor metálico.

—¿Lo matará eso si está en la cueva? —pregunté.

—Desde luego. La presión que esto crea bajo el agua es increíble. El problema es que también matas cualquier otra cosa que haya en la charca. Pero eso no se puede evitar.

Arrojó el contenedor al centro de la charca y fue desenrollando una gran extensión de cable mientras se hundía.

—Sí que es profunda —comenté.

Por algún motivo, me di cuenta de que los civiles no habían hablado desde que empezamos, salvo para contestar a la pregunta de Jack sobre los fusiles. Ahora estaban en uno de los extremos del claro sujetando las armas con la boca concienzudamente dirigida hacia el suelo, observando en silencio.

Los cuatro nos congregamos en el borde del claro, bien lejos de la charca, y Jack detonó la carga.

La explosión no fue ni de lejos tan estrepitosa como la primera, pese a que la carga era mucho mayor, porque el agua era mucho más profunda. El chorro de agua era muy ancho pero no se elevó a una altura superior a la de un hombre. Toda la superficie de la charca entró en erupción formando olas pequeñas y picadas. Las algas verdes y viscosas se desintegraron, y aparecieron peces heridos y muertos mezclados con los desechos vegetales.

Caminamos hasta la orilla y estuvimos mirando el fondo mientras las aguas se calmaban.

Una inmensa silueta de reptil apareció entre las aguas revueltas, primero solo como algo con una cabeza enorme, cuatro patas extendidas y una cola extrañamente deformada. Parecía una forma fantasmal bajo la superficie de las aguas. Oí cómo se amartillaban tres fusiles.

—Esperadlo —dijo Jack—. Esperad hasta que suba arriba del todo.

Aquella cosa parecía estar a punto de romper la superficie cuando una enorme burbuja hizo erupción en el agua acompañada por el sonido de un horroroso eructo. Una vaharada de apestoso aliento de cocodrilo nos golpeó con tal fuerza que todos retrocedimos un paso. Entonces Jack se acercó hasta la orilla fusil en ristre. La

sombra estaba desapareciendo. Jack comenzó a disparar. Los dos civiles se sumaron y entre todos efectuaron una veintena de disparos contra la silueta, que fue desvaneciéndose lentamente.

—No sirve de nada —dijo Jack—, las balas no atravesarán el agua.

—Dios mío, es un hijo de puta enorme —dijo uno de los civiles—. Seis metros por lo menos.

—Esa maldita piel vale una fortuna.

—¿Estaba vivo? —pregunté.

—Lo dudo mucho —dijo Jack—. Después de tanta gelignita no. Pero no tendría que haberse hundido. De todos modos, debe de estar prácticamente muerto. Puede que alguno de los disparos también lo haya alcanzado.

—¿Qué vas a hacer? ¿Echar más cargas?

—Lo haría si tuviera más gelignita... pero toda la que quedaba la metí en la última carga. Bien pensado, ha sido una estupidez, pero pensé que probablemente estaba ahí y quería estar seguro de que me lo cargaba.

—¿Crees que los disparos habrán estropeado la piel? —le preguntó uno de los civiles al otro.

—El mío no: yo apunté a la cabeza.

—Yo también. Esa bala expansiva suya no puede haberle hecho mucho daño —dijo indicando con un gesto de la cabeza a Jack.

La conversación transcurrió como si Jack y yo no estuviéramos ahí o no pudiéramos oírla.

—Pues si no está muerto podría quedarse ahí abajo muchísimo tiempo y apretujarse contra unas raíces o algo y morirse y no subir nunca —observó Jack—. Será mejor que regrese a Weipa a buscar más gelignita.

—¿No merece la pena esperar un rato a ver si sale a la superficie? —pregunté.

—Podría hacerlo, claro —dijo Jack pensativamente—. Pero también podría no hacerlo. También podríamos esperar aquí toda la noche, pero yo puedo ir a Weipa y volver en dos o tres horas y con más gelignita lo haremos subir seguro. No, voy a regresar.

Se volvió hacia los dos civiles.

—Escuchadme, vosotros dos. Voy a volver a Weipa a buscar más gelignita.

Del mismo modo que ellos habían hablado entre sí como si él no existiera, ahora él daba por supuesto que ellos no habían entendido las palabras que acababa de pronunciar. Asintieron como si se tratara de información nueva.

—Quiero que esperéis aquí y si sale a la superficie, arrastradlo hasta la orilla. Disparadle si creéis que todavía está vivo. ¿Entendido?

—Claro —dijo unos de los civiles.

—Y escuchad —dijo Jack en tono grave—, no lo abráis. Si vuestro amigo está dentro, tengo que estar presente cuando abramos al cocodrilo. ¿Me explico?

—Claro.

—Pues a ver si es verdad —recalcó Jack en tono levemente amenazador—. Si ese cocodrilo sale a la superficie, no lo abráis hasta que yo vuelva si no queréis que se líe la de Dios es Cristo.

—Claro.

Jack me hizo un gesto con la cabeza y emprendimos el camino de vuelta siguiendo el arroyo. A mí me pareció un detalle por su parte pensar que yo preferiría ir con él que esperar un par de horas con los civiles. Tenía razón.

Me quedé en mi campamento y esperé a que Jack reapareciera a media tarde.

—He traído un cargamento doble —dijo—, para asegurarme. ¿Te importa llevar uno de los paquetes hasta allá?

Ya en el campamento de los civiles, cargamos con los paquetes de gelignita, que no eran especialmente pesados, y luego Jack sacó de la parte trasera del camión una bolsa de plástico grande y pesada y se la colgó del hombro. No le pregunté para qué era. Cogió su fusil y echamos a andar a buen ritmo por el monte sabiendo ahora exactamente a dónde nos dirigíamos.

Ahora mi instinto de escritor estaba en franca regresión. Seguía queriendo ver al cocodrilo, pero nada más. Mi inquieta imaginación ya me estaba causando molestias de sobra, pero no pudo anticiparse al especial horror del susto que nos aguardaba en el claro que rodeaba a la charca.

El cocodrilo estaba en la orilla, despellejado.

La enorme, ancestral y maligna cabeza estaba intacta, con la sonrisa dentada y los ojos maliciosos medio cerrados, pero el resto de sus seis metros de longitud estaba al desnudo, blanco y resplandeciente de grasa. Faltaba la mitad de la cola, que había perdido años antes en alguna batalla entre reptiles. De haber estado intacto, el animal habría resultado grotesco; despojado de su armadura resultaba obsceno. Lo más obsceno era su abultado vientre blanco. La piel estaba extendida con unas estacas sobre el suelo a poca distancia, y parecía el doble de grande que el cuerpo del que había salido.

Los civiles estaban sentados cerca de la cabeza del cocodrilo, fumando y mirando a Jack con una despreocupación sobreactuada.

—Pareja de hijos de puta —masculló—. Os dije que no lo tocarais, ¿no?

—Dijiste que no lo abriéramos —contestó uno de ellos a la defensiva.

—No lo hemos abierto —protestó el otro—. Solo lo hemos despellejado.

—La piel vale un dineral —dijo el primero.

—No hay nada ilegal en despellejar a un cocodrilo muerto. Nosotros no lo matamos, lo hiciste tú.

Jack los fulminó con la mirada. Evidentemente, por una vez, la conmoción le había hecho perder su imparcialidad profesional.

—Vuestro amigo seguramente está dentro de ese puñetero bicho.

Los civiles se encogieron de hombros.

—No lo hemos abierto, como nos pediste. No lo hemos abierto.

Jack se los quedó mirando un rato, pero no tenía palabras para ellos. No había palabras para ellos.

—Muy bien —dijo Jack—. Manos a la obra.

Y mientras sacaba un cuchillo de monte, avanzó hacia el cadáver del cocodrilo.

Baste con decir que el «amigo» estaba dentro.

## Viajes en camello: Cinco dólares



La creencia de que en Australia no hay más criaturas peligrosas que los cocodrilos, las serpientes y las arañas está muy extendida. Es un error. También hay aborígenes y camellos. Individualmente, son formidables. Combinados son poco menos que letales.

Los aborígenes y los camellos tienen dos cualidades en común: una indescriptible conciencia de su propia superioridad, por desgracia justificada, y una absoluta indiferencia por mi bienestar personal.

Andaba yo errando por el Gran Desierto de Arena del noroeste de Australia occidental por alguna oscura razón que olvidé hace mucho cuando conocí a Namitji. Estaba acampado junto al camino con tres mujeres, siete perros y dos camellos. Los perros estaban todos rascándose, las mujeres estaban a lo suyo y los camellos tenían aspecto altivo.

Namitji, un hombre de complexión delgada de unos treinta años, con una masa de cabello rizado, rostro lampiño, nariz chata y boca ancha, solo llevaba un par de pantalones andrajosos y estaba sentado junto al camino, al lado de una señal escrita a mano en la que podía leerse:

#### VIAJES EN CAMELLO - CINCO DÓLARES.

Era irresistible. El asentamiento blanco más próximo estaba por lo menos a ciento cincuenta kilómetros de allí, en Port Hedland, y el tráfico que pasaba por aquel camino debía ascender a algo así como un vehículo al mes, y ahí estaba aquel hombre ofreciendo viajes en camello a los transeúntes.

Era evidente que al ver la polvareda levantada por mi furgoneta a gran distancia, había colocado la señal y se había sentado a esperarme.

Tenía que detenerme.

Era septiembre, hacía mucho calor y abundaban las moscas, así que no tenía intención de quedarme allí mucho tiempo. Namitji y yo nos presentamos. Las mujeres siguieron a lo suyo, cocinando sentadas alrededor de un fuego y ataviadas con sus vestidos florales; los perros siguieron rascándose y los camellos siguieron con aspecto altivo.

Al cabo de algunos minutos de conversación desganada, señalé a los camellos y pregunté:

—¿Te ganas la vida con esto?

—Sí —contestó Namitji con una sonrisa burlona—. Sí, me gano la vida.

—Pero por aquí no puedes tener muchos clientes.

—Tengo suficientes.

Supuse que las necesidades de un nómada primitivo eran pocas y sencillas y que con cinco dólares al mes o algo así bastaba para satisfacerlas.

—¿Te importaría que les hiciera una foto a tus camellos? —le pregunté con idea de publicar un artículo sobre aquella situación en su momento. También quería

fotografiar a Namitji y a sus mujeres y perros, pero sabía que a muchos aborígenes les molestan las cámaras, pues creen que si capturas su imagen capturas su espíritu.

Namitji no albergaba tales nociones.

—Cinco dólares por los camellos y otros cinco por una foto de mí y de las chicas —dijo inmediatamente.

Aquello me pareció razonable, y pasé varios minutos fotografiando al grupo de personas antes de interesarme por los camellos.

Primero pensé en un bonito primer plano del rostro del camello, así que me acerqué al más cercano.

Me soltó un eructo.

Era la primera vez que me topaba con lo que tiene que ser la cosa más espantosa que hay sobre la tierra del Señor: el aliento de un camello.

Imaginaos el olor del contenido del estómago de un buitro, un gato muerto y metido hace mucho en un pozo negro y un curry en descomposición cuatro días después de que alguien se lo haya comido. Combinad estos olores entre sí y el resultado será algo que en comparación con el aliento de un camello olería a Chanel N.º 5.

Me tambaleé hacia atrás, asfixiándome y tosiendo mientras me preguntaba si de verdad iba a morirme. Namitji miró cortésmente hacia el otro lado hasta que me repuse. Después me conformé con tomar unos cuantos medios planos de los camellos manteniéndome alejado de sus cabezas.

—Muchísimas gracias —le dije a Namitji, y le di un billete de diez dólares.

—¿No te apetece montar en uno de ellos? —me preguntó.

Levanté la vista para mirar a aquellas enormes bestias y me imaginé a mí mismo, regordete, blandito y carente de agilidad, encaramado a una joroba que desde el suelo parecía encontrarse al doble de mi altura. Imaginaos allí arriba. Imaginaos allí arriba si la bestia se volviera y os echara el aliento.

—No, gracias —le dije.

Namitji parecía un tanto alicaído y pensativo.

—¿No te gustaría tener una foto tuya a lomos de un camello? —me preguntó.

La verdad es que aquello no se me había ocurrido. Como sucede con la mayoría de escritores, mi naturaleza cobarde está atemperada por la avaricia. Una fotografía mía en camello me ayudaría a vender la historia que tenía planeado escribir.

Aun así, al fijarme en aquellos rostros altivos y malévolos y en aquellas jorobas de aspecto incómodo situadas a tanta altura, puse pegas.

—No sería capaz de subir ahí arriba —le dije a Namitji.

—No te preocupes, bajarán para ti —me respondió, y espetó una orden en alguna lengua desconocida, seguramente el idioma de los camellos.

El camello más cercano dobló inmediatamente sus patas delanteras y se arrodilló; acto seguido, dobló las patas traseras y bajó la grupa. La joroba seguía estando a la altura de mi cabeza y no veía cómo iba a subir ahí arriba.

—Yo te ayudaré —dijo Namitji cogiendo una manta que estaba junto al fuego y colocándola sobre la joroba del camello—. Así estarás más cómodo.

Yo tenía mis dudas.

—Dame tu cámara —me dijo Namitji.

—¿Sabes utilizarla? —le pregunté.

—Claro —respondió él.

Parecía grosero rehusar. Le entregué la cámara.

—¿Y qué tal si solo me haces una foto junto al camello? —pregunté.

—Nah —dijo Namitji—. No sería lo mismo. Utiliza mi espalda como escalón y súbete de un salto. Es fácil.

Se puso a cuatro patas junto al camello.

Una vez más, habría sido grosero rehusar, aunque tenía mucho miedo de que mi pesada y fofa mole lo aplastara.

No fue así.

En cuanto me coloqué sobre su espalda, enderezó brazos y piernas y subí hasta el punto en que pude encaramarme a la joroba del camello.

Era de lo más incómoda y parecía estar muy lejos del suelo.

Namitji me entregó la cuerda que el animal llevaba alrededor del cuello.

—Para guiarlo solo tienes que tirar de eso en un sentido o en el otro —dijo.

—¡Eh! —exclamé alarmado—. No quiero ir a ninguna parte; límitate a fotografiarme.

Namitji sonrió y dijo algo en el idioma de los camellos.

El camello enderezó las patas traseras. Yo me tambaleé y estuve a punto de caer rodando por encima de su cabeza cuando de pronto enderezó también las patas delanteras. Después me tambaleé en sentido contrario y casi me caigo rodando por la grupa.

Conseguí salvarme aferrándome a la cuerda. El animal volvió la cabeza y me echó el aliento.

Ahí estaba yo, balanceándome a una distancia inconcebible de la madre tierra, colocado dolorosamente sobre la joroba de un camello, envuelto en una nube de gases nocivos que habría matado a un robusto elefante a cinco pasos de distancia.

—¡Bájame de aquí! —protesté.

Namitji dio una brusca orden en el idioma de los camellos.

El camello salió disparado directamente rumbo al desierto traicionero mientras yo me bamboleaba sobre su joroba, tiraba de la cuerda a más no poder y chillaba de miedo.

Fue una experiencia atroz. El maldito animal iba más rápido de lo que yo me habría atrevido a conducir un coche en aquel desierto arenoso y salpicado de pedruscos. Estaba tan por encima del suelo que tenía la sensación de ser una aeronave que volaba a baja altura. El movimiento en sí era como estar encaramado en lo alto del mástil de un barco en un mar encrespado.

Quería desesperadamente tirarme, pero la perspectiva de ir a parar al lejano suelo desde la espalda de un animal que viajaba a una velocidad de unos cincuenta kilómetros por hora era demasiado sobrecogedora para mis blandas, mimadas, encogidas y preciosas carnes. Me limité a aferrarme a la cuerda y a rugir.

Volaba rumbo al horizonte, cruzando el desierto inexplorado bajo un ardiente cielo azul que conducía directamente hacia una costa situada a mil kilómetros de distancia.

—¡Socorro! —grité infructuosamente mientras torcía la cabeza para ver si se me ofrecía alguno.

Ahí estaba Namitji, ya diminuto en la distancia, de pie junto a mi coche con sus mujeres y sus perros, que ahora no eran mayores que las pulgas que les hacían rascarse constantemente. Me decía adiós con la mano.

En la medida en que alguna clase de pensamientos pasó fugazmente por mi aterrado cerebro, estos consistían en preguntarme si iba a caerme y morir, si iba a ser transportado sin cesar por aquellas inmensidades desprovistas de agua y morir, o si acabaría mis días a consecuencia del aliento de un camello.

El camello poseía una energía espantosa y no daba indicio alguno de aflojar el ritmo. Cuando me volví, Namitji y su gente habían desaparecido del horizonte. No se veía más que la escasa hierba desértica, la arena y las piedras, todo contenido bajo la implacable bóveda del cielo.

Se me hizo terriblemente evidente que a menos que el camello me llevara de vuelta, no tendría forma alguna de regresar a mi coche. Incluso si me arriesgaba a caer al suelo, quedaría abandonado a mi suerte y perdido en el desierto.

Intenté tirar con todas mis fuerzas de la cuerda que el animal llevaba alrededor del cuello. El camello no interrumpió en modo alguno su ritmo, pero giró su malvada cabeza y me echó el aliento. No volví a intentarlo.

No sé cuánto duró aquel trayecto demencial. A mí se me antojaron semanas. Estaba ronco de tanto gritar, tenía la entrepierna como si alguien la hubiese estado aporreando con un hacha y estaba mareado de terror y por los rastros del aliento del camello.

Entonces el camello se detuvo. Se detuvo en seco, de forma tan repentina que salí disparado, choqué contra su cabeza y me desplomé en el suelo como una gran bola de sebo.

Había perdido el aliento y jadeaba, esforzándome por recobrarlo. El camello bajó la cabeza y me echó el aliento.

Aquellos abominables e intolerables gases inundaron mis pulmones.

Rodé sobre un costado, entre arcadas y asfixiándome; de haber podido hacerlo, sin duda habría empezado a llorar.

No me llegó la muerte, aunque la habría recibido con cierta gentileza, y acabé sentado sobre la arena mirando al camello, que ahora, menos mal, se encontraba a cierta distancia y con aspecto altivo.

Hacía mucho calor y las moscas descendían sobre mí a millares. Tenía una sed terrible. No había agua. Sabe Dios lo lejos que estaba de mi coche o en qué dirección se encontraba. En cualquier caso, estaba demasiado lejos de él para volver a buscarlo con aquel calor y sin agua.

Allí fuera, sin sombra ni agua, uno puede morir en pocas horas. La única sombra que había estaba debajo del camello y no era fácilmente accesible. Había leído en algún libro de relatos de viajes que si uno se quedaba sin agua en el desierto lo que había que hacer era encontrar un camello muerto. En algún recoveco de su cuerpo habría una membrana que contenía siete u ocho litros de agua.

Tenía un camello a la vista, pero no estaba muerto. El único método que se me ocurría para que lo estuviera era estrangularlo. No parecía demasiado práctico.

Se me ocurrió que quizá sería mejor subirme al camello y esperar que acabara llevándome de vuelta. Saqué un pañuelo, me tapé la boca y la nariz y fui caminando lentamente hacia el animal. No se movió, pero sí pestañeó. Clavé la mirada en la joroba, situada a tanta altura, y me pregunté cómo demonios se suponía que tenía que subir ahí arriba. Era de suponer que el camello se arrodillaría si le daba la orden apropiada.

—¡De rodillas! —chillé.

El camello me miró con desdén.

—¡De rodillas! —chillé de nuevo. Idéntica reacción.

—Por favor, arrodíllate —supliqué.

El camello me miró con altivez. Ya sabía que eso se les daba muy bien.

Me sentía bastante desesperado, porque incluso si volvía a subirme al camello no había garantía de que no me internara todavía más en el desierto. Con todo, al menos tendría una oportunidad, pero si me quedaba allí no tendría ninguna.

Había llegado el momento de tomar medidas desesperadas. Reculé varios metros, me aparté un par de cientos de moscas de los ojos, me enjuagué el sudor de la frente y me lancé hacia el camello a la carrera. No soy un tipo atlético.

Elevándome cuanto pude en el aire, traté de agarrarme a la joroba. Choqué contra el costado del animal, que era duro como el acero, con un estrépito monumental, quedé aturdido y resbalé lánguidamente por su hediondo cuerpo hasta acabar tendido en la arena ardiente.

—¿Algún problema? —preguntó la voz de Namitji.

Saqué la cara de la arena y ahí estaba Namitji, que evidentemente se había acercado mientras yo hacía el payaso con el camello.

Jamás en mi vida, ni antes ni después, me he alegrado tanto de ver a un aborigen a lomos de un camello. De hecho, nunca antes había visto uno y espero no volver a verlo, pero eso no viene al caso.

Poco me faltó para acercarme y besuquear los pies desnudos y polvorientos de aquel tío, pero entonces me di cuenta de que hablaba de otra cosa.

—Me debes cinco verdes por el viaje.

—No hay problema —balbuceé—. Ninguno en absoluto. Pero sácame de aquí.

—¿Y el dinero?

Saqué la cartera y le tendí un billete de cinco dólares.

Él se agachó, lo cogió y se lo guardó en el bolsillo de atrás.

—Muy bien —dijo—. ¿Quieres otro viaje?

Aquello no podía creerlo. Aquel hombre iba a cobrarme por venir a buscarme después de que su maldito camello me hubiera secuestrado. Sin embargo, no estaba en condiciones de discutir.

—¿Me estás diciendo que quieres otros cinco dólares? —le pregunté con escasa gentileza.

—No —dijo Namitji.

A fin de cuentas, era un caballero.

—El segundo viaje cuesta cien dólares.

Pues no, no lo era.

—¿Cien? —aullé.

—Cien —sentenció Namitji implacablemente.

Miré aquel rostro aborígen cándido y primitivo. Miré a los camellos. Miré al desierto y al cielo azul, y supe que me habían estafado.

Conté cien dólares; él se bajó de su camello y le espetó una orden al mío, que se arrodilló y me subió a su espalda.

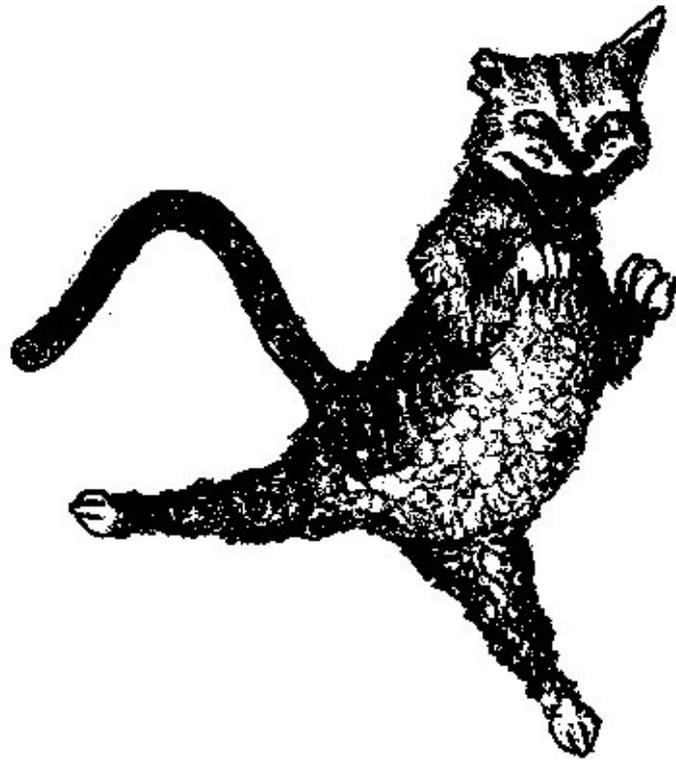
Finalmente caí en la cuenta de que se trataba de un camello muy bien entrenado. El maldito bicho era un cómplice activo del delito.

Solo nos costó media hora regresar al campamento. Estaba al otro lado del horizonte. El camello debió de estar dando vueltas en círculo. Todo encajaba. Me deslicé de la joroba, me dirigí muy ofendido hasta mi coche y me fui de allí sin intercambiar una sola palabra con el detestable Namitji. Él se limitó a sonreír con aire de superioridad.

Había recorrido doscientos kilómetros de pista cuando me di cuenta de que no me había devuelto la cámara.

No me molesté en volver por ella.

# Cedric el gato



—Lo que tienes que comprender es que el Camino de Birdsville no es igual que otros lugares —me explicó mi amigo Bill.

Es cierto.

Estaba ayudando a mi amigo Bill a arrear un montón de ganado por el Camino de Birdsville hasta el final de la línea de Marree.

Bill, que estaba bastante loco, vivía en una propiedad que abarcaba dieciséis mil kilómetros cuadrados de Queensland y Australia del Sur. El noventa y ocho por ciento de aquella propiedad era desierto puro —arena o pedregales— y mi amigo Bill abrigaba la teoría de que la mejor forma de patrullarla era en camello. Cuando me invitó a ayudar a conducir a un montón de ganado hasta Marree, creí que podía ser una experiencia interesante y agradable.

Fue interesante, pero no agradable.

El camello tiene el peor aliento de todos los animales de la creación. Huele a una mezcla de excrementos de buitres y hurones muertos hace tiempo, si es que alguna vez habéis olido tal cosa. Los camellos tienen una extraña habilidad para echarse el aliento hasta cuando estás montado en su lomo. También tienen muy mal genio, son obstinados y muerden. Es más, una vez uno, con la ayuda de un malvado aborígen, intentó secuestrarme. Pero esa es otra historia.

Nos encontramos con otro montón de ganado cuando estaba a punto de anochecer y llevábamos aproximadamente un día de viaje de vuelta de Marree. Dejé a mi amigo Bill con su media docena de perros para cuidar de nuestra manada y acudí, montado en mi camello, al campamento del otro arriero.

Mientras me acercaba a él, en la superficie del desierto se produjo un fenómeno extraordinario. Alguna clase de animal se aproximaba a mí, con gran rapidez y envuelto en una nube de arena. Fuese lo que fuese, venía a tal velocidad que parecía un remolino levantando la arena.

Mi camello se detuvo y empezó a eructar, como hacen los camellos cuando están alarmados. La nube de aire fétido resultante era desconcertante.

El remolino aceleró hasta encontrarse a la distancia de un escupitajo, se detuvo y empezó a escupir. La nube de arena se disipó y dejó al descubierto el gato más grande, más feo y más iracundo que jamás haya visto. Llegaba a la altura de la rodilla de un hombre y estaba rematado por una cabeza enorme y cuadrada. Su pelaje era anaranjado, negro y de otros muchos tonos, y estaba erizado; la cola, que batía como un látigo, parecía un cabo de cable grueso deshilachado, de esos que se utilizan para sujetar al muelle a los grandes barcos.

El animal gruñía y escupía, mostrando unos dientes de sable y lanzando miradas fulminantes con un ojo de color naranja muy brillante y otro, no menos luminoso, de color azul. Su extraordinario aspecto no se veía disminuido en nada por el hecho de tener una sola oreja.

Yo me habría alarmado de no haberme encontrado a gran distancia del suelo, subido a lomos de un camello. Mi camello, que estaba debajo de mí y en contacto con

el suelo, estaba alarmado. Dio un respingo hacia delante, hacia uno de los costados del gato.

El gato se lanzó sobre él con un gruñido feroz y lo mordió en la pata delantera.

El camello rugió y trató de echar a correr. El gato retrocedió un poco y gruñó. Yo tiré de las riendas como si me fuera la vida en ello y el camello comenzó a ponerse histérico. Los camellos son propensos a la histeria.

Entonces apareció el arriero —en moto, lo que demuestra que era un tipo sensato— y las cosas se tranquilizaron. Era un viejecito con cara de pocos amigos, unos luminosos ojos azules y una enorme mata de pelo decolorada por el sol. Llevaba una camisa que debió de ser blanca unos años antes, y vaqueros.

Apagó el motor y con una voz que recordaba al ruido de canicas dentro de un bote de cristal, gritó:

—¡Cedric, calla y levántate!

El gato comenzó a ronronear inmediatamente y se subió de un salto al asiento trasero de la moto, desde donde nos escrutó a mí y a mi camello con bastante benevolencia.

El arriero cumplió con las cortesías de rigor.

—Nosdías.

—Nosdías —contesté ceremoniosamente.

—A Cedric le ha faltado poco para conseguir que tu camello se cagara encima —se rió socarronamente el viejo.

—No cabe duda de que es un animal extraordinario.

—¿Eh?

—No hace falta que lo jures.

—Bueno, pues ven al campamento a echar un trago.

Su «campamento» consistía en una hoguera y un saco de dormir.

Me sirvió una taza de ron. Una taza entera. Acto seguido se sirvió otra a sí mismo. Por supuesto, en el Camino se bebe ron, porque no hay manera de mantener fría la cerveza. Odio el ron. Con todo, lo acepté y lo sorbí.

El anciano me dijo que se llamaba Henry Gibbs y que era vecino de mi amigo Bill; por aquellos lares, «vecino» es todo aquel que viva a menos de un día de dura conducción.

La conversación se centró de forma muy natural en torno a Cedric, que estaba tendido junto al fuego ronroneando como una motosierra y ojeando a mi camello como si lo considerara una posible cena.

—Hace cinco años que tengo a Cedric —me dijo Henry—. Lo encontré en la pista cuando era un gatito. Llevaba un cachorro de dingo muerto en la boca. No sé de dónde salió. Su problema es que jamás ha visto a otro gato y cree que es un perro.

Para mí que Cedric tenía más motivos para creer que era un cruce entre un chacal y un jaguar, que es lo que parecía.

—Es el mejor perro guardián que jamás podría tener un hombre —prosiguió

Henry—. Puedo abandonar el campamento durante días enteros y sé que estará seguro. Con Cedric no hay quien pueda.

Cedric sacudió su única oreja al oír su nombre. Sonrió, juro que sonrió (puede que fuera una mueca), y la lumbre del fuego se reflejó sobre un largo colmillo blanco.

—Échate otro trago —me invitó Henry blandiendo la botella de ron.

—Todavía no, gracias.

Todavía me quedaba casi un tercio de botella en la taza. Henry volvió a llenar la suya.

—¿Sabes? —dijo Henry pensativamente—, he visto a ese gato darle caza a un viejo canguro —un gran macho—, cogerlo por el cuello, derribarlo y arrancarle la garganta.

No me cabían muchas dudas al respecto.

—Échate otro ron —insistió Henry.

Traté de trasegar lo que pude de aquel pútrido brebaje, pero hice muy poca mella en el contenido de mi taza.

—Eres un poco lento, ¿no? —dijo Henry, un tanto hoscamente a mi parecer. Sabía que la gente del Camino consideraba a los bebedores lentos como el equivalente social de una plaga de sapos venenosos, pero no estaba dispuesto a morir de intoxicación etílica por respetar una convención social.

Henry vació la botella en su taza y descorchó otra, solo para tenerla lista, supongo, no fuera a ser que los intervalos entre lingotazos le indujesen un síndrome de abstinencia.

—¿Sabes? —dijo Henry—, ese gato me ha salvado la vida dos veces.

—¿De verdad?

—¿Acaso no crees lo que te estoy diciendo? —me preguntó Henry en tono brusco.

—Sí, sí, claro.

Empezaba a desear que apareciera mi amigo Bill.

Los luminosos ojos azules de aquel rostro curtido me miraron fija y especulativamente, pero después se relajó y siguió con la historia.

—Sí. La primera vez fue en las inmediaciones de Birdsville. Había encerrado en un corral a un semental salvaje —un cabronazo negro enorme—, el semental salvaje más grande que yo haya visto nunca. Era un animal de lo más feroz.

Yo me estaba preguntando para qué querría nadie acorralar a un semental salvaje, que debe de ser el animal más peligroso y domésticamente inútil que hay en toda Australia, pero Henry me lo explicó.

—Quería mantenerlo con vida hasta que apareciera el camión de comida para animales, ¿entiendes? Pues fue dejar caer el riel y el maldito caballo echó la valla abajo y me embistió, relinchando como loco y rechinando los dientes. Casi me cago encima —dijo Henry arreándose un buen lingotazo de ron.

»En ese momento iba a pie —agregó a modo de explicación—. No podía correr y

el hijo de puta del caballo estaba prácticamente sobre mí; pensé que era hombre muerto.

Se echó hacia delante, con los ojos brillando a la luz de la lumbre y meneando la taza en mi dirección.

»¿Y sabes lo que sucedió entonces? Aparece Cedric como de la nada, se tira encima de la cabeza del caballo y le hinca los dientes en la nariz al muy hijo de puta. El caballo se volvió loco. Se encabritó y chilló y poco le faltó para ponerse a dar volteretas. Y allí estaba Cedric, aferrado a su nariz mientras lo sacudía como un paño de cocina en medio de una tormenta de arena, pero seguía agarrado como si la vida le fuera en ello. Finalmente, el caballo ya no pudo soportarlo más y salió disparado por el desierto como un rayo con el viejo Cedric aferrado a su nariz.

Henry terminó su ron e hizo una pausa, con la mano sobre la segunda botella.

»¿Sabes? No vi a Cedric durante cuatro días, y cuando regresó estaba más gordo y más en forma que nunca. Para mí que debió de derribar al caballo y luego se lo comió.

Henry se sirvió un ron.

»Eres un gato estupendo, ¿a que sí, Cedric?

Cedric se levantó y se estiró, sacando durante un instante sus enormes garras, que eran como hileras de cuchillos. Se acercó al fuego mirándonos a Henry, a mí y al camello como si estuviera tomando alguna decisión. Entonces, mirando la lumbre como si fuera un extraño carnívoro mutante producido por algún giro catastrófico en la evolución australiana, se acercó al camello y lo miró fijamente a los ojos.

El camello piafó y le echó el aliento. Cedric ni se inmutó. Eso demuestra lo duro que era aquel gato.

Henry soltó una carcajada:

—Ah, veo que tiene hambre. Será mejor que no tarde mucho en darle de comer. Échate un trago.

Todavía tenía bastante ron en mi taza.

—Mira que eres remolón, ¿eh?

Henry era decididamente malhumorado y agresivo.

—Ya te alcanzaré —respondí en tono conciliador, y me eché un trago.

—Sí, vale —gruñó Henry con aspecto de estar a punto de ofenderse mucho. Pero decidió no hacerlo y volvió a llenar su taza.

—De todos modos —dijo tras beberse media taza de golpe—, supongo que te estarás preguntando cómo perdió la oreja.

—Sí, en efecto —dije con entusiasmo.

—Pues eso forma parte de la historia de la segunda vez que Cedric me salvó la vida.

Un eructo ahogado de mi camello me hizo volver la cabeza y vi que Cedric seguía mirando fijamente a los ojos del pobre animal. Pero ahora Cedric tenía la cola levantada y la batía, los pelos de punta y gruñía suavemente. No me extrañaba que el

camello se hubiera puesto a eructar.

Henry vio mi cara de preocupación y dijo:

—No te preocupes. Enseguida le doy de comer y se calmará.

Al borde del anillo de luz de la lumbre, Cedric ya no parecía ni remotamente felino, sino más bien una inverosímil criatura concebida para una película de terror. Se volvió y me echó una mirada fugaz; sus ojos, el azul y el naranja, se iluminaron.

—En fin —dijo Henry—, hace un par de años estaba yo acampado por el Camino una noche cuando un malvado hijo de puta entró en mi campamento. Sabía que era malvado porque era negro. No es que todos los negros sean unos hijos de puta malvados —añadió Henry con imparcialidad—, pero este era un negro hijo de puta. Ahora, diré una cosa a su favor: estaba dispuesto a beber con un hombre.

Henry me echó una mirada hartamente significativa y volvió a llenar su taza. Esta vez no me ofreció.

Yo fui dándole tragos apresurados a mi ron, pero ya estaba medio borracho y era incapaz de bajar aquello. «Si Henry me quitara sus penetrantes ojos de encima por un segundo —pensé—, lo tiraré sobre la arena». Pero nunca me quitaba la vista de encima. Por primera vez me di cuenta de que los dos ojos de Henry eran del mismo tono que el ojo azul del gato.

—Así que nos echamos unos tragos —continuó Henry—. De hecho, nos echamos bastantes, porque aunque fuese un malvado hijo de puta era buen bebedor.

Para Henry unos cuantos tragos debía de significar algo así como un par de barriles de ron.

—En fin, que acabamos discutiendo por algo... no me acuerdo de lo que fue, ya sabes lo que pasa cuando echas unos cuantos tragos, y la discusión subió un poco de tono. Y de repente el negro hijo de puta se me echa encima con un hacha, con mi propia hacha —recalcó en tono ofendido, como si eso de algún modo empeorara las cosas.

Henry apuró su ron y se sirvió otro, de forma ostentosa y sin ofrecerme.

—Bueno, pues a esas alturas ya sabía lo bueno que era Cedric y sabía que lo único que tenía que hacer era gritar y se tiraré encima de aquel negro hijo de puta en un segundo. Así que grité, y aparece Cedric y se le tira a la garganta. Bueno, pues el hijo de puta se llevó el susto de su vida al ver a Cedric tirarse encima. Le soltó un golpe tremendo con el hacha —mi hacha— y le cortó limpiamente la oreja. Pero eso no detuvo a Cedric. No tenía miedo alguno. Se echó encima del negro hijo de puta y enseguida lo tuvo cogido por la garganta.

Henry bebió un poco más de ron e hizo una pausa. Sus ojos abandonaron mi rostro pero parecía estar mirándome el ombligo o los aledaños, así que no pude vaciar mi taza.

La pausa se prolongó. El relato parecía haber llegado a un punto muerto.

—¿Y qué pasó con el... eh... hijo de puta? —pregunté.

Henry levantó la cabeza.

—Ah, está enterrado junto al Camino.

Uno no se cree todo lo que oye por el Camino de Birdsville, pero sorprende la cantidad de cosas que uno no se cree que resultan ser la verdad pura y dura.

Me levanté.

—Bueno, supongo que debería de ir volviendo al campamento —dije.

Henry se levantó. Tenía la cara hinchada y contorsionada de rabia.

—¡Así que no piensas beber con un hombre, so hijo de puta!

Lo he visto en otras ocasiones, una y otra vez, y nunca aprendo. En cualquier parte de Australia situada al oeste del Bogan, puedes estafar a un hombre, darte a la fuga con su mujer, seducir a su hija, corromper a sus hijos e incluso robarle el perro y todavía cabe la posibilidad de que te perdone, pero como te niegues a beber con él formarás parte de la estirpe de los dingos, serás un paria irredento para siempre jamás, indigno de la bala que en caso contrario estaría encantado de descerrajarte.

—Escucha, Henry —empecé.

—¡Hijo de puta! —gritó.

Y eso, claro, activó a Cedric. Aquel gran gato malnacido me fulminó con la mirada, y luego miró a Henry, sin duda en busca de instrucciones, antes de volver a mirar al camello.

—¡Hijo de puta! —bramó Henry.

Cedric saltó. Sobre el camello.

El camello rugió y se encabritó rompiendo la soga con la que estaba amarrado. Cedric aterrizó sobre la grupa y le hincó los dientes.

El camello salió disparado rumbo al desierto con Cedric sobre su grupa, al parecer royéndola.

Henry lanzaba miradas alocadas a su alrededor. Supuse que estaría buscando su hacha. Yo di media vuelta y eché a correr rumbo al lejano resplandor amarillo donde sabía que estaba el campamento de mi amigo Bill. La letanía «¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta!» me siguió, y fue haciéndose, bendita sea, cada vez más débil mientras corría sobre la arena y las piedras.

Llegué al campamento jadeando. Al principio mi amigo Bill me recibió con cierta expresión de preocupación y de alarma, pero cuando le conté lo sucedido, perdió interés.

—Ah, sí —dijo—. El viejo Henry y su gato. Tendría que habértelo advertido. No te preocupes, mañana se le habrá olvidado todo.

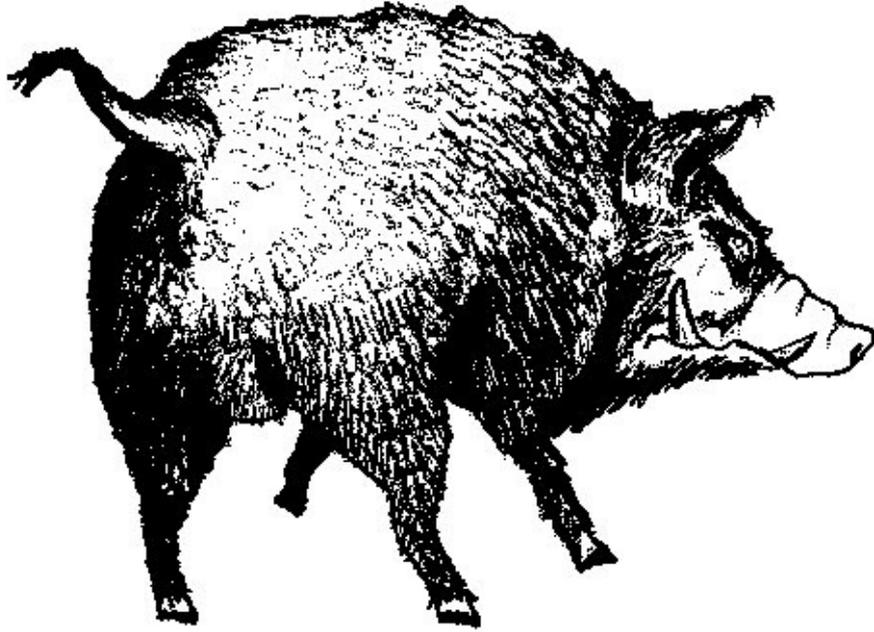
—Pero... el camello...

—Lo encontraremos mañana.

Así fue. Tenía la grupa un poco destrozada, pero no estaba herido de gravedad.

Bill tenía razón. El Camino no es como otros lugares.

## Un cerdo muy furioso



Los cerdos australianos tienen las jetas más feas del mundo. Tienen un carácter a juego. Lo sé, porque hace poco uno de ellos se esforzó muy seriamente por devorarme. Estaba en su derecho, porque yo había hecho un esfuerzo igualmente serio por abatirlo. Sin embargo, en el momento del encuentro a mí no me interesaba la cuestión moral, solo sobrevivir.

Acababa de terminar una novela titulada *Cerdo*, y la productora de cine C. C. y P. Pty Ltd había adquirido los derechos para llevarla al cine. Mientras investigaba para el libro, pasé mucho tiempo cazando cerdos en diversas partes de Australia y me consideraba poco menos que un aficionado experto en el tema de los cerdos asilvestrados. Son unas criaturas horribles que están destrozando gran parte del entorno natural australiano. Estaba exponiéndole mis puntos de vista sobre la naturaleza generalmente pestilente de los cerdos al productor, John Crew, cuando me preguntó si estaría dispuesto a viajar al oeste y conseguir un ejemplar apropiado de cerdo asilvestrado que los modeladores pudieran utilizar como base para el cerdo mecánico que había que diseñar para la película. Accedí de buena gana porque los honorarios que me ofreció estaban bastante por encima de lo que valía la misión. O eso pensaba yo. Sabía donde había cerdos en abundancia y tenía mucha experiencia en la técnica de abatirlos a tiros.

Hice planes para conducir mi Honda Civic hasta las Marismas de Macquarie, en la parte centro occidental de Nueva Gales del Sur, donde sabía que había miles de cerdos asilvestrados. Es más, ha habido cerdos en las marismas durante más de cien años y han revertido al tipo originario de la leyenda porcina: con cresta, negro, enorme y feroz.

Un par de días antes de emprender el viaje, me di un golpe en el ojo derecho contra el cierre de una ventana. Fue muy poca cosa, pero tuvieron que ponerme cuatro puntos en el párpado derecho.

A su debido tiempo, fui conduciendo hasta las marismas y solicité permiso a un granjero local para salir y abatir un cerdo.

Estaba buscando el cerdo asilvestrado más grande y más horrible que pudiera encontrar, porque el argumento de mi novela versa sobre una criatura semejante. La idea era que en cuanto abatiese al cerdo, lo cargaría en el coche y volvería corriendo a Sídney, donde los modeladores lo disecarían. Iba armado con un viejo fusil militar del calibre 303 que poseía desde hacía unos años y con el que soy razonablemente competente.

Conduje hasta un prado y aparqué el coche a unos doscientos metros de los juncos que marcan el comienzo de las marismas; después decidí que convendría limpiar el rifle, que llevaba algún tiempo sin usar. Terminé bastante pronto con esta sencilla tarea, me aseguré de llevar un cargador lleno, con seis balas y unas cuantas más en el bolsillo y me fui paseando hacia las marismas.

Hay que tener en cuenta que soy un hombre de mediana edad de costumbres habitualmente sedentarias, dado a evitar el ejercicio y a excederme con la comida y el

alcohol. En otras palabras, estoy gordo y en mala forma física. Si estuviera desarmado jamás me acercaría a un cerdo asilvestrado, pero con una 303 en las manos el más decadente de los hombres puede competir con cualquier cerdo.

Apenas había recorrido un centenar de metros desde mi coche cuando vi al verraco más grande, más feo, más negro y de aspecto más feroz que he visto en toda mi vida. Estaba al borde de los juncos mirándome con curiosidad.

Aquello era un golpe de suerte increíble, mi única duda era si podría cargar a semejante animal en la parte trasera de mi coche.

Levanté el rifle, apunté cuidadosamente y disparé, esperando con toda confianza que el cerdo tuviera la decencia de caerse redondo.

No lo hizo. Chilló de rabia y arremetió contra mí.

Estaba sorprendido porque tenía la razonable certeza de que le había dado, y la mayoría de cerdos alcanzados por una bala del calibre 303 se acuestan tranquilamente para no volver a levantarse. Pero no estaba desconcertado porque otros cerdos ya habían arremetido contra mí. Lo único que hay que hacer es seguir disparando hasta que caen. La única diferencia, en el caso de aquel ejemplar, es que era más grande que ningún cerdo que hubiera arremetido antes contra mí, pero eso significaba que era un blanco mejor de lo habitual.

Lo alineé con el punto de mira mientras se precipitaba hacia mí y, entonces hice lo que se suele hacer: me froté el ojo derecho con la mano para aclararme la vista.

Me había olvidado de los puntos que tenía en el ojo. Me arranqué uno de ellos y el párpado empezó a sangrar, cegándome a todos los efectos. De no ser porque un cerdo furioso estaba abalanzándose sobre mí con muy malas intenciones habría sido algo trivial.

Intenté apuntar con el ojo izquierdo, pero a menos que uno esté acostumbrado a hacerlo eso es casi imposible. Yo no lo estaba. Apenas pude apuntar al verraco, solo apenas. Pero no había nada que pudiera hacer salvo empezar a disparar. Empecé a hacerlo. Disparé cinco veces, y a menos que aquel verraco llevase blindaje, fallé todos y cada uno de los disparos.

Mi fúsil se quedó vacío y el cerdo se encontraba a unos cinco metros de mí.

Ahora solo me quedaba una cosa por hacer, y la hice.

Me dejé llevar por el pánico, solté el fusil y salí corriendo.

Con la escasa capacidad de raciocinio que me quedaba, me di cuenta de que mi coche estaba a unos cien metros y que no llegaría a él antes de que el verraco me alcanzara. Soy demasiado viejo y estoy demasiado gordo para correr los cien metros lisos.

No obstante, a solo unos pocos metros había un joven eucalipto de unos tres metros de altura. Me acerqué a él y trepé como un varano, hazaña que jamás podría haber realizado salvo impelido por el terror en estado puro.

El problema es que el eucalipto no tenía ninguna rama de consideración y la única forma en que podía mantenerme a la imprescindible altura de un par de metros del

suelo era rodeando el esbelto tronco con mis brazos y con mis piernas aguantando mi propio peso con la fuerza de mis músculos. Pesaba unos cien kilos. Mi musculatura no está en muy buenas condiciones.

Bajé la vista y ahí estaba el verraco, fulminándome con la mirada, rechinando los colmillos y echando espuma por la boca.

Ya empezaban a dolerme brazos y piernas de sujetarme al árbol y sabía que solo era cuestión de minutos que cayera al suelo. Cuando lo hiciera, el verraco, estaba convencido, me golpearía, me mordería y me patearía hasta matarme con considerable pericia y entusiasmo. Una sola mirada a aquel espantoso rostro bastaba para excluir cualquier posibilidad de negociación. Además, yo había intentado matarlo: él solo me estaba correspondiendo.

En esos momentos no pensaba en todo eso. La única actividad cerebral que podría describirse como pensamiento era la conciencia de que lo mejor que podía hacer era tratar de recuperar mi fusil y cargarlo.

El verraco daba vueltas al árbol con cara de estar pensando en subir a buscarme. Yo me agarré hasta que se colocó del lado opuesto a donde estaba el fusil antes de dejarme caer al suelo y correr en busca de mi arma. No sé cómo de cerca de mí estaría el verraco porque no miré, pero estaba chillando otra vez. Podía oír sus pezuñas sobre la dura tierra cocida y sin duda fue cosa de mi imaginación, pero juro que sentí su cálido aliento en la nuca.

Llegué hasta el fusil, lo cogí por la boca y di media vuelta con alguna vaga noción de tratar de volver a subir al árbol y cargarlo de nuevo. Cómo exactamente iba a trepar al árbol con un fusil en una mano era algo que no sabía. En aquel momento no me estaba comportando de un modo muy racional. En cualquier caso, era irrelevante. Tenía al verraco prácticamente encima. Con la cabeza gacha y la cola levantada, se dirigía hacia mis piernas con letales intenciones.

Hice lo que tendría que haber hecho en primer lugar. Utilicé el fusil como garrote. Sujetando el cañón con ambas manos, lancé un golpe tremendo a la cabeza del cerdo.

Fallé.

No solo fallé, sino que me caí de espaldas y perdí el fusil, que salió volando varios metros antes de aterrizar sobre la hierba mientras el verraco se aproximaba y comenzaba a devorarme.

Me había arrancado los pantalones a medias y estaba haciendo grandes progresos en lo que a mis piernas se refiere (aún conservo las cicatrices) cuando decidí que no era demasiado viejo y gordo para correr cien metros hasta mi vehículo.

Le di una patada en la jeta al verraco, me puse en pie y recorrí aquellos cien metros, estoy convencido, más rápidamente que cualquier atleta de la historia.

Logré llegar al coche una fracción de segundo antes que el cerdo (creo; no miré pero podía oír el rumor de aquellas pezuñas pisándome los talones).

La puerta estaba cerrada.

A aquellas alturas, dado que era incapaz de respirar y mi corazón de mediana

edad amenazaba con detenerse, me sentí inclinado a tenderme en el suelo y dejar que el verraco hiciera conmigo lo que quisiera. Pero con la última gota de adrenalina exprimida que penetró en mi organismo, me encaramé sobre el capó y desde ahí me subí al techo de mi Honda. El verraco chocó contra el coche con tal fuerza que la puerta se dobló. El cerdo no sufrió daño alguno, al parecer.

Me quedé hecho una bola en el tejado del coche, tratando de recobrar el aliento, desprovisto de miedo porque estaba tan cerca de expirar que era incapaz de sentir emociones y no hacía sino preguntarme si el cerdo sería capaz de subir al capó y de ahí al techo y atraparme.

Pero no podía o al menos no sabía cómo. El verraco daba vueltas sin cesar alrededor del coche fulminándome con la mirada y echando espuma por la boca.

Las llaves del coche las tenía en el bolsillo y poco a poco me di cuenta de que lo único que tenía que hacer era esperar a que el cerdo estuviera en uno de los lados del coche, bajarme del otro, abrir la puerta, meterme y alejarme conduciendo sano y salvo.

Sin embargo, el cerdo también parecía ser consciente de esa posibilidad, y no dejó de patrullar alrededor del coche, a la espera de que le ofreciera un brazo o una pierna que poder arrancarme. No había forma de que me diera tiempo a bajar y abrir la puerta.

Entonces me fijé en que la baqueta que había utilizado para limpiar el fusil estaba encima del capó. Sin darme muy bien cuenta de por qué, estiré el brazo y la cogí. Supongo que mi pobre mente desbordada por el miedo albergaba la vaga noción de que pudiera servirme de algún modo como arma. Por supuesto, era más o menos tan útil como un bastón contra un elefante furioso, pero llegado a ese punto yo había perdido la cordura. Agarré la baqueta con fuerza y la blandí ante el cerdo. Este se limitó a mirarme torvamente; no estaba nada impresionado.

Tal como yo la recuerdo, aquella situación de pulso duró varios días, pero la razón me dice que solo duró unos minutos antes de que brotara un plan de mi cerebro deshecho.

Una de las excentricidades de mi coche es que tiene una bocina muy potente, y me di cuenta de que podría tocarla con la baqueta. Esperé a que el cerdo estuviera delante del coche, donde el efecto de la bocina sería mayor, deslicé la baqueta a través de la ventanilla que estaba ligeramente abierta, y lo pulsé.

Sonó a todo trapo. El cerdo dio un salto de más de medio metro de altura, chilló, dio media vuelta y salió corriendo.

Yo me bajé del techo, abrí la puerta, la cerré de golpe y me recosté en el asiento jadeando. El hombre, a fin de cuentas, era superior al cerdo.

Ahora bien, aquel cerdo era muy resuelto. Siguió corriendo hasta llegar casi al borde de la marisma, pero entonces hizo una pausa y pareció cambiar de opinión. Dio media vuelta y nos miró al coche y a mí.

A aquellas alturas, yo estaba dispuesto a rendirme y regresar a casa. Lo único que

quería era recuperar mi 303 y pasar una noche tranquila en el motel de Quambone bebiendo whisky.

Pero el cerdo no tenía interés en poner fin a las hostilidades. Arremetió y atravesó la llanura sin que yo supiera exactamente lo que tenía en mente. Era evidente que estaba muy enfadado, y motivos no le faltaban.

Arranqué el coche y empecé a conducir en ángulos rectos para alejarme del cerdo mientras me dirigía a las verjas del prado. Las había cerrado a mis espaldas, y si aquel maldito cerdo tenía intención de proseguir el enfrentamiento no podría salir del coche para abrir la verja.

Pero al cerdo le dio por hacer el kamikaze. Se lanzó directamente contra el coche a toda la velocidad de la que era capaz, es decir, a gran velocidad. En ese momento el coche se movía a unos treinta kilómetros por hora.

El cerdo chocó contra el Honda.

El parachoques del Honda se dobló y el radiador se reventó. El cerdo sucumbió por completo.

Me quedé sentado en el coche durante diez minutos antes de abrir con cuidado la puerta y examinar el cadáver de mi adversario.

Era un cerdo muy grande.

Traté de cargarlo en la parte de atrás del Honda, pero fue imposible. No podía ni moverlo.

El Honda logró llegar renqueando hasta Quambone y un mecánico aficionado local muy listo lo dejó lo bastante apañado para que pudiera conducirlo hasta Warren, donde alquilé una camioneta y los servicios de un fornido joven. Volvimos a las marismas y cargamos al cerdo en la camioneta, tras lo cual me fui conduciendo hasta Sídney.

El verraco pesaba ciento cuarenta y siete kilos y sirvió de modelo perfecto para el cerdo asilvestrado que era el tema de mi novela.

Le presenté a John Crew una factura por los daños sufridos por mi Honda y el coste del alquiler de la camioneta, mis pantalones destrozados y la pérdida de mi 303, que nunca encontré. En conjunto, la factura ascendía a una cantidad muy superior a los honorarios que Crew me había ofrecido en un principio.

Rehusó pagar alegando que en el presupuesto de la película no había nada previsto para lidiar con tales circunstancias. De hecho, dijo que lo que me había sucedido era tan gracioso que debería de ponerlo por escrito. Yo le respondí, evidentemente, que al igual que tantas otras historias completamente ciertas, era absolutamente increíble.

Sin embargo, conservo la cabeza disecada del cerdo y a veces miro los redondos y brillantes ojos falsos de mi difunto adversario y me pregunto qué habría hecho él conmigo si la lucha se hubiera decantado a su favor.

# Oro negro



Una de las principales industrias de los yacimientos de oro situados al norte de Kalgoorlie, en Australia occidental, es estafar a los aborígenes. Estos acuden a la ciudad, procedentes del desierto, muchas veces trayendo consigo grandes pepitas de oro que encuentran en lugares extraños donde pocos hombres blancos han estado. Los lugareños les compran estas pepitas a una fracción de su valor real. A los aborígenes no les importa, dicen los mineros, porque de todos modos para ellos el oro no vale nada.

—Míralo de esta manera —me explicó un bribón nada convincente, de profesión buscador de oro—, pongamos que un negro encuentra un pedazo de oro por valor de diez mil dólares al precio actual. Para él no es más que un pedrusco dorado. Le das quinientos dólares por él y se cree que le ha tocado la lotería.

El buscador, que tenía una expresión como la de un bandicut —recelosa, maliciosa y estúpida— agregó:

—De todas formas, se lo gastan en priva.

—¿Y tú qué haces con el oro? —le pregunté—. ¿Lo envías a la fábrica de moneda y timbre?

El buscador, que se llamaba Jim, exhibió una sonrisita de roedor:

—¡Qué va! Se saca mejor precio en los pubs.

—Pero seguro que el oro tendrá un precio fijo en cualquier momento dado, ¿no?

—Pues claro.

—Y entonces, ¿por qué la gente paga más en los pubs?

Jim me miró como si pensara que estaba bromeando o era extremadamente obtuso.

—Pues será para blanquear dinero, ¿no? —dijo.

Lo miré con expresión perpleja, pues estaba desconcertado.

—Verás —me dijo Jim con paciencia—, supón que tienes unos cuantos millones en dinero sucio procedente de drogas, robo o delitos de cualquier clase, o solo un dinero que no quieres que Hacienda sepa que tienes. ¿Qué haces con él?

No tenía ni la más remota idea.

—Pues vienes aquí con una maleta llena y te sacas una concesión minera, ¿entiendes?

—No.

Jim debió de haber llegado a la conclusión de que yo era tonto sin remedio y me lo explicó con todo lujo de detalles.

—Te sientas en el pub y haces saber que quieres comprar oro, luego compras todo el que estén vendiendo a pongamos un diez por ciento por encima del precio de mercado. Todo en metálico. Nada de facturas ni de documentos. Luego mandas el oro ese a la fábrica de moneda y timbre y dices que te lo encontraste excavando, ellos te envían un hermoso cheque y dinero limpio por el que no pagas impuestos.

—¿Es así de sencillo? —le pregunté.

—Así de sencillo —dijo Jim.

—¿Y tú le compras mucho oro a los aborígenes?

—Claro. Son la mejor fuente y es mucho mejor que buscarlo tú.

—¿Y lo compras a un diez por ciento de su valor y luego lo vendes por un diez por ciento más de lo que vale?

—Sí —dijo Jim alegremente—. Fantástico, ¿no? Ganas dinero y nadie sale perjudicado.

Fue entonces cuando empecé a sospechar que la prospección de oro no era un negocio al que conviniera dedicarse si a uno le quedaba el más leve resto de honradez en el cuerpo. Pero tenía mucho que aprender.

Yo acababa de llegar a Elanora procedente de Kalgoorlie para mi primera aventura como buscador de oro. Monté el campamento a media hora en coche de la ciudad y empecé a buscar oro. Busqué denodadamente durante media hora, pero no encontré nada. Miré en torno al desierto marrón, rojo y gris atrapado bajo el cuenco azul del cielo. Era inmenso. No había duda de que por aquellos lares había mucho oro, pero también mucho desierto. Decidí que la prospección de oro no era lo mío, así que cogí el coche y me fui a la ciudad a buscar un pub. Allí fue donde conocí a Jim.

Su compañía no era muy entretenida y cuando averigüé todo lo que pude sobre el negocio del oro, regresé a mi campamento aún más convencido de que no tenía madera de buscador de oro.

No obstante, mientras conducía por la pista escasamente visible que atravesaba el desierto, sí me pregunté cómo reaccionaría si un aborígen me ofreciera un trozo de oro a una fracción de su valor.

Cuando llegué a mi campamento y me encontré a un aborígen ofreciéndome un trozo de oro a una fracción de su valor experimenté una mezcla de sorpresa y de culpabilidad.

Vi al aborígen de pie junto a mi tienda cuando todavía me encontraba a unos cinco minutos de distancia, y lo primero que pensé fue que se trataba de un toro sobre sus patas traseras. A medida que me fui aproximando más, la aparición dio paso a un hombre negro con los hombros y el pecho de un toro muy grande, una cabeza del tamaño de la de un toro muy grande, y un sombrero extraordinariamente grande con una hendidura muy pronunciada en la copa que de lejos parecían un par de cuernos. Aparte del sombrero, llevaba un par de pantalones andrajosos y nada más.

Su enorme pecho y su nariz ancha y plana estaban grises por el polvo, pero se notaba que tenía la piel muy negra. Supongo que tendría unos cuarenta años, pero su barba blanca de tres días le hacía parecer mayor.

Cuando me detuve empezó a caminar hacia el coche; al otro lado de mi tienda vi a dos mujeres aborígenes con vestidos andrajosos, sentadas en el suelo y rodeadas por varios perros. Una de ellas tenía en el regazo un pequeño canguro a medio despellejar y ninguna de las dos me miró. Los perros se estaban rascando vigorosamente.

Me sentí un poco nervioso al ver acercarse a aquel inmenso hombre medio desnudo y absurdamente tocado. Tenía aspecto de poder chafar mi coche con un solo

golpe de cualquiera de sus descomunales puños. Me acordé de vagos relatos sobre aborígenes salvajes en el desierto.

No obstante, demostró ser civilizado cuando me dijo mientras salía del coche:

—Nosdías, amigo. Me llamo Bulbul.

Tenía un acento extraño y marcado, por lo que parecía que el inglés no era su primera lengua.

Le dije cómo me llamaba y le estreché la mano. Fue directo al grano.

—Acabo de venir del monte —dijo—. ¿Te gustaría comprar un poco de oro?

Experimenté una sensación de culpabilidad y avaricia al mismo tiempo, antes de recomponerme.

—Bueno, enséñame lo que tienes —le dije sin comprometerme. A fin de cuentas, no tenía nada de malo comprarle una pepita como recuerdo a un precio justo.

Bulbul metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó una enorme pepita de oro, mayor que mi puño cerrado.

Me la tendió con la palma de la mano extendida y yo, sorprendido, la cogí; pesaba tanto que casi se me cae.

Era muy irregular y nudosa, y pesaría al menos ochocientos gramos. Al precio al que estaba el oro en aquellos días habría valido treinta mil dólares, pero por ser una pepita tan magnífica, habría valido más aún como espécimen.

—¿Te gusta? —preguntó Bulbul mirándome directamente a los ojos.

—Pues sí —dije—. Es magnífica, pero...

—¿Me la compras?

—Lo siento, no podría costearlo de...

Llevaba tres mil dólares encima.

—¿Cuánto me das por ella? —insistió Bulbul.

—Mira, lo siento, pero...

—Dame mil dólares.

Por un instante vacilé.

—¿Mil dólares? —le pregunté.

—Eso es. Dame mil dólares.

Tragué saliva. No debo tener demasiadas onzas de honradez en mi cuerpo, y rara vez tengo la oportunidad de sacarme treinta mil dólares de forma perfectamente legal.

—Venga —dijo Bulbul, que parecía muy ansioso por cerrar la transacción—. ¿Quieres?

Con cierta tristeza, me di cuenta de que era sencillamente incapaz de robar a los ingenuos nativos.

—Bulbul, amigo —le dije—, esa pepita vale al menos treinta mil dólares.

Bulbul me miró como si pensara que estaba chiflado.

—¿Eh?

—Esa pepita vale treinta mil dólares.

Bulbul me miró con cara de perplejidad:

—Yo te la doy por mil dólares —dijo por fin.

—No, Bulbul, no lo entiendes. Vale treinta mil dólares. Nunca podría pagártela a su valor real.

Se me pasó por la cabeza que, como les sucede a muchos nativos, Bulbul no entendía de cifras.

—Vale mucho, muchísimo más que mil dólares —le dije—. Llévala a la ciudad, a un pub; allí alguien te dará treinta mil dólares por ella.

Bulbul me miró pensativamente.

—¿Me llevas a la ciudad? —preguntó de repente.

Tenía el presentimiento de que aquello traería cola. Por lo que yo sabía de las costumbres locales, era improbable que nadie le diera a Bulbul treinta mil dólares a menos que se mantuviera firme. Ya me veía metido en una disputa entre este gigantesco primitivo y hordas de rapaces mineros. Con todo, parecía grosero negarse y de todas formas tenía curiosidad por ver qué pasaba.

—De acuerdo. ¡Sube! —le dije antes de vacilar e indicar con un gesto a las dos mujeres, que seguían sin mirarme—. ¿Y qué pasa con las damas?

—Esperarán —dijo Bulbul mientras subía al coche.

Con Bulbul en el asiento del pasajero no quedaba demasiado sitio para mí, pero me las arreglé para hacerme un huequito y regresamos en coche a Elanora.

Durante el trayecto Bulbul no habló. Parecía preocupado, cabe suponer porque estaba preguntándose qué iba a hacer con treinta mil dólares.

El pub estaba abarrotado, como siempre sucede por aquellos lares. Vi a Jim, el buscador de oro, que seguía solo en la barra donde yo lo había dejado y pensé que ya puestos podía preguntarle.

—Nosdías, Jim —le dije—. Aquí mi amigo tiene una pepita que quiere vender. ¿No sabrás de alguien por aquí al que pudiera interesarle?

Jim me miró primero a mí y después a Bulbul antes de que de sus rasgos de bandicut surgiera lentamente una sonrisa.

—Le has dicho lo que vale, ¿no?

Sonreí a modo de disculpa:

—Pues sí, sí le dije lo que vale en realidad. Ya sabes lo que hay.

—Hay tontos para dar y vender —dijo Jim—. Prueba con el extranjero ese de la esquina.

Al «extranjero» se lo distinguía por el hecho de ir muy limpio y bien vestido. Llevaba una chaqueta de safari y pantalones cortos con calcetines largos.

—No, lo haré yo —dijo Bulbul antes de dirigirse al forastero. Yo lo seguí y Jim me siguió a mí.

—Quieres comprar oro —dijo Bulbul sin rodeos.

—Parra eso estoy aquí —dijo el extranjero con un acento que a mí me pareció alemán.

Bulbul sacó la enorme pepita.

—¿Te gusta? —preguntó Bulbul.

El extranjero cogió la pepita y la examinó someramente.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Mil dólares —dijo Bulbul.

—¡Eh, un momento! —aullé.

No lo podía remediar. El extranjero me fulminó con la mirada. Noté que Jim me tiraba de la manga.

—La comprarré por mil dólares —dijo el extranjero mientras se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Alto ahí —dije yo, pero aquello me planteaba un dilema. No había razón en el mundo por la que un hombre no pudiera vender su oro al precio que le diera la gana. No tenía nada que ver conmigo, y yo había hecho todo lo que había podido por Bulbul.

Me di cuenta de que en el bar se había hecho el silencio y que nos observaban un montón de ojos interesados. En aquel momento se me ocurrió lo que a mí me pareció una solución espléndida.

—Bulbul, yo te compro la pepita. Te daré tres mil dólares por ella.

Ahora Jim me estaba tirando del brazo:

—Déjalo estar, idiota. Conseguirás que te maten.

Pero me mostré inflexible. Si Bulbul insistía en vender su pepita tan barata, para eso que me la vendiera a mí; así, al menos sacaría un par de miles de dólares más. El extranjero tenía cara de que en cualquier momento iba a sacar un cuchillo de hoja larga de sus calcetines y rebanarme la garganta.

—He aceptado comprar —dijo con gran frialdad—. Mil dólares.

Saqué la cartera. Sabía que contenía exactamente tres mil dólares.

—Aquí tienes, Bulbul —le dije.

Eso me dejaría sin blanca y tendría que revender la pepita inmediatamente. Haría un arreglo con Bulbul, pero después de tanto trauma me aseguraría de quedarme con una buena comisión.

Bulbul me miró primero a mí y después al extranjero con cara de desconcierto. Tendió lentamente la mano hacia el fajo de billetes que le estaba ofreciendo.

—Te pagarré tres mil quinientos —saltó el extranjero de repente.

Bulbul apartó la mano de mi fajo:

—De acuerdo.

El extranjero sacó rápidamente la cartera y contó tres mil quinientos dólares. Exasperado, golpeé la barra con los puños.

—¡Bulbul, esa pepita vale diez veces esa cantidad!

Bulbul me miró inexpresivamente y contó su dinero.

El extranjero guardó la pepita en una bolsa que estaba junto a sus pies, se levantó y se marchó del bar.

—¡Deberías ocuparte de tus propios asuntos! —me espetó por el camino.

—Desde luego —dijo Jim—. Venga, te invito a una copa. —Y volviéndose hacia el camarero, le dijo:

—Dos cervezas, Charlie.

A continuación, con gran asombro por mi parte, le dijo a Bulbul:

—¿Tú que tomas, Bulbul?

Me quedé todavía más asombrado cuando Bulbul contestó:

—Un vodka con naranja.

—Más vale que te tomes eso rápido y salgas de aquí antes de que vuelva ese tipo. No hay gran cosa que pueda hacer, pero a mí me pareció un poco peligroso.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Casi chillo, abrumado por la confusión.

—Bulbul acaba de venderle a ese tipo un trozo de hierro bañado en oro —dijo Jim.

—¿Qué?

—Ese es su negocio. Fabrica pepitas de hierro y luego las baña en oro. Solo consigue colárselas a los forasteros, porque aquí ya lo conocemos todos.

Estaba muy confundido.

—Pero ¿cómo...? O sea...

Lo que intentaba decir era que aquella no era la visión que yo me hacía de un nativo ingenuo, pero incluso en el mismo instante de formular las palabras me di cuenta de que estaba siendo un necio.

—Funde el oro y baña las pepitas en él. Es fácil. Los blancos no consiguen hacerlo sin que los pillen, pero nadie sospecha que un negro recurra a un truco semejante, y menos cuando vende tan barato.

—Pero... aquel comprador...

Jim sonrió.

—Lograste subir el precio hasta tres mil quinientos para Bulbul. Buen trabajo.

—Sí, gracias —dijo Bulbul, cuyo acento había cambiado sensiblemente—. Te invitaría a una copa, pero creo que deberíamos de ponernos en marcha.

Por el camino de vuelta le dije a Bulbul:

—Oye, como mañana al amanecer me largo de esta parte del mundo para siempre, dime una cosa: ¿dónde encuentras el oro con el que bañas el hierro?

Bulbul se volvió y me miró.

—Lo compro en el pub, por supuesto.

## El perro que amaba a los animales



A lo largo de mi vida he adoptado a varios perros callejeros, pero solo uno de ellos intentó matarme deliberadamente. Para ser justos, puede que no lo hiciera de forma deliberada; puede que estuviera trastornado. Pero eso no nos consoló demasiado a mí y a la media docena de otros hombres cuyas vidas puso en peligro.

Yo lo llamaba George. Era un retriever inglés de pelo largo. Una inmensa bola dorada con ojos llorosos, una boca tierna y triste y una constante pose de nobleza insaciable: la cabeza levantada, la mirada fija en el horizonte y una pata indicando alguna pieza de caza imaginaria.

Encontré a George en el Gran Desierto de Arena del noroeste de Australia occidental, a cien kilómetros de cualquier asentamiento humano.

Sabe Dios lo que hacía allí. Quizá se cayera de un camión que pasaba por ahí, pero no llevaba placa de identidad alguna. Lo más probable era que lo hubiera traído hasta allí alguien que luego lo abandonó sin piedad y que sabe más que yo. Yo lo adopté y lo llevé de viaje.

Era un infatigable cobrador de piezas pequeñas. Cada vez que acampaba, mientras recorría el noroeste, en el Territorio del Norte o en Queensland, George se marchaba dando saltos hasta perderse entre los matorrales, la hierba, el desierto, el bosque o los pantanos y siempre regresaba con algún ejemplar de la fauna local.

Al cabo de tres semanas de viaje me había traído cuatro bandicuts, dos tortugas, un polluelo de emú, varios lagartos, un gatito salvaje, un montón de conejos y una pitón. Esta última apareció enroscada en torno a su cuello y me costó un poco desenrollarla antes de que George expirara. Ninguna de las presas estaba dañada. La boca de George era tan suave que podía transportar un huevo crudo en ella —y a menudo lo hacía— durante una hora sin romperlo. No sé cómo atrapaba a todas aquellas criaturas. Supongo que era tan transparentemente inofensivo que se limitaban a dejar que las recogiera. Más necios si cabe. Aquello duró tres semanas; depositaba delicadamente a mis pies una sucesión constante de criaturas desconcertadas que solían quedarse allí, un tanto aturdidas, hasta que yo las espoleaba para que se largaran y volvieran a sus casas.

En cualquier caso, se trataba de una excentricidad bastante inofensiva y a mí me gustaba mucho la compañía de George. Hasta que trajo a una letal serpiente de Mulga al pub donde yo estaba bebiendo.

Estaba en la parte occidental de Rockhampton, en el centro de Queensland. Había dejado a George en el coche con las ventanillas abiertas (de lo contrario se habría asfixiado de calor) saludé con el «Nosdías» obligado al camarero (un hombre alto y de aspecto cadavérico que parecía un dingo afable pero desnutrido) y a la media docena de otros bebedores (todos hombres obesos y barbados que por algún motivo llevaban camisetas de color azul oscuro, y que tenían aspecto de wombats sobrealimentados) y pedí una cerveza.

En la barra dormía un gato enorme y desastrado, que no dio otra señal de vida que abrir un ojo y fulminarme con la mirada cuando me llevé la cerveza a los labios. Acto

seguido abrió ambos ojos, se puso en pie de golpe, arqueó la espalda, puso de punta todo su irregular pelaje, hinchó la cola y empezó a escupir furiosamente. Me volví para ver qué era lo que lo había alterado.

George estaba en el umbral y sujetaba en la boca, con las mandíbulas cerradas suavemente justo detrás de la cabeza, a la mayor serpiente de Mulga que yo haya visto jamás. Tenía la boca abierta y los colmillos claramente a la vista, sus malvados ojos echaban chispas y sacudía desenfrenadamente su largo y grueso cuerpo negro de más de metro y medio de longitud. Era una serpiente encolerizada.

La serpiente de Mulga es una de las más mortíferas del mundo. Cualquier naturalista te dirá que tiene veneno suficiente como para diezmar a un ejército, y desde luego más que de sobra como para despachar a los habitantes de aquel bar.

George avanzó tranquilamente hacia mí. Sabía exactamente lo que iba a hacer: depositar a mis pies aquel reptil furioso que se retorció sin cesar.

Yo no soy un hombre ágil. De hecho, soy cien kilos de sebo de mediana edad. Pero logré subirme a la barra de un salto y sin carrera. Los otros seis clientes también.

Dice mucho de la fortaleza australiana que cuatro de ellos llegasen hasta allí con vasos de cerveza llenos todavía en las manos. Hasta tuvieron la previsión de vaciarlos antes de lanzárselos a George.

Siete de nosotros danzábamos aterrorizados sobre la barra gritándole a George mientras el camarero cogía botellas casi vacías de los estantes y se las arrojaba.

George permaneció estoicamente de pie entre la lluvia de cristales rotos y con aire de reproche. La serpiente se sacudía sin parar y parecía estar de muy mal genio.

—George —supliqué—. ¡Vete!

George levantó la cabeza con ademán noble antes de bajarla y depositar delicadamente en el suelo a la serpiente.

Pensé que ese era el final de George. Pero la serpiente de Mulga, como todas las criaturas apresadas por George, parecía aturdida. En lugar de comportarse como una serpiente normal (hincándole los colmillos a George y largándose a toda prisa), comenzó a serpentear hacia la barra.

—¡Coge una maldita escopeta! —gritó uno de los parroquianos, y el camarero salió por la parte trasera y reapareció inmediatamente con una escopeta de dos cañones del año de la pera. Estaba muy alterado y le costó cargarla. Empecé a tener miedo tanto de una perdigonada por la espalda como de los colmillos que tenía delante.

Todo el bar se estremeció con el primer disparo, que hizo un enorme agujero en las tablas del suelo, a solo un metro de la serpiente, pero no interrumpió su inexorable avance hacia la barra.

Siete de nosotros estábamos encima de la barra en compañía de un perro encogido de miedo y un gato que escupía y arqueaba la espalda, contemplando aquella extensión de malvada muerte marrón mientras avanzaba hacia nosotros y el camarero probaba suerte con otro disparo. Logró efectuarlo pero inexplicablemente solo

consiguió hacer saltar la luna del bar. No era buen tirador.

La serpiente llegó al fondo de la barra, se irguió sobre la cola y dio todas las muestras de estar a punto de subir para ir a por nosotros.

Entonces el gato se lanzó sobre ella.

Era evidente que el gato tenía experiencia en el manejo de serpientes. Agarró a la serpiente de Mulga por la cola y empezó a tirar de ella hacia la puerta. La serpiente intentó morderlo, pero el gato tenía un truco: hacía girar la cabeza y la cola de la serpiente de tal manera que esta se encontraba temporalmente impotente. (Eso siempre da resultado con las serpientes. Si sujetas a una por la cola y la cabeza sube para morderte la mano, gira la muñeca en dirección contraria. La serpiente no podrá asestar ese mordisco. Cuando vuelva a atacar, vuelve a girar. Pruébalo alguna vez).

Estábamos todos animando entusiasmadamente al gato mientras se dirigía hacia la puerta. El camarero volvió a disparar, pero por suerte volvió a fallar. El gato casi había atravesado la puerta cuando George tuvo que intervenir. Al fin y al cabo, la serpiente era suya.

Se bajó de la barra de un salto, recorrió el trecho que lo separaba de la serpiente a toda prisa y la cogió justo por detrás del cuello. Después empezó a tirar de la serpiente y del gato hacia la barra, cabe suponer que para llevarlos hasta mí.

El trío fue avanzando lentamente hacia la barra con el cuerpo de la serpiente completamente estirado entre los dos, el gato clavando las garras en el suelo de madera y George tirando con su considerable fuerza. (Fue un mal día para la serpiente si uno lo piensa, pero en ese momento nadie lo hizo).

Ahora todos lanzábamos botellas y vasos. Algunos alcanzaron a la serpiente, otros al gato y otros a George. Ni el gato ni George hicieron el menor caso y a la serpiente seguramente le daba completamente igual.

El camarero volvió a disparar. Un mechón de pelo se desprendió de la grupa del gato; este saltó por los aires maullando, dio media vuelta y salió disparado por la puerta. Esto liberó a George de cualquier traba en su tarea de dejar a la serpiente de Mulga en la parte superior de la barra.

Así que eso hizo. Se levantó sobre las patas traseras, apoyó las delanteras sobre la barra y me ofreció la serpiente de Mulga en señal de devoción.

Yo salté de la barra como un cervatillo, al igual que hicieron los otros seis hombres al mismo tiempo que yo. Aterrizamos con un ruido sordo que hizo estremecerse el edificio y nos enredamos sin remedio mientras nos esforzábamos por salir por la estrecha puerta de atrás. El camarero trató de volar en pedacitos la cabeza de George y la serpiente con un disparo a quemarropa. Volvió a fallar.

Siete hombres forcejeando y aullando de miedo, un perro imbécil con una serpiente mortífera en la boca y un camarero sobreexcitado con munición ilimitada. No era una situación afortunada.

Entonces entró la ancianita.

Levantaría un palmo más que la barra y llevaba un par de vaqueros mugrientos y

una camisa sucia. Tenía una cara del color de las anguilas ahumadas y una nariz que le llegaba a la barbilla. Llevaba un bastón.

—¿Qué pasa aquí?

Su voz parecía el chillido de un pavo real de tono agudo, que es lo más agudo que hay en el mundo. Se hizo un silencio de muerte. Hasta George se volvió para mirar.

La ancianita vio la serpiente en la boca de George.

—¡Santo cielo! —exclamó la voz de pavo real.

Atravesó decididamente la habitación, levantó la mano libre y dio un capón a George.

Este dejó caer la serpiente y se encogió de miedo contra la barra.

Con gran habilidad, la ancianita dio la vuelta a su bastón y enganchó a la serpiente por la parte central con el mango, hecho lo cual, la levantó y atravesó el bar con firmeza, salió por la puerta y se internó bajo la luz del sol.

Todos miramos a través de la luna destrozada mientras cruzaba la carretera y depositaba a la serpiente, sin duda aliviada, en un corral vacío.

Después volvió a entrar en el bar:

—¡La cena se sirve a las seis! —le gritó al camarero.

—Muy bien, mamá —dijo este, tratando de ocultar avergonzadamente la escopeta.

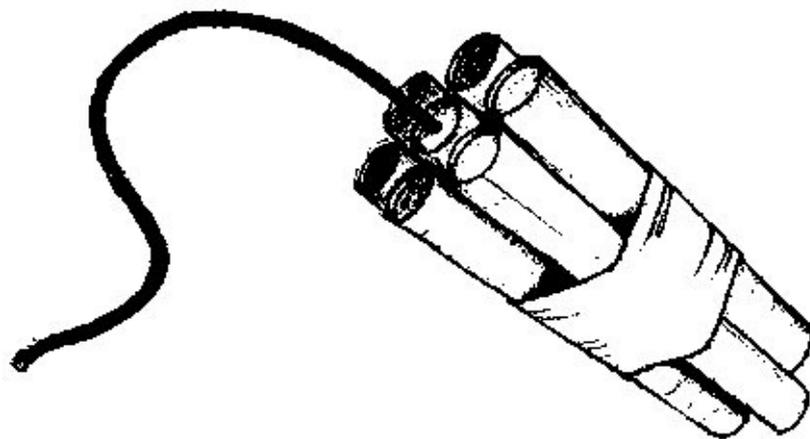
Y se marchó pisando con fuerza mientras todos nosotros recomponíamos nuestro aspecto.

Unas cuantas cervezas tranquilizadoras después, el gato reapareció; al parecer, no estaba herido de gravedad. Se acercó decididamente a George, lanzó una mirada furiosa a su noble rostro y le propinó un tremendo zarpazo en la nariz.

George huyó hacia el coche.

A mí me parece que el gato hizo bien.

## El minero loco



Uno de los muchos defectos que tengo es que me cuesta mucho distinguir a los locos de atar de las personas cuerdas. Puede que sea porque se trata de una distinción sutil, o a lo mejor es que yo soy ligeramente retrasado.

En cualquier caso, este defecto me llevó a encontrarme a veinte metros bajo la superficie calcinada por el sol del centro de Australia, y a estar a punto de volar en pedazos, o ser enterrado vivo, o ambas cosas.

Todo empezó, como sucede con muchas de mis desventuras, en un pub. Había llegado a Coober Pedy en el transcurso de mis viajes, y como hacía una temperatura de cincuenta grados a la sombra, me fui derecho al bar más próximo.

Allí conocí a Bert. Medía unos dos metros, era increíblemente flaco y también muy peludo. Tenía los pies, los brazos, el pecho y la espalda, todo lo cual estaba desnudo, así como la cara y la cabeza, cubiertos de un fino pelo rosado. El tono rosado se debía al polvo incrustado que delataba su condición de minero de ópalo. Tenía unos amarillentos dientes salidos y era exactamente igual que un hurón muy largo, rosado y peludo levantado sobre sus patas traseras.

En la barra contrastábamos curiosamente porque yo, aunque no sea mucho más bajo que Bert, soy de grandes proporciones. Un alma caritativa me describiría como corpulento. Mi médico dice que estoy desmesuradamente gordo. Para Bert yo era como una morsa es a una anguila.

No obstante, Bert y yo no tardamos en hacernos grandes amigos de barra al modo de Coober Pedy y siguiendo los canales habituales de conversación en el Oeste.

—Nosdías.

—Nosdías.

—¿Hace calor, eh?

—Así es.

—Mucho.

—Muchísimo.

—Sí.

—Sí.

Ya convertidos en íntimos, le confié a Bert mi ambición de explorar una mina de ópalo, que era uno de los motivos que me habían traído a Coober Pedy. Como esperaba, al cabo de unas cuantas cervezas más, Bert me llevó a su mina, que estaba a unos quince kilómetros de la ciudad.

Me desconcertó bastante descubrir que iba a descender a la mina encaramado a un gran cubo de hierro, agarrado a un cable y bajando gracias a un cabrestante con motor de gasolina. Le tengo mucho cariño a mi vetusto cuerpo y carecía de la pericia atlética que requería el descenso.

Pero tampoco era tan malo. El pozo era tan estrecho que no podía caerse. De hecho, lo era tanto, estaba tan evidentemente hecho a la medida de Bert, que temí quedar atrapado en él. Logré pasar por muy poco pero me encontré en una gran caverna fresquísima iluminada con la luz eléctrica que generaba el mismo motor que

hacía funcionar el cabrestante.

El cubo subió a recoger a Bert y yo me sentí solo a veinte metros de la superficie del desierto, dentro de aquella cámara de paredes, suelo y techo toscamente labradas y decoradas con los preciosos tonos amarillos, marrones, rojos y blancos de una mina de ópalo.

En uno de los extremos de la cámara había un túnel, más bien estrecho y de un metro de largo, que conducía a otra cámara.

Entonces Bert apareció a mi lado.

—Aquí, amigo —dijo mientras atravesaba como un hurón el túnel para acceder a la siguiente cámara. Yo lo seguí con cierta dificultad porque el túnel apenas era lo bastante ancho para abarcar mi contorno, pero logré pasar a duras penas, dañándome los pantalones y la camisa ligeramente.

La segunda cámara era una réplica de la primera, salvo que en el suelo había muchos escombros y los rudimentos de un pozo horizontal. Evidentemente, ahí se seguía trabajando.

Había herramientas y cajas por todas partes y también una pequeña nevera de la que Bert sacó de inmediato unas cuantas latas de cerveza heladas. Nos sentamos, apoyados contra las paredes de la mina y nos tomamos una o dos, quizá varias, mientras Bert me explicaba en qué consistía la minería de ópalo.

No me gusta demasiado estar bajo tierra, en cuevas, túneles o minas, porque tengo un pavor neurótico a que se desplomen sobre mí. Ahora bien, tengo muchas neurosis y esta se desvaneció bajo los efectos reconfortantes del frescor, la cerveza y el tono de voz un tanto sibilante de Bert. Hablaba, o eso me parecía a mí, como me imaginaba que hablaría un hurón: de forma entrecortada, y con un tono ronco y sibilante.

—De todos modos, tengo que hacer una ahora, así que lo verás —dijo Bert.

Como no sabía de qué me estaba hablando, di por hecho que debía de haberme quedado dormido.

Cogió un pico y excavó un pequeño agujero en el otro extremo del nuevo pozo. Después sacó de una caja un paquete que parecía un cubo de papel de estraza grasiento rodeado de alambres. Era del tamaño aproximado de un gran cantalupo y de él sobresalía lo que parecía una larga mecha de las que llevan los fuegos artificiales.

Miré, desconcertado y ligeramente alarmado, mientras Bert incrustaba aquel objeto en el agujero y lo tapaba con escombros.

Me sentí muy alarmado cuando sacó una cerilla y encendió la mecha, que empezó a silbar y chisporrotear de forma amenazadora.

—¿Qué demonios es eso? —pregunté mientras me ponía de pie de un salto (bueno, incorporándome rápidamente).

—Solo es una carga —dijo Bert—. Ya te lo he dicho. De pólvora. Las hago yo mismo.

—Pero ¿la has encendido? —le pregunté, con un tono de voz inexplicablemente

chillón.

—Claro —dijo Bert—. Eso es lo que la hace estallar.

—Pues maldita sea —grité—, ¡salgamos de aquí!

—Tenemos tiempo de sobra —dijo Bert—. Es una mecha larga.

—Pero ¿por qué la has encendido?

—Para extraer un poco de tierra —me respondió Bert en tono razonable.

—Pero ¿por qué la has encendido ahora?

—Para asegurarme de que no se apague.

Esto último superaba mi capacidad de comprensión.

—De todos modos, tenemos tiempo de sobra —me aseguró Bert—. Tómate otra cerveza.

Y el muy desgraciado se agachó, sacó más latas y me ofreció una.

—Al diablo con eso —dije mientras contemplaba horrorizado el crepitar de la chispa blanca, que para mí se movía a una velocidad terrible hacia la carga mortífera oculta—. Yo me largo de aquí.

Y me fui hacia el túnel.

—Vale, aguanta un momento —dijo Bert con resignación—. Tengo que poner en marcha el cubo.

Atravesó el estrecho túnel imitando, como de costumbre, los movimientos de un hurón. Yo me lancé tras él, imitando, como de costumbre, los movimientos de un gordo aterrorizado.

Me quedé atrapado en medio del túnel. Igual que un corcho demasiado grande metido en un cuello de botella demasiado estrecho, me quedé atascado.

Con la cabeza y los brazos en una cámara y las piernas, que no paraba de agitar, en la otra, estaba atrapado, como un enorme tapón de carne viva y palpitante, atascado sin remedio, a tres metros de aquella maldita bomba.

Más tarde, me di cuenta de que los fluidos y los gases de las cervezas que me había tomado habían aumentado mi circunferencia. Con tiempo, y dejando que la naturaleza siguiera su curso, habría logrado liberarme. Pero la naturaleza no iba a ser ni remotamente tan veloz como aquella chispa silbante que recorría la mecha conectada al paquete de pólvora.

—¡Sácame de aquí! —le grité a Bert, que estaba enredando con el mecanismo del cubo.

—¿Qué pasa? —preguntó gentilmente Bert.

—¡Estoy atascado! —grité—. ¡No puedo moverme!

—Ah —dijo Bert con cierto interés, y se acercó, me agarró de los brazos y tiró con mucha fuerza. Era delgado, pero también era ágil y tenía una fuerza enorme, y lo único que logró fue casi dislocarme los brazos. Como mucho, me había dejado más atascado que antes.

—Más vale que salgas de ahí, amigo —volvió a decir en tono gentil—. Eso de ahí detrás va a estallar, ¿sabes?

—¡Ya lo sé, maldita sea! —chillé—. ¡No puedo moverme!

—Quizá deberías volver atrás y arrancar la mecha —sugirió Bert.

Aquello tenía sentido, así que intenté volver atrás. No sirvió de nada. Mis brazos y mis piernas eran inoperantes. Solo podía usar mis abdominales. En circunstancias normales no me eran de gran utilidad. En estas circunstancias, eran completamente inútiles.

—¡Empuja! —le supliqué jadeando a Bert, que observaba mis esfuerzos con una objetividad clínica. Me empujó la cabeza y poco le faltó para romperme el cuello. No me moví ni una pulgada.

—Oye, escucha —dijo, no en un tono de voz urgente, pero por lo menos con una leve muestra de preocupación—, será mejor que salgas de allí, porque eso va a explotar. Y podría hacer que se colapse el techo.

Generalmente habría enarcado una ceja para acallar semejante imbecilidad. Dadas las circunstancias, grité:

—¿Qué demonios crees que estoy haciendo, imbécil?

Ofendido, Bert se apartó.

—¡Sácame de aquí, idiota! —bramé.

Bert lo meditó un instante y decidió que valía la pena intentarlo. Cogió un pico y empezó a emprenderla con el túnel a escasos centímetros de mi cabeza.

Cerré los ojos con fuerza y me pregunté si la muerte sobrevendría como consecuencia de una explosión a mis espaldas o un golpe de pico entre ceja y ceja.

—Este suelo es de lo más duro —comentó Bert mientras descansaba un instante para enjugarse el sudor de la frente—. Dudo que lo logre a tiempo.

—¿Y? —chillé.

Bert me miró pensativamente, o más bien a lo que veía de mí: una cabeza barbuda y aterrorizada, y dos brazos que sobresalían de la tierra y se agitaban frenéticamente.

—Bueno —dijo Bert—, va a ser un problema. —Y pensando un poco más, agregó:

—Date cuenta, amigo, la explosión se va a producir dentro de nada.

—Eso lo sé. ¡Por Dios, sácame de aquí!

—Ese es el problema, amigo. No puedo. No tiene ningún sentido que me quede aquí. ¡Buena suerte, amigo!

Y el tiparraco echó a caminar hacia el cubo.

—¡No puedes dejarme aquí! —chillé.

—No tiene ningún sentido que muramos los dos —me contestó él muy razonablemente.

Lo miré boquiabierto. Detrás de mí había una bomba a punto de explotar, y delante tenía a un hombre que era una mezcla de hurón y Judas a punto de abandonarme. Mi carcasa ya estaba alojada en su tumba. Dentro de unos instantes iba a convertirme en una masa sanguinolenta enterrada para siempre bajo el desierto. No valía la pena pensar en lo que quedara de mí.

—Oye, Bert —le rogué.

—No pretenderás vivir eternamente, ¿verdad? —filosofó antes de apoyar un pie en el cubo.

No tenía tiempo para explicarle que la vida eterna era una de mis grandes ambiciones.

—Oye, Bert —gimoteé.

Hizo una pausa de nuevo, como si fuera a consolarme. Y eso fue su ruina.

La bomba estalló con un ruido sordo.

Noté una presión enorme en el trasero, como si una pared de ladrillos hubiera dado un súbito salto hacia delante y hubiera chocado contra mí.

Entonces todo empezó a moverse muy lentamente.

Salí volando del túnel igual que un artista de circo disparado por un cañón. La única diferencia era que para mí todo aquello estaba sucediendo de forma muy lenta.

Oí un enorme eructo como a lo lejos, y hasta me dio tiempo de darme cuenta de que lo había expulsado de mi estómago la presión de la explosión que me estaba haciendo atravesar el túnel.

Iba volando por los aires, y Bert estaba directamente delante de mí, encogido de miedo mientras mi inmensa mole se le venía encima. Él era lo único que había entre mí y la pared rocosa de la caverna.

Él levantó los brazos para intentar protegerse. Yo, de forma bastante cruel, imparcial y al parecer con todo el tiempo del mundo, dejé caer mis propios brazos y golpeé deliberadamente a Bert en pleno centro del pecho con el hombro derecho.

Su angustioso aullido fue música para mis oídos.

Acabamos enmarañados en el suelo, entre nubes de humo y polvo malolientes.

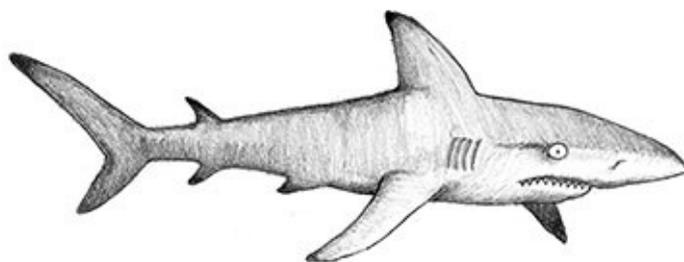
Bert se estaba sujetando el estómago y se esforzaba por recobrar el aliento. Yo, quitando unos arañosos y el destrozo de la ropa, estaba bien. El enjuto cuerpo de Bert había sido un excelente colchón entre mi persona y la rigidez de la pared. Si Bert había resultado herido de muerte, me importaba un bledo.

No había sido así. Solo se había quedado sin aliento.

Finalmente lo recobró y con una mirada llena de reproche, me condujo hacia el cubo, me subió, me siguió unos instantes después y me llevó en coche a la ciudad. Me dejó a las puertas del pub y se marchó sin decir palabra.

Pero claro, las amistades que se hacen en los pubs rara vez son duraderas.

## Encuentro en el arrecife



La mayor fuente de problemas de mi vida es que no paro de encontrarme con gente amigable en bares. No solo estimulan mi tendencia natural al alcoholismo, sino que me meten en toda clase de líos en los que preferiría no meterme. La gente amigable me ha acosado en los bares desde que empecé a frecuentarlos, es decir, hace muchísimo tiempo.

Pero nunca había conocido a una persona amigable en un bar que me metiera en más líos que Bill. Todo en cuestión de quince minutos.

Conocí a Bill en un bar de Airlie, en el norte de Queensland, un excelente punto de partida desde el que dirigirse a la Gran Barrera de Coral. Era uno de aquellos gigantescos jóvenes que se ven por ahí arriba, moreno y musculado por todas partes, con la transparente mirada azul del bebedor de ron empedernido. Era feo pero amigable, como un gorila.

Me dijo que había venido recientemente a Airlie para montar un negocio como instructor de submarinismo. Yo me interesé de forma cortés pero puramente teórica por el submarinismo, que nunca había probado y que no me apetecía especialmente probar, porque apenas sé nadar, estoy gordísimo y los tiburones me dan un temor morboso. Mi miedo a los tiburones es totalmente irracional y no pretendo justificarlo. Sé que los vehículos de motor son mucho más peligrosos, y los vehículos de motor no me inspiran ningún miedo. Pero más de una vez he salido a toda prisa de un riachuelo de agua dulce situado quinientos kilómetros tierra adentro al ver aproximarse la sombra completamente imaginaria de una aleta triangular surcando el agua. Traté de explicarle aquella neurosis a Bill.

—Los tiburones de arrecife no muerden—dijo con brío—. Venga... pruébalo. Es como caerse de un tronco, lo puede hacer cualquiera. De todas formas, yo cuidaré de ti. Venga, pruébalo.

Tengo una gran regla para la vida que me ha permitido sobrevivir durante bastante tiempo: no aceptar nunca un desafío. Por desgracia, a veces este encomiable principio tiende a disolverse en ron, sobre todo a las diez de la mañana.

Después de entregarle a Bill una suma no muy grande de dinero (sospeché que yo no era más que la última víctima de su forma habitual de cazar clientes), me encontré en una gran lancha motora recorriendo a gran velocidad las cristalinas aguas del Pasaje de Whitsunday.

En poco menos de dos horas, estaba a ochenta kilómetros de Nueva Zelanda y el barco estaba anclado encima de una barrera de coral. La parte superior estaba solo a un metro por debajo de nosotros, pero a seis metros estaba el borde donde un acantilado de coral se había desprendido y caído sobre un oscuro, lejano y turbio lecho marino. Al norte, al sur, al este, y al oeste no se veían más que inquietas aves marinas, a la espera, supuse, de dejar limpios los huesos de hombres muertos.

Por el camino, en el potente y seguro barco con mis mechones canosos al viento, me sentí como un patriarca rumbo a la aventura. Quizá fuera cosa del ron. En cuanto echamos el ancla y me asomé a aquellas aguas ricas y coloridas y me pregunté lo que

las habitaría, volví a convertirme en el cobarde que soy por naturaleza. Cualquier sombra borrosa que veía en el agua era para mí un enorme y hambriento tiburón devorador de hombres.

—Ay —dije de forma afectada—, me olvidé de traer un traje. Qué lástima. No importa, Bill, entra tú y yo miraré.

—A los peces no les importará —dijo Bill enfilándome con la mirada—. Venga, quítate la ropa para que te ponga el equipo y veas cómo funciona.

Era una situación muy complicada de la que salir, salvo que declarase abiertamente que la idea de sumergirme en aquel elemento extraño rebosante de formas de vida, sin duda feroces, me aterraba.

Así que dije:

—Me temo que la sola idea me aterra, Bill. Los tiburones y tal, ¿sabes?

—Los tiburones de arrecife no muerden —repitió Bill con impaciencia—. Venga, quítate la ropa.

Lo hice. Enseguida estuve desnudo en el barco, dando un espectáculo poco grato, y Bill me fue colocando un chaleco hidrostático, una botella de oxígeno y un tubo de respiración, una máscara, un cinturón de lastre y aletas. En conjunto, todos estos elementos debían de pesar media tonelada.

Bill me dio unas instrucciones someras.

—Para bajar giras esto en esta dirección, y para subir lo giras en sentido contrario —dijo señalando una válvula de mi chaleco—. Estarás perfectamente seguro, y yo estaré contigo en todo momento. Solo hay una cosa de la que tienes que preocuparte, y es no dejar de respirar.

—Tengo esa costumbre —dije a la defensiva.

—Sí —dijo Bill—, pero a veces la gente se lleva un susto, sube de repente y se olvida de respirar. El aire que tienen en los pulmones se comprime y se expande al subir. Si no siguen respirando, les estallan los pulmones. Mal asunto.

—¿Por qué debería de asustarme? —pregunté nerviosamente.

—Ah, nunca se sabe —dijo Bill distraídamente—. Ah, por cierto, si notas dolor en los oídos, suénate la nariz. Te lo quitará.

—¿Y cómo me sueno la nariz con la máscara puesta?

—Tú suénate —dijo Bill. Empezaba a tener ciertas dudas sobre él.

Me dio algunas instrucciones generales más y concluyó:

—Ahora lánzate por la borda y practicaremos en aguas poco profundas.

Yo no soy dado a lanzarme en circunstancia alguna. Con media tonelada de equipo puesta, era completamente incapaz. Pero ya había conseguido meter medio cuerpo en aquellas aguas cálidas cuando Bill me dijo:

—Eso sí, no vayas a pisar a un pez piedra. Son mortíferos.

Dejé de meterme.

—¿Cómo sé dónde hay uno?

—Ahí está el problema —dijo Bill—. No se ven.

Bill empezaba a preocuparme. Traté de salir del agua para seguir debatiendo el tema, pero sin su ayuda era imposible, y no me estaba ayudando. Estaba dentro del agua ayudándome a meterme en ella también.

Me quedé a su lado, con el agua hasta la cintura, notando el crujido del coral bajo mis pies y esperando que de un momento a otro la púa letal del pez piedra atravesara mis preciosas y encogidas carnes.

—De acuerdo —dijo Bill—, ahora siéntate y respira.

Tras encomendar mi alma a Dios y mi cuerpo a las profundidades, me senté y respiré.

Fue sorprendentemente fácil y de una belleza alucinante. Una experiencia maravillosa. La impresión y el asombro de poder respirar bajo el agua quedaron eclipsados por la impresión y el asombro que me causó el universo de la barrera de coral —las nubes de minúsculos peces plateados, los peces multicolores y multiformes que se deslizan entre el calidoscopio de coral, las maravillosas algas ondulantes y las estrellas de mar amarillas—, eso que todos habéis visto en celuloide.

Pero hacerlo, estar ahí abajo entre todo aquello y respirando es otra cosa. Empezaba a disfrutar enormemente. Durante cinco minutos fui más feliz que una perdiz chapoteando por ahí y mirándolo todo con la espalda calentada por el sol y la tripa prácticamente rozando el fondo del mar. El submarinismo es estupendo. Dentro de un metro de agua.

Al cabo de unos cinco minutos de aquella dicha, Bill dijo:

—Está bien, vamos a bajar —y se dirigió a unas aguas profundas situadas más allá del borde del arrecife.

Traté de protestar aduciendo que estaba muy bien donde estaba, pero Bill siguió nadando. Miré en torno a aquella gran extensión de agua sin ver ni pizca de tierra y decidí que prefería irme con Bill antes que quedarme donde estaba, yo solo. Fue un error.

Bill me aguardó a unos metros del arrecife y entonces dijo:

—Asegúrate de que no tocas ningún coral de fuego, porque el dolor es insoportable.

—¿Qué es el coral de fuego?

—Lo sabrás cuando lo veas.

Bill introdujo el extremo del tubo de respiración entre sus grandes dientes blancos de gorila, y antes de sumergirse, sonrió alegremente con cara de loco. Aquel tipo empezaba a desagradarme.

Me planteé la posibilidad de regresar al barco, pero sabía que no podía subir a bordo sin ayuda y no me gustaba nada la idea de estar solo en aquel océano infinito con Dios sabe qué observando mi cuerpo indefenso y aquellas malditas aves marinas rondando, estaba convencido, con hambrienta expectación.

Hice girar la válvula y me sumergí, respirando de forma consciente y furiosa.

Una vez más, el asombro que todo ello me causó casi se sobrepuso a mi temor.

Allí estaba el acantilado de coral, una imponente pared de colores ondulantes y cambiantes. Las aguas claras e iluminadas por el sol que me rodeaban estaban repletas de peces. A mayor distancia vi moverse algunas formas más oscuras que me aterraban, pero entonces el mundo de colores encendidos y burbujas me cautivó mientras descendía lentamente por la pared del acantilado.

Pero ¿dónde demonios estaba Bill?

El problema de las máscaras es que solo puedes ver lo que tienes directamente delante. No tenía a Bill directamente delante. Traté de volver la cabeza sin demasiado éxito, y luego logré girar todo el cuerpo. Pero seguía sin poder ver a Bill. ¿Le habría atacado algo? De repente me sentí terriblemente solo, hundiéndome cada vez más, rumbo a las oscuras profundidades, donde sin duda acechaban horrores sin nombre.

Decidí que quería ver el sol, y enseguida. Giré violentamente la válvula de mi chaleco y me hundí como una piedra.

Con lo que me quedaba de capacidad de raciocinio, me di cuenta de que había girado la válvula en el sentido que no era.

Así que la giré con fuerza hacia el otro lado y salí disparado hacia la superficie como un corcho.

Durante un instante me sentí casi aliviado; entonces me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Los pulmones, —estaba seguro por la presión que notaba en el pecho—, estaban a punto de salirme por la boca. Volví a girar la válvula para ralentizar mi subida y comencé a respirar como un fondista al final de una maratón.

Me llevó mucho rato lograr un grado de calma relativa y cuando lo hice me di cuenta de que no iba hacia arriba ni hacia abajo. Había logrado accidentalmente un estado de flotación neutral y estaba suspendido a unos diez metros de la superficie y a un par de cientos de metros del fondo. Pero al menos tenía tiempo para pensar. Pensé. ¿Dónde demonios estaba Bill? Repetí mi truco para girar, pero no se lo veía por ninguna parte.

Pero lo que sí vi, a apenas tres metros y en la dirección en la que me iba moviendo lentamente, fue una enorme masa de coral rojo encendido que no podía ser sino el coral de fuego sobre el que Bill me había advertido. Tenía razón. Lo supe cuando lo vi.

Casi completamente repuesto ya, pataleé con las aletas para alejarme del horror escarlata. Me moví casi un metro hacia él.

—¡Bill! —chillé.

Eso tuvo el efecto obvio de sacarme el tubo de respiración de la boca. Cuando conseguí colocármelo de nuevo y engullir desesperadamente algo de aire, me encontraba a un par de metros y ligeramente por debajo del coral de fuego que sobresalía del acantilado principal. Si trataba de subir me metería de lleno en él.

No lograba comprender por qué había perdido el control del rumbo y volví a intentarlo, pataleando hacia la izquierda con ambas piernas. El impulso me lanzó directamente contra la pared de coral. Brotaron pequeños chorritos de sangre de una

docena de minúsculos cortes en mi barriga que se mezclaron con la magnificencia de bulliciosos colores que me rodeaba. Estaba perdiendo rápidamente todo interés por la estética.

Traté de eludir el coral con las manos y también me las corté. El coral de fuego estaba encima, y el coral común me estaba haciendo trizas. No parecía capaz de moverme en la dirección en la que quería y empezaban a dolerme los oídos. No estaba contento.

Entonces vi a Bill deslizándose expertamente hacia mí con una aleta en la mano. Por eso no podía controlar mi rumbo: había perdido una aleta. Y por eso no había visto a Bill: estaba recuperándola. Me la puso, señaló el coral de fuego, sacudió la mano a modo de advertencia, y entonces me apartó del acantilado. Había muchos más peces nadando por los alrededores, al parecer interesados en mi sangre. Una idea repugnante.

Bill me acercó su rostro al mío. Parecía una gárgola rodeada de burbujas y sonriendo demencialmente. Quería volver a casa.

Bill levantó la mano con el pulgar hacia arriba.

Se trataba de una señal acordada de antemano para preguntar si todo iba bien, pero se me había olvidado. Yo la interpreté en el sentido de que me estaba preguntando si quería subir. Levanté el pulgar a mi vez y señalé vigorosamente hacia la superficie.

Bill asintió, esbozó otra sonrisa de chiflado, se volvió y bajó haciéndome gesto de que lo siguiera.

De haber sido práctico llevando puesta una máscara, habría llorado.

Deseaba dos cosas desesperadamente: llegar a la superficie y no perder de vista a Bill. Ambas aspiraciones eran irreconciliables, así que elegí a Bill. Ajusté mi válvula, bajé la cabeza, pataleé y empecé a internarme más en aquellas extrañas y maravillosas profundidades tras él, ahora relativamente distante.

Entonces vi al tiburón.

Era un tiburón de arrecife, un esbelto rayo gris-negro poderoso y aerodinámico, que se movía sin esfuerzo aparente. Mi mente me decía que no atacaría. Mi corazón me decía que estaría enloquecido por la sangre que seguía manando moderadamente de las pequeñas heridas de mi estómago y mis manos y que en breve me haría trizas. Eso me habría convertido en el primer hombre en la historia en morir a manos de un tiburón de arrecife. No era así como quería que me recordaran.

«Sigue respirando», me dije a mí mismo. El recordatorio no era necesario; estaba jadeando de miedo.

El tiburón desapareció en algún lugar donde no me alcanzaba la vista. Estaba convencido de que acechaba a mis espaldas. Mi desnudez empeoraba las cosas. Una nalga descubierta ofrecida a un tiburón de arrecife produce una sensación de vulnerabilidad aguda.

Aún podía ver a Bill. No estaba muy por debajo de mí y gesticulaba con emoción

mientras me indicaba que bajara. En ese momento me inspiraba unos sentimientos decididamente ambivalentes. Por una parte quería matarlo, y por otra quería que me rodeara con sus musculosos brazos y me llevara rápidamente de vuelta al barco. Bajé a donde estaba, decidido a comunicarle de algún modo mis necesidades.

Lo agarré del hombro y comencé a hacer todos los gestos que se me ocurrían para hacerle saber que quería que me sacara de ahí, lejos de las muchas modalidades de muerte que me amenazaban, entre ellas un infarto de miocardio inducido por el terror.

Bill sonrió. Dios, cómo odiaba aquella sonrisa. Estaba señalando algo que estaba al borde de la oscuridad y que constituía la capa inferior de nuestro mundo.

Era un gran pez de colores.

Bill me agarró de los brazos y sacudió la cabeza. Era evidente que quería que me quedara quieto. Convencido de que se debía a que el tiburón iba a atacar o que estaba a punto de suceder algo igualmente espantoso, y de que Bill quería tener libertad de movimientos para protegerme, lo solté y permanecí quieto.

Bill salió como un rayo hacia el maldito pez de colores.

¿Por qué quería investigar a un pez de colores? Las aguas estaban llenas de peces de todos los colores que a Dios se le ocurrieron jamás y unos cuantos más. Pero claro, no era un pez de colores. Aquel bicho debió de estar a gran distancia la primera vez que lo vi, pero ahora Bill lo estaba guiando hacia mí. Según se iba acercando se fue haciendo cada vez más grande hasta adquirir las proporciones de una ballena. Era un pez enormemente gordo con una expresión de ancestral maldad diabólica y una cola pequeña y gruesa. Era como una especie de carpa obesa y descomunal que se movía hacia mí como un dirigible pisciforme, relamiéndose, estaba convencido, sus gruesos y fofos belfos.

Algún fragmento de recuerdo de mis estudios de historia natural me dijo que se trataba de un *groper*, pero no conseguía recordar si los *groper* comían seres humanos o no. No importaba. Si ningún *groper* había devorado carne humana con anterioridad, este no dejaría de devorarme a mí. Ni siquiera me reconfortó el hecho de que Bill lo estuviera pinchando y pateando, espoleándolo hacia mí.

Ahora el maldito bicho estaba tan cerca que parecía tan grande como un edificio de diez plantas. Una vez abrió la boca y la cerró, como hacen los peces, y tuve una visión aterradora de incontables dientes y el enorme y oscuro agujero de una garganta por la que sin duda iba a deslizarme a no tardar. Bill volvió a patearlo; el pez volvió sus grandes ojos hacia un lado y puso cara de descontento.

Entonces, a mi derecha, volví a ver a aquel maldito tiburón, o a uno que se le parecía mucho. Sin duda, aquellas aguas estaban infestadas de aquellos bichos. Este se limitaba a rondar, cabe suponer que babeando por sus horrendas mandíbulas, evidentemente esperando recoger cualquier pedacito de mí que se dejara el *groper*. No estaba contento.

Yo pensaba que mi temor era devorador, pero por difícil que resulte creerlo, una espantosa punzada de dolor en la cabeza me hizo olvidarlo. De pronto mis oídos

empeoraron mucho. Estaban a punto de estallar. Me dejé llevar por la corriente hacia la barrera de coral, olvidándome de si respiraba o no, desquiciado por el miedo y el dolor y sin otro deseo que maldecir a Dios y a Bill y morir rápidamente. Estaba fatal.

Una última chispa del instinto de conservación me indujo a intentar sonarme la nariz para despejarme los oídos. Lo único que logré fue expulsar el tubo de respiración.

Para entonces estaba realmente desmoralizado, y Bill, al verme buscar a tientas el tubo, dejó de jugar con el *groper*, se acercó a toda velocidad y volvió a conectarme al suministro de aire. Chupé con fuerza. No había aire. Para entonces mi angustia debía de resultar evidente hasta para alguien tan insensible como Bill. Miró con expresión incrédula mi regulador de presión. Después me miró de forma penetrante.

Yo lo miré con desesperación y contuve la respiración.

Sin vacilar, Bill recogió su poderoso brazo derecho y hundió su puño cerrado con increíble violencia en mi blando plexo solar.

Recuerdo haber visto salir de mi boca una gran burbuja de agua y verla rodar hacia la brillantez irisada de la superficie, a veinte metros. Luego creo que debí desvanecerme, porque lo único que recuerdo es un ascenso asfixiado, aturdido entre burbujas plateadas y de color.

Cuando recobré plenamente la conciencia, estaba tendido de espaldas en el agua junto al barco; Bill mantenía mi cabeza fuera del agua.

En ese momento lo quería mucho, pero había un gran interrogante que seguía sin respuesta.

—¿Por qué me has pegado? —le pregunté en tono lastimero.

—Te habías quedado sin aire —me dijo en tono muy razonable—. Debías de estar respirando a un ritmo diez veces superior a lo normal. Tenía que sacarte a la superficie. Si te hubiera hecho subir con los pulmones llenos habrías explotado. Así que tuve que sacarte el aire. Es el procedimiento habitual.

—Ah —dije yo.

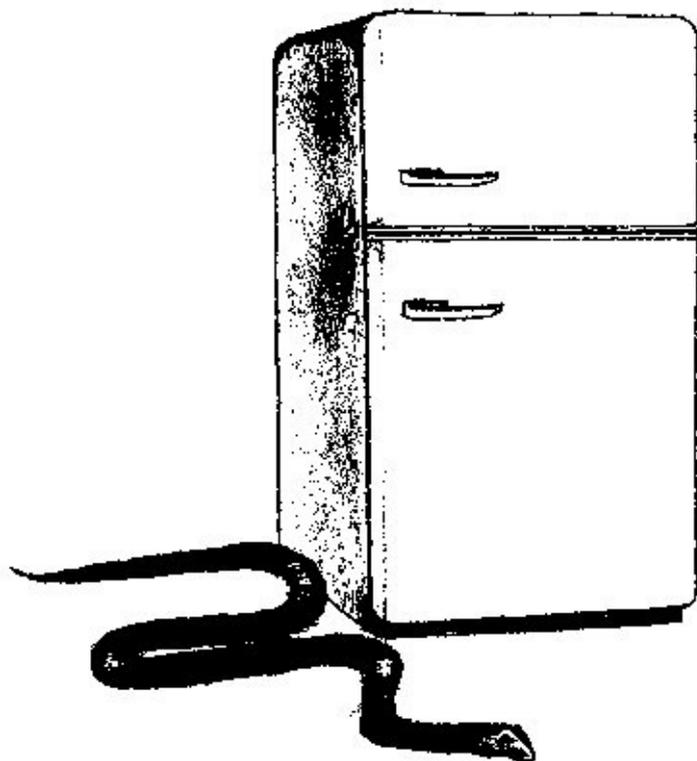
—Ahora estás bien —dijo Bill alegremente—. En el barco tengo otra botella. Volveremos a intentarlo.

No creí que me fuera posible subir al barco sin ayuda, pero lo hice. Y ni todos los poderes del cielo y del infierno ni Bill volverían a sacarme de él hasta que llegáramos al muelle.

Al día siguiente me tomé una copa de despedida con Bill; yo estaba ansioso por hablar de la aventura, pero él no hablaba de otra cosa que el *groper*. Era el más grande que había visto jamás. Por lo menos tres metros. Yo juro que tenía quince.

Aprendida la lección, ahora tengo intención de transmitir a mis nietos el único fragmento de sabiduría que he adquirido: nunca bebas ron por la mañana en un pub de Airlie con un hombre llamado Bill.

## Seis taipanes



Tengo por costumbre vagar por el campo recopilando historias que luego incorporo a mis novelas o que convierto en tema de las mismas. De forma casi invariable, uno tiene que cambiar radicalmente las situaciones de las que es testigo, por el simple hecho de que son increíbles.

Sin embargo, de vez en cuando uno se encuentra con una situación real que no puede cambiar porque su valor reside precisamente en su extravagancia, pero eso resulta tan extravagante que no cabe esperar razonablemente que nadie se la crea.

El caso de los seis taipanes es una de ellas, y lo único que puedo hacer para defenderme es reafirmar de forma bastante agresiva que si alguien quiere impugnar su veracidad, estoy dispuesto a aportar testigos.

Estaba yo viajando alrededor del Alligator River, en la frontera con la Tierra de Arnhem, investigando la propagación de animales asilvestrados en Australia cuando, como hago a menudo, una noche me perdí.

Al avistar un fuego de campamento, me acerqué a él en mi vehículo para preguntar dónde estaba. Allí conocí a un naturalista alemán que estaba estudiando los reptiles de la zona. Era un hombre de mediana edad grande y corpulento, de una estatura parecida a la mía, y hablaba un inglés excelente aunque bastante formal. Se llamaba Hans y tenía algo que ver con un zoo o un museo en Alemania.

Pasé la noche en su campamento. Me habló de su deseo de llevarse algunos taipanes de vuelta a Alemania. Por algún motivo u otro, los alemanes valoran mucho a los taipanes y les gusta tenerlos en sus zoos. Según me cuentan, si eres capaz de llevar un taipán vivo a Alemania puedes sacar mil o dos mil dólares por él, pero por supuesto exportarlos es ilegal. Son una especie protegida.

Eso no impide que traficantes sin escrúpulos lo intenten. Una vez conocí a un hombre que trató de llegar navegando a Alemania en su propio yate con un cargamento de cien taipanes a bordo. Esperaba hacerse rico nada más llegar, aunque personalmente creo que habría saturado el mercado. Nunca me enteré de lo que le pasó, y me estremezco de especular al respecto.

Hans no albergaba esa clase de ambiciones extravagantes, pero sí quería hacerse con un par de taipanes. Había probado todas las vías normales para obtener permiso, pero no había sido posible. Sin duda, si su zoo se hubiera puesto en contacto con un zoo australiano y hubiera recurrido a los canales apropiados, algo podría haberse arreglado, pero no había tiempo para eso. Hans aspiraba a la gloria de llevar los taipanes a Alemania él mismo, lo que indudablemente habría hecho prosperar su carrera.

Hacerse con un taipán en Australia no es difícil. Basta con entrar en un pub en tierra de taipanes y hacer saber que uno está dispuesto a pagar cien dólares o más por uno. Acto seguido media docena de hombres se presentarán en tu habitación de hotel diciendo: «Psst, ¿quiere comprar un taipán, amigo?».

Se lo comenté a Hans, solo como un dato que podía interesarle, y pareció intrigarle.

Después la conversación derivó hacia áreas de interés más general y descubrimos que ambos habíamos reservado billetes para el mismo vuelo que salía de Darwin con destino a Bali un par de semanas después.

Comentando como corresponde la coincidencia, acordamos encontrarnos en un hotel de Darwin la noche antes de la salida del avión. Al día siguiente, cada uno se fue por su camino.

Como es natural yo volví a perderme, pero solo de forma temporal, y a su debido tiempo, regresé a Darwin para coger mi vuelo a Denpasar. Me acordé de mi compromiso con Hans y me presenté en su hotel aquella noche. Me dio la bienvenida con ese entusiasmo que muestra la gente cuando vuelven a verse con un viajero al que conocieron casualmente en plena naturaleza, me sentó con un whisky en la mano y se excusó durante unos minutos mientras terminaba de resolver algún asuntillo con la recepción del hotel.

Quizá sea una perversión mía que me guste tomar whisky con mucho hielo, y mientras Hans no estaba me acerqué a su nevera para coger algo de hielo. Abrí el congelador y, ¡válgame Dios!, dentro había seis taipanes mirándome con expresión aletargada y enroscándose muy lentamente unos alrededor de otros. Dudo que nadie en toda la historia de la humanidad haya cerrado nunca con mayor rapidez la puerta de una nevera.

Estaba tan asustado que me senté y me bebí el whisky sin hielo. Entonces fue cuando Hans regresó a la habitación.

—¿Sabes que la nevera está llena de serpientes letales? —le pregunté.

El pobre hombre se puso rígido. Se quedó completamente tieso y palideció. Lo primero que pensé es que debía de pensar que se trataba de un elaborado complot para asesinarlo, pero entonces me di cuenta de que estaba horrorizado por algo muy distinto.

—¿Cómo lo has descubierto? —me preguntó en tono horripilado.

—¿Quieres decir que sabías que estaban ahí?

—Claro que lo sabía. Yo fui quien las metió ahí. ¿De qué otro modo crees que podían haber llegado ahí?

Por supuesto que yo no podía responder a aquella pregunta, así que me senté y me quedé mirándolo boquiabierto. Él atravesó la habitación, se agachó y me miró a la cara con gesto serio.

—Debo confiarme a ti —dijo con voz quebrada—. Tengo que pedirte que me jures que nunca le dirás nada a nadie sobre esas serpientes.

En fin, si un hombre quiere guardar sus serpientes venenosas en la nevera, considero que es asunto suyo y de nadie más, así que le di de buena gana mi palabra de que no mencionaría aquellas serpientes a nadie.

Sin embargo, entonces me dijo cómo las había comprado y que iba a congelarlas para poder sacarlas del país. Por lo visto, si reduces lo suficiente la temperatura corporal de una serpiente, entra en un coma del que puedes sacarla por el sencillo

procedimiento de calentarla.

Eso no me preocupaba excesivamente. Si aquel teutón majareta quería sacar del país una caja llena de serpientes congeladas, supongo que en general no lo aprobaba por una simple cuestión de principios conservacionistas, pero los taipanes no me vuelven loco y no me importaba demasiado que en Australia hubiera media docena menos. Sin embargo, sí me sentí obligado a indicarle a aquel tipo que en el aeropuerto sin duda examinarían su equipaje y la gente de la aduana no vería con muy buenos ojos a los seis taipanes congelados.

—Eso lo sé —dijo el alemán—. ¿Crees que soy un estúpido?

La verdad es que así era, pero no pensaba decirlo. Sin embargo, lo siguiente que me dijo me quitó diez años de vida de golpe.

—Voy a llevarlos dentro de las perneras de mis pantalones —anunció con un brillo maniaco en la mirada.

—¿Eh? —dije yo, lo que, dadas las circunstancias, en realidad era bastante elocuente.

—En las perneras de mis pantalones —repitió—. ¿Entiendes «pantalones»?

Y se dio una palmadita en los que llevaba puestos.

—Sí, entiendo pantalones. ¿Entiendes tú que los taipanes son letalmente venenosos?

—Por supuesto —contestó él—. Pero no muerden cuando están congelados. Mira, te lo enseñaré.

Entonces el puñetero tipo se acercó a la nevera y la abrió de golpe, metió la mano dentro y sacó una serpiente. El bicho hizo un intento amodorrado de morderlo y él dijo «*Ach*» o «*Donner und Blitzen*» o algo así antes de volver a meterla dentro y coger otra que ya había sucumbido al frío.

Acto seguido se estiró la parte superior de los pantalones y deslizó aquella por la pernera con la cabeza por delante. Era un pelín demasiado larga para caber, así que hizo un bucle con la cola y la escondió debajo de la camisa. Me miró con la alegre expectación de un colegial que acababa de hacer un truco de magia.

—¿Ves? Nadie sabrá jamás que está allí.

Tenía toda la razón. Llevaba unos pantalones muy anchos y no se veía rastro alguno de la serpiente.

—Pero... ¿seis? —le pregunté con voz entrecortada.

—Será fácil. Tres en cada pierna. ¿Quieres que te lo enseñe?

—¡No! ¡No! —chillé—. Por favor, mete a ese maldito bicho en la nevera otra vez y aprovecha para conseguirme un poco de hielo.

Sacó la serpiente de la pernera del pantalón y con gran naturalidad volvió a dejarla donde estaban las demás, apartando con consideración a un reptil siseante para conseguirme unos cubitos.

—Escúchame, amigo —le dije con firmeza, ahora que había mucho más whisky humedeciendo mis cubitos—. Si una sola de esas serpientes se despierta en el avión,

eres hombre muerto.

—No se despertarán —dijo confiadamente—. Me bajaré del avión en Denpasar y las enviaré en una caja normal a Alemania. En Indonesia no tienen vuestras ridículas leyes aduaneras. Se tarda muy poco en volar de Darwin a Denpasar y estarán dormidas durante al menos tres horas, con toda probabilidad cuatro.

Ya podréis imaginar cómo me sentí ante la perspectiva de subirme al mismo avión que un hombre que tenía seis taipanes metidos en las perneras de sus pantalones, pero no tenía salida. Le había dado mi palabra de que no iba a mencionarle aquellas serpientes a nadie y no doy mi palabra a la ligera. Además, el muy desgraciado era científico y cabía suponer que supiera de lo que hablaba. Rogué para que algún agente de la aduana lo cacheara, a pesar de que el efecto de descubrir seis taipanes ocultos de esa forma muy bien podría serle fatal.

Así que me limité a beberme mucho más del whisky del alemán y me fui a dormir.

Como es natural, mantuve los ojos bien abiertos para localizar a Hans cuando me embarqué al día siguiente, y lo vi pasar por la aduana y el control de seguridad con una sonrisa fija teutónica, pero nada lo distinguía de los demás pasajeros salvo el hecho de que, a mi parecer, caminaba con cierta rigidez. Sin duda todos los demás pensaban que se debía a una vieja herida de guerra.

Llevaba aquellos pantalones alemanes que se mete uno dentro de los calcetines, de modo que no podía caerse nada. Cabe suponer que las serpientes se mantenían en posición vertical metiendo sus colas dentro de los calzoncillos, que, dada su panza, debían de ser bastante ceñidos.

Podéis imaginaros lo inevitable: acabaron sentándome al lado de aquel tipo. El avión estaba lleno y no había forma de cambiar de asiento. Como ya he dicho, era un hombre corpulento; no es que yo sea menudo precisamente, y mi pierna no dejaba de entrar en contacto con la suya.

Juro que en cuestión de minutos perdí unos quince kilos, y que esperaba en todo momento que al menos tres pares de letales colmillos atravesaran sus perneras y las mías y se hundiesen en mis estremecidas y preciosas carnes.

Nunca me dijo una palabra. Parecía un tanto avergonzado de que yo estuviera sentado a su lado, pero eso era muy comprensible, así que me limité a esperar a que transcurriera la primera parte del vuelo sumido en un estado de terror pavoroso, tratando de apartarme de él e incapaz de quitarle la vista de encima a las perneras de sus pantalones, que a mis angustiados ojos parecían retorcerse y levantarse constantemente.

De repente el alemán lanzó un gruñido de dolor y se echó hacia delante agarrándose el estómago.

«¡Dios mío!», pensé. Era el momento de faltar a mi palabra, y empecé a mover la mano para llamar la atención de una azafata, preguntándome a pesar de la tensión del momento de qué forma debía informarla de que a mi compañero de vuelo lo había

mordido un taipán que llevaba en los pantalones.

Pero el alemán me cogió del brazo.

—No —me dijo—. No es nada, es algo que comí. Un trastorno intestinal. Tengo que ir al servicio.

Se levantó y me empujó para abrirse camino por el pasillo y llegar a los servicios. Yo lo observé con absoluto horror, pero ni siquiera soportaba imaginar cómo iba a hacer uso del WC y lidiar con seis serpientes a la vez.

Permaneció en los servicios durante diez minutos largos, y salió con cara de encontrarse muy enfermo. Me fijé en que su rostro estaba muy pálido y se tambaleaba un poco. Logró llegar hasta la mitad del pasillo y se dio de bruces contra el suelo.

Naturalmente, un par de azafatas acudieron corriendo a ayudarlo, así que me levanté de mi asiento de un salto y salí al pasillo gritando: «¡No! ¡No! ¡No toquen a ese hombre, está lleno de taipanes!».

Por supuesto, a las azafatas la advertencia les resultó bastante incomprendible, pero para entonces yo estaba vigilando ansiosamente al alemán caído esperando que los taipanes asomaran por la parte superior de sus pantalones y gesticulando para que nadie se le acercara al grito de: «¡Tiene taipanes en los pantalones, os digo! ¡Taipanes en los pantalones!».

Entonces el alemán se incorporó y me lanzó una mirada lleno de reproche, antes de decir:

—Me diste tu palabra.

—Lo sé —dije yo—. Pero maldita sea, hombre, llega un momento... te han mordido. Los malditos bichos están despiertos. En un minuto estarán por todo el avión.

—Tonterías —dijo el alemán—. Tengo diarrea, eso es todo.

Para entonces las azafatas habían llamado al capitán o al copiloto o quien fuera, y este estaba exigiendo saber, no sin razón, qué demonios estaba sucediendo.

Tratando de aparentar toda la cordura que podía, le expliqué que aquel hombre llevaba seis taipanes en los pantalones y que tenía motivos para pensar que lo habían mordido. Todo esto, por supuesto, lo escucharon los pasajeros de varias hileras de asientos, que contemplaban la escena con considerable interés y cierta inquietud.

—¿Es eso cierto? —le preguntó el piloto al alemán.

Hans se levantó, me miró con un desprecio absoluto, se desabrochó el cinturón y dejó caer los pantalones hasta sus tobillos. No había rastro de serpiente alguna, solo unos calzoncillos largos de aspecto bastante grisáceo.

Rara vez pierdo la compostura, pero ahí estaba yo farfullando sobre taipanes mientras las azafatas miraban por encima del hombro del piloto a aquel alemán airado que llevaba los pantalones en torno a los tobillos, y la mayoría del pasaje había salido al pasillo para ver el número entero. Había perdido la compostura.

Me fijé en la ropa interior de Hans; era tan ceñida que no había posibilidad alguna de que pudiera ocultar en ella a las serpientes. De repente lo comprendí.

—¡Las ha escondido en el servicio! —grité—. Eso es lo que ha pasado. Las ha soltado dentro del servicio. ¡Por Dios, vayan y miren!

El piloto, por supuesto, estaba convencido de que yo estaba loco de atar, pero aun así hace falta ser valiente para abrir la puerta de unos servicios cuando se rumorea que están infestados de taipanes. Sin embargo, eso fue exactamente lo que hizo, mientras el alemán y yo nos manteníamos a una distancia segura detrás de él.

En el servicio no había ni rastro de taipanes.

El piloto me lanzó una mirada acusadora, Hans me miró con desdén y las azafatas me miraron con miedo y asombro.

—¿No será que las echó a la taza y tiró de la cadena? —sugerí sin convicción.

El piloto echó un vistazo a la taza. No era apta para echar serpientes y tirar de la cadena para que desaparecieran. Sacudió la cabeza y cerró la puerta.

—¿Por qué no regresamos a nuestros asientos y nos olvidamos de todo esto? —propuso en tono tranquilizador.

Yo estaba más que contento de poder hacerlo y Hans, que ya se había vuelto a poner los pantalones, volvió y se sentó a mi lado sin decir palabra. Pero yo no estaba dispuesto a tolerarlo.

—¿Qué has hecho con ellas? —le espeté.

—Jamás volveré a aceptar la palabra de un australiano —me dijo con tosca dignidad teutónica.

—Muy bien, no lo hagas. Pero ¿qué has hecho con las serpientes?

—No es asunto tuyo, pero resulta que subestimé la temperatura de la nevera y murieron todas congeladas. Así que no tenía ningún sentido traerlas.

Acto seguido, se puso a mirar rígidamente por la ventana y mantuvo un silencio acusador.

Yo volví a dejarme caer en mi asiento y empecé a llamar de nuevo la atención de la azafata. Lo único que quería era whisky, pero ella no lo sabía y se mantuvo lejos de mí. El alemán solo me dijo seis palabras más en todo el viaje.

—Yo creo que eres un sinvergüenza —dijo mientras bajábamos del avión en Denpasar.



KENNETH COOK (Lakemba, Nueva Gales del Sur, 1929-1987) fue un conocido periodista, guionista, presentador de televisión y escritor australiano. Lepidóptero aficionado, Cook creó la primera granja de mariposas de Australia y cofundó en 1966 el partido político Liberal Reform Group, que se oponía a la guerra de Vietnam. Es autor de diecinueve obras de ficción, algunas publicadas bajo seudónimo, de entre las que destacan el clásico oculto *Pánico al amanecer* y la trilogía de relatos humorísticos formada por *El koala asesino*, *El lagarto astronauta* y *El canguro alcohólico*.

# Notas

[1] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[2] Marsupial australiano (*N. del E.*) <<

[3] Término aborígen que significa «humanidad» y que emplean los blancos para referirse a los aborígenes. (*N. del T*) <<